

el derecho de matar



BARÓN BIZA

**El Derecho
de Matar¹**

¹ Escaneada de copias fotostáticas donadas por Jorge Barón Biza para difusión de la obra literaria de su padre. Portada plateada de cartóné restaurada digitalmente por Federico Alejandro Minolfi.



Raúl Barón Biza (1899-1964)

Restauración digital tomada de la edición original de 1933.

NOTA DE LOS RESTAURADORES: este documento es una recreación digital de la primera edición de “El Derecho de Matar”. Se ha priorizado el aspecto del soporte papel, razón por la cual no se trata de un re-tipeo, sino de un escaneo directo de las páginas de la novela. La edición de 1933 contenía numerosos errores ortográficos y de redacción, que fueron corregidos en las ediciones posteriores. Estas últimas también incluyeron otras modificaciones sobre el texto base. Esos errores no han sido alterados en esta restauración, manteniéndose la fidelidad con el papel impreso.

Federico Alejandro Minolfi – Gabriel Waisberg – Ariel J. Curone

B A R O N B I Z A

EL DERECHO
DE MATAR

NOVELA

ILUSTRÓ TEODORO PIOTTI

BUENOS AIRES

MCMXXXIII

*¡OH mujer! Para lograr una
figura tan bella y un
corazón tan duro, ¿Qué dios del
Olimpo se ayuntó con la hiena?...*

EL DERECHO DE MATAR

!... Dices todo
esto y tal vez me
lo mires.... Y viví
entonces amor de
la humanidad
por la celosía de sus mayores cual.
padres y de sus hombres cobardes,
corruídos y cobardes, habré de en-
rostrarme la frase maldita que se
me rodando desde hace siglos
hasta hoy... ¿fa-
ce que fuerdes
en este momento
tu alma por
la modula de in-
censio. Y allí di-
ces y tú también
me oyes diciendo
'Danzones y mal-
dices la mujer
y al hombre es.
Tus danzando y
maldiciendo a tu
propia madre.....'

A S.S. el PAPA PIO XI:

Señor: Vengo hasta Vos, sin la humildad del creyente, ni la insolencia del ateo. Me acerco hasta tu trono, con toda la serenidad de un sacerdote de sí mismo.

No soy un extraño para los de vuestra casa, ni entro a ella amparado en la tarjeta complaciente de un secretariado cardenalicio.

Pero, Embajador de mis Ideas, debo presentaros mis credenciales.

Dos millones de francos que me fueron arrancados por los que allá en Buenos Aires, ofician la santa misa y bendicen en vuestro nombre todos los días...

Dos millones que cayeron en sus arcas, que son también las tuyas y que tuve que entregarlos al conjuro de la memoria de un ser, para mí sagrado...

Como consecuencia de esa donación, con la que se ha construido parte de un colegio de cuyos fecundos rendimientos financieros, tendrás, Señor, conocimiento, se me ha acordado el derecho de disponer de dos becas vitalicias....

Yo no las acepto y os las devuelvo, porque mi conciencia me niega autorización para utilizarlas. Ella no quiere complicarse en el crimen de desviación espiritual que allí se consume.

Esa donación fué hecha, Señor, para beneficio de los niños pobres, no para especulación de los pocos céntimos de sus padres obreros.

Fué Señor, confiada solamente en vuestra teoría, tuvo por sola garantía la palabra de vuestros enviados.

Junto a mi dinero, muchos millones más agregaron los míos....

Ya veis, Señor, que en esta cruzada no soy caballero sin honra y sin escudo... Si no mediasen las circunstancias apuntadas, que me otorgan tal derecho, no atravesaría yo, rumbo al Vaticano, la columnata circular de la plaza de San Pedro.

Y así como todos los que hasta Vos llegan os ofrecen sus presentes, yo también quiero, sobre la bandeja de mi alma, dedicaros el de mi fe, de mi fe herida, andrajosa, condensada en las líneas de un libro cuyas palabras fueron dictadas a mi corazón por los Dioses que guían la caravana de la Humanidad: lo innoble y lo grotesco...

Libro triste Señor, escrito para los que gimen y para los que sufren bajo el peso de su cruz, cual modernos nazarenos...

Libro que ha de cantaros el verso penoso de la Verdad; el que vuestros siervos se niegan a modular...

Palabras salvajes que rugen realidades, que copiaron sus bramidos a la tormenta del Gólgota, en la noche sin luna de la gran Injusticia y que si fueran cantadas en tus iglesias romperían las lengüetas de tus harmoniums.

Y para que tus porteros lo dejen pasar, para poder atraer tu atención, para que él sea una nota relevante de brillo en el salón entristecido de tu biblioteca oscura, he revestido de plata su portada.

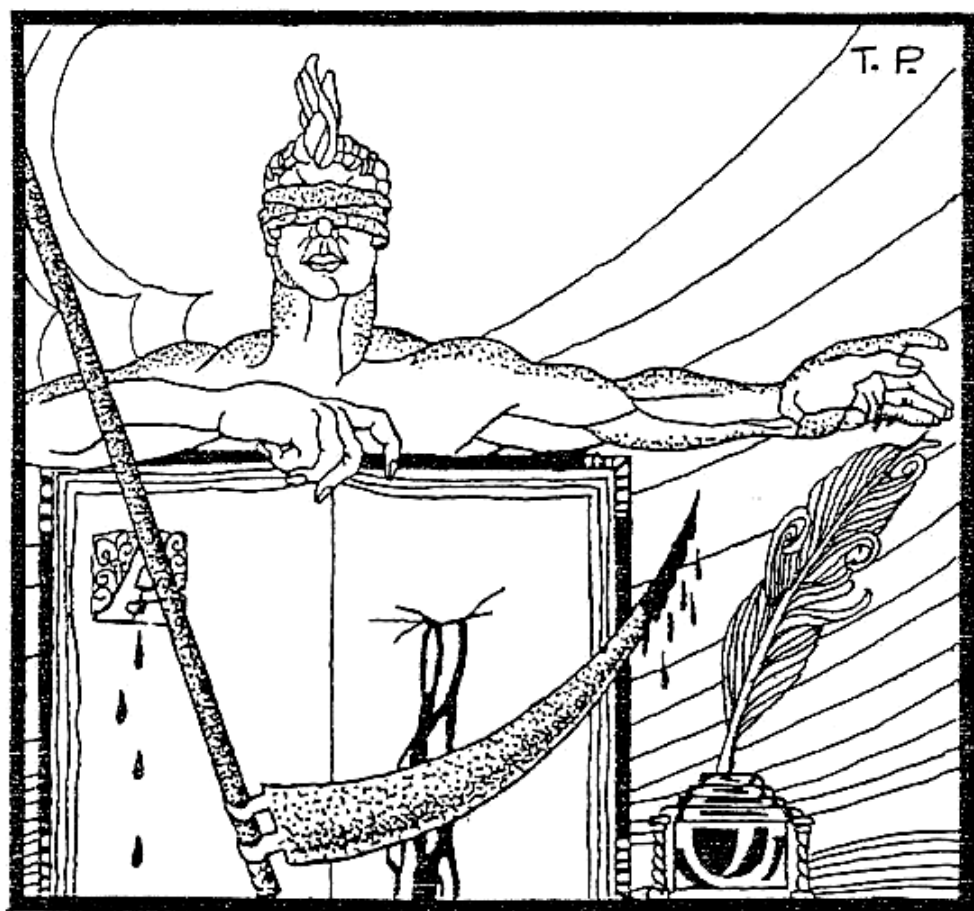


«.... cuando te asomes a tu propio corazón en plena desnudez espiritual, en la hora sin
testigos, vis a vis con tu yo íntimo y te confieses ante el Cristo andrajoso y ensangrentado
que llevas dentro de ti mismo... me tenderás tu mano...»

Os lo entrego pensando que, como Señor de la Iglesia, forzado por el ritual de las pontificaciones, tal vez harás llegar hasta mí el saetazo de tu excomunión, pero convencido que, como hombre, cuando te asomes a tu propio corazón en plena desnudez espiritual, en la hora sin testigos, vis a vis con tu yo íntimo y te confieses ante el Cristo andrajoso y ensangrentado que llevas dentro de ti mismo... me tenderás tu mano...

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "Paul Gaudin", written in a cursive, flowing style. The signature is underlined with a single horizontal stroke.

Paris, 1930



A MANERA DE PROLOGO

ACLAREMOS...

LECTOR: No quiero, ni debo engañarte. No necesito tu aplauso ni me hace falta tu dinero. Estoy más allá del oro y de la fama; más allá de esa fe que hacete creer sincera la caricia de tu hembra y la mano de tu amigo.

No tengo trazas de Cristo ni vehemencias de profeta. Si mides mi libro con la vara mediocre del

catecismo de tu vida, mi libro, dejará en tu alma un acre sabor de inmoralidad. Será libro inmoral porque te mostrará su pubis y sus senos y habrá de hablarte desde el fondo obscuro del protoplasma.

Inmoral quizás, porque te recordará, cuando ello sea necesario, que defecas diariamente.

El te hará dudar de tu Dios.

El te enseñará a escupir sobre el código de la Sociedad y de la Ley, de esa ley dictada por viejos sicalípticos, seniles, decrepitos y repletos. El te hará dudar de ti mismo.

Si no tienes coraje para leerlo, DEJALO. Hay en él, cátedra de muerte, tribuna de revolución, escuela de crimen, remansos de odio, crimen y sadismo fruto sólo de la simiente que los hombres, mis hermanos, arrojaron en mi alma...

No fué escrito para las muchedumbres endebles, ni para los maestros en técnica, ni para los que visten la toga de la estupidez a modo de ciencia, ni para los policíacos, ni los invertidos.

Todos los libros encuentran un rincón en las bibliotecas. El mío, no lo encontrará nunca, porque no lo busca, porque no lo quiere, porque no es veneno que ha de guardarse en ampolletas. Si ese hubiera de ser su destino, no lo habría escrito...

Tampoco necesita encuadernarse para adornar «boudoir», ni servir de solaz a semi-vírgenes.

Va a corretear salvaje en el cerebro de la humanidad, como retozan en las cavernas de tus pulmones los bacilos de Koch; como lo hacen en tus venas las espiroquetas-pálidas que te brindaron como herencia tus mayores, cuando volcaron generosos en tus vasos sanguíneos el residuo de los suyos.

Está hecho para los haraposos, para los hijos de nadie, para «los mal nacidos», (idiota frase burguesa, con la que creyendo acusar no hacen sino acusarse) para los que tienen por cabecera el tarro de basura, para los que no tienen Dios, ni hembra... Para los vagabundos que sueñan mirando al sol en los suburbios de las ciudades y que disputan, a los perros en los amaneceres, los huesos que arrojaron los sirvientes, y que rechazarían las «Quiquís» y las «Lulús».

Son hojas destinadas a las prostitutas sin cartilla, los presidiarios que no llevan número, los Jueces y quizá las colegialas.

No te engaño, porque si lo hiciera sería pretender engañarme a mí mismo.

En sus páginas, como ante el calidoscopio, desfilarán esperanzas muertas, girones de mi vida, de mi corazón y de mi cerebro. Un corazón y cerebro a semejanza del tuyo, que va a mostrarte sus lacras y sus bellezas, que desplegará ante tus ojos el abanico de sus lepras y sus virtudes...

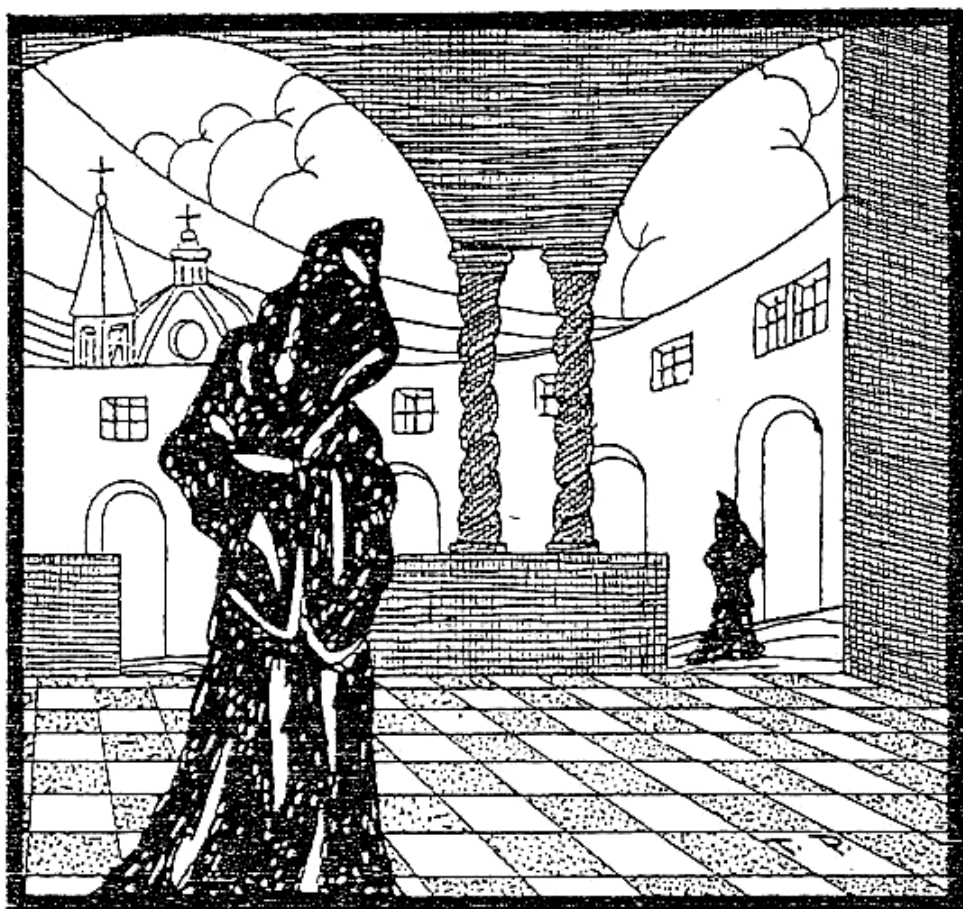
He nacido rebelde, revolucionario, como otros nacen proxenetas y lisiados.

Alma que no busca el alma hermana.

No te pido que la respetes ni que te mofes. No me interesa. Ella está por encima de tu admiración o de tu burla.

Ni siquiera exijo tu opinión. No espero ni tu aceptación ni tu rechazo. Voy hacia ti sin que me llames, seguro de mí mismo.

A handwritten signature in dark ink, reading "Paul Garmezin". The signature is fluid and cursive, with a horizontal line drawn underneath the name.



CAPITULO I.

ENTRE la recua humana que marcha a galope tendido hacia el matadero, yo también tengo mi marca. Me llaman Jorge Morganti—son imprescindibles ciertos pormenores que parecerán superfluos en un principio—estoy en la plenitud de mis treinta y cinco años. Desciendo de italianos y españoles, vomitados hace un siglo, por el mar,

en estas playas y que vinieron huyendo quizá, por temor a la Ley o el Hambre.

Aventureros o vagos, caballeros de industria y mujerzuélas, intestinos de barcos, mugrientos residuos de bodegas, aristócratas castigados por su rey, o por su padre, se volcaron como abono sobre las llanuras de este suelo y las selvas del Brasil. Puñado anónimo cuyo renunciamento a la vida de molicie y refinamiento de Europa, obedecía más que a la ambición de dinero, a olvidar el crimen en unos y la ignominia en los otros, pero todos en un tenebroso rincón cerrado a llave en el cerebro.

Con esa mezcla heterogénea, ambiciosa, miserable, se fueron arando nuestros campos, en una infatigable explotación y robo, en un continuo aniquilar al indio, cuyo solar fué convertido en tierras de asalto, botín y saqueo y cuyas hembras, a más de tales vieron doblados sus trabajos de bestias. Así se levantaron nuestras ciudades, así se afianzó nuestra riqueza, así se formó nuestra aristocrácia, esbozándose nuestra raza entre espasmos de ex-presidarios, mordeduras de ex-prostitutas, juramentos de calabreses y gemidos de quena...

El sufrimiento y la «lues» han debilitado mi memoria y es por eso que a veces invoco mi pasado como un sonámbulo y ella me traiciona al tratar de evocar mis primeros años cuando abandoné la casa de mis padres, allá en las sierras de Córdoba, cuando me sacaron de mi nido, haciendo que el zorzal de mi alma enmudeciera para siempre..... Olvidé el canto de las aves, pero aprendí el aullido de las

hienas que luego me sirvió de mucho en la vida...

Muy vagamente, como entre brumas; como cubiertos por un tul grisáceo, desgarrado en partes, pasan ante mí esos años en triste y doliente caravana que dejaron en mi ánimo una impresión de amargura y cortedad que el tiempo no ha podido disipar todavía. Pero lo que no he de olvidar nunca; aunque la locura se empeñase en borrar a brochazos de inconsciencia la tela donde ha pintado el recuerdo; es el edificio gris, de altos muros y de gruesos barrotes en las ventanas, donde iba a pasar mi niñez. Aquel colegio, que más que colegio, era cárcel o asilo!

Fué allí donde engrillaron mis ímpetus infantiles, fué allí donde se borró la risa de mis labios, fué allí donde trataron de estampar sobre mi rostro la careta del jesuita, fué allí donde me enseñaron a leer, a rezar, a mentir y a masturbarme... La autoridad bondadosa de mi padre, fué reemplazada por la palmeta incansable, odiosa y brutal del celador... Aquellas palabras de cariño y de ternura que oía en mi terruño, entre la suave quietud de las quebradas y la infinita melancolía del crepúsculo que venía hacia mí, dulcemente, quedamente, como un perdón de madre a mis travesuras del día, a esas palabras benditas las reemplazaron blasfemias sagradas.....

Evoco aquellas noches de hambre y de frío que hacían encoger aterida a mi pobre alma de niño; los desolantes silencios de los oscuros dormitorios que sólo interrumpían el eco lento de los pasos de una figura negra, que escrutaba entre las tinieblas, con

quien sabe que designios, los semi-desnudos cuerpecitos blancos... Las cruentas mañanas en que el agua de los lavabos cristalizada, quemaba nuestros rostros y manos... ¡yo no las olvidaré nunca!

La misa diaria antes del desayuno, mientras la noche se va entregando rendida al amanecer que avanza, el arrodillamiento sobre el duro banco y la cabeza inclinada vencida por el sueño sobre el libro de tapas negras y cruz dorada, como un ataúd...; ¡yo no las olvidaré nunca!

Fué allí cuando empecé a odiar a Dios, a ese Dios, en cuyo nombre me robaban la risa y el sueño, y se llagaban mis rodillas.

Había tomado la costumbre de escupir siempre que pasaba junto a un crucifijo. Una vez, pretendí hacerlo sobre él mismo; mi saliva no llegó hasta él.

Yo era muy pequeño, o el crucifijo estaba muy alto...

Mi cerebro de niño, empezó pronto a razonar con la rebeldía del forzado y a solas, cara a cara con mi conciencia, yo me preguntaba, el porqué de la doctrina que ellos predicaban, cuando a cada instante nos decían: «Perdonad, para que nuestro Señor os perdone»... El bofetón con que el «hermano Pedro» hacía enrojecer nuestra pálida mejilla, debíamos perdonarlo, olvidarlo, y aun más, teníamos que brindarle el otro lado de la cara, para que nos estampara el segundo. Había que perdonar...

Pasaron los años lentamente, tan lentamente, que aun ahora me parecen siglos y me estremece recordarlos. Años terribles, años negros y malditos,

hermanos de aquellos otros que ruedan allá en las siniestras soledades de Cayena o de Ushuaia.

Es recién a la terminación de mi bachillerato cuando se descorre ese velo que cubre mi niñez.

Hará de eso, veinte años.

No teniendo quien me amara, había convertido, transformado en objeto de mi amor, todo lo brillante y bello que el mundo sensible me mostraba en los libros, leídos a escondidas de nuestro implacable celador.

Todo lo que hablara al alma, con la voz querida de una esperanza consoladora, desde el sol dorado y benéfico que besaba los fríos muros, hasta la heroína sentimental de un cuento de hechiceras, príncipes y hadas.

Yo era poeta, pero poeta a mi manera. No había hecho versos porque no sabía que cosa fuera ello, pero, había visto formarse ante mis libros en las horas de estudio, siluetas vagas de mujeres divinas y las amé, sin conocerlas, con delirio y entusiasmo.

En mi salida anual habían pasado por mi lado, rozándome, inconscientemente, mujeres hermosas y ardientes, del brazo de amantes afortunados: ligeras, vaporosas, provocativas, mimosamente enamoradas, riendo en locas carcajadas de juventud y de vida, preciosas mujeres de abismales ojos negros las unas, y de un azul robado al Mediterráneo en un atardecer tranquilo, las otras, y todas ellas insi-

nuantes, prometedoras a través de la granada partida, de sus boquitas rojas. Cruzaban ajenas a su propia dicha, sin dignarse arrojar la limosna de una mirada de sus ojos brillantes, dilatados por la felicidad.

Me dijeron que el mundo es de los jóvenes y de los fuertes... Pues mío será el mundo!, pensaba yo entonces.

Y así, en mis últimos días de internado, mis labios se contraían soñando con el beso ilusorio, futuro, de las siluetas indefinidas de todos aquellos mis ideales fantásticos, murmurando: Ah ¡quien tuviera una amante de ojos negros y rasgados, de labios rojos y talle esbelto!

Vida de quietud, de paz, de muerte, junto al río serpentoso, claro, riente, que bajaba de la montaña haciendo rodar los guijarros, de los más diversos matices; agua de nieve y vertiente, transparente, fresca, adolescente.

Era la frontera que nos separaba del pueblo, un pueblo al que sólo se iba por la correspondencia o para la venta de animales a los matarifes.

Mi padre para esa época me había hecho regresar, frustrando las esperanzas de un doctorado y entregándome la dirección de la estanzuela.

Las casas, que fueron de mis abuelos, quebraban sus líneas severas y coloniales, sometidas al gusto y cuidado de mi madre y hermana.

Irma heredó de mi padre ese sello distinguido e

imborrable que le dejaron sus viajes por el misterioso Oriente y por la inquieta Europa. Esos viajes que emprendiera como un cruzado a quien la bohemia y la elegancia armaron caballero. Viajes que a golpe de hélice, hambrienta de distancia, despedazaron la fortuna de mi madre y obsequiáronle a él con la tos seca y ronca contraída en las quintaesenciadas noches de placer, allá por los barrios de Montmartre en que el vicio se arrastra como pecadoras contumaces a los pies del Sacre Coeur, las casas de the de Yokohama, y los cafetines de Singapore, cuando ebrio de alcohol, cocaína y opio caía al lado de cuerpos bronceados, de esclavas árabes, de gheisas diminutas, cual chiquillas impúberes, o rodaba entre las sedas y el calor artificial de las «garçonieres» londinenses...

Del pasado, heredó mi padre ruina y tos, que le habían obligado a retraerse en aquellas serranías, junto a mi madre y a su hija.

Alta su figura, elegante a pesar de lo encorvado, siempre al aire su melena gris, enrulada. Recuerdo que cuando cumplí los diez y siete años, me tomó del brazo, y llevándome hasta un viejo banco del parque, luego de habernos sentado me habló de sus viajes.

Eterno soñador, visionario incorregible, peregrino incansable, cruzó mares sin que jamás en ningún puerto haya habido para él un pañuelo blanco que se agitara en el aire, empapado en lágrimas por el que se alejaba... Detrás de su figura se cerraba el mundo, como lo hacen las aguas cuando el barco pasa. Viajaba sin recuerdos. Sin ayer...

Como ante una cinta cinematográfica desfiló ante mi vista todo su relato. En mi cerebro palpitan aún las emociones que me despertó, al escucharle describir la cultura de los países del Norte, la belleza y el arte de Italia, lo grandioso de la India y lo atra-yente, por lo misterioso, para nuestros cerebros occi-dentales, las costumbres de Oriente.

Cada nombre de esos pueblos, significaba para él una enorme cantidad de esfuerzos, de renunciamientos, de aventuras eróticas y galantes y también algunas veces, de dudas...

Adorables aventuras que tuvieron por escenario muchos y diferentes puntos de ciudades y pueblos y que ya sólo quedaban en su memoria desdibujadas, borrosas, con el dejo amargo de las cosas derrum-badas en los abismos del tiempo.

Se agigantaba ante mí, su figura de romántico, qui-zás de incomprendido, figura de hombre que aún creo tenía un poco de Musset y algo de Poe...

—La vida, amigo mío, — me dijo — es como Moloch: exige sacrificios indecibles, sobrehumanos. Se alimenta de corazones y lágrimas... Dale tu ju-ventud si ella te la reclama y no temas quemar en su altar tus locuras más bellas y sublimes cuanto más locas... Tu has de ser como yo, descontentadizo, violento, insaciable. Mi consejo: vence a la vida antes que ella te venza! Sacrifica, antes de ser sa-crificado. No esperes que a tus labios asome la sonrisa de los cansados, de los amargados por tantos esfuer-zos estériles, de los que dejando girones de su piel en las zarzas del camino y gotas de sangre del co-



Piensa que la juventud como la vida es una sola y no confíes nunca en el advenimiento de una segunda.

razón en las luchas por el triunfo, llegan a la meta cuando ya la vida camina hacia el ocaso y la juventud, la divina juventud, se ha trastrocado en hilos de plata en las sienes y en un renunciamento a todo lo artificial y canalla del mundo. Piensa que la juventud, como la vida, es una sola y no confíes nunca en el advenimiento de una segunda.

La Parca es el final de todo y para todo. Miserable, orgulloso microorganismo, conjunto de células, no intentes descubrir lo que nunca te será dado hacer.

¿Qué Mago, qué poderoso Monarca, adivinó el porvenir?

No amargues tu presente, único, palpable, verídico, con las sombras de esos fantoches nacidos en el cerebro de un sublime loco y corrompido, mercantilizados luego por esa caravana de vagos y audaces.

La iglesia es una farsa. ¡No creas! Mentira es también la sentencia de los sátiros disfrazados de mujeres: es necesario el dolor, para merecer la felicidad.

Mentira Dios, si Dios castiga para premiar después. ¿Qué significaría para el Todopoderoso negar el frío y la tisis a los niños, la lepra y el hambre a los viejos?

Que no te cause temor lo desconocido. Y si alguna vez enfrentas a Dios, trátale de igual a igual, de hombre a hombre, de canalla a canalla...!

Y al mencionar a la mujer, dijo:

—Duda siempre, y si al hablar sobre la mujer, te obligan a que dudes de tu madre... duda de ella también..

No comprendí el alcance de su frase. Miré con es-

panto sus ojos y vi en el fondo de sus pupilas, reflejado el asombro que se dibujaba en mi rostro.

El vió la tempestad que sus palabras habían desencadenado en mi alma y recogíendome entre sus brazos, me estrechó contra su pecho.

—Tú eres joven aún, — me dijo, — y tienes el mundo por delante... No luchan todavía en tu cabecita de niño las tormentas de la experiencia que sacuden mi cerebro y por eso comprendo tu asombro, la razón de tu estremecimiento.

Escucha mis palabras, y hazlo con el recogimiento de quien oye el eco de una voz que ha de apagarse muy pronto... Yo voy a pasos agigantados, camino del sepulcro, por la senda que conduce hacia la Verdad. Si verdad es la muerte, no he de irme del mundo dejándote una estela de mentiras... Oyeme...

Tal vez querrás cantar al mundo la causa de tu fatiga, el porqué de tus dolores y tus amarguras... Y tus versos, tus estrofas, tus palabras, habrán de respirar odio, odio enorme, odio que no se fatigará en su carrera, odio incansable... Y gritarás a los hombres que la mujer es un ser maldito... remanso eterno donde la perversidad gira en torno de su mismo centro... Ave Fénix malvado que muere y resurge de sus propias cenizas... fuente inagotable de impurezas... vertiente fecunda en cuyos surtidores cantan la falsía, la lujuria y el crimen. Dirás todo esto y tal vez mucho más... Y será entonces

cuando la humanidad, por los labios de sus mujeres culpables y por la boca de sus hombres eróticos, cornudos y cobardes, habrá de enrostrarte la frase imbécil que viene rodando desde hace siglos hasta hoy... frase que quizá en este momento tu alma joven, la modula en silencio. Y ellos dicen, y tal vez tú también me estás diciendo: Denigras y maldices a la mujer y al hacerlo estás denigrando y maldiciendo a tu propia madre... ¡Acuérdate que tu madre fué mujer...!

Enmudeció su voz y sus manos acariciaron temblorosas mi rostro y escuché el eco trunco de un sollozo estrangulado...

—Lloras...? le dije.

—Sí—me respondió,—pero son lágrimas que la alegría vuelca sobre mis ojos al saber que por fin llega el instante en que he de armarte para que te defiendas y destruyas de un solo tajo el secular y pobre argumento conque hasta ahora se ha defendido la mujer, cuando alguien quiso delatar sus lacras... que por fin podrás arrojarles a ellos la estúpida mordaza que quieren imponerte a tí, como la impusieron a los demás...

—Oyeme, hijo mío, — continuó, — la madre es en nuestra vida, como el dogma en la religión... indiscutible... Ella está por encima de todo...

Cuando hables de la mujer, hazlo sin temor, porque para un hijo, la madre es una sublimidad virginal... muy lejana, remotamente lejana, a todo lo que es terrestre, a todo lo que es humanidad, a todo lo que es mujer...

La madre, no tiene historia carnal... la madre no tiene sexo... como las divinidades!

Si el destino lo quiere, mañana, cuando seas hombre y llegues a tu casa fatigado, harás reposar tu cabeza sobre los senos maternos, y en torno de su garganta, formarán tus brazos, un collar... tus labios besarán los suyos.

Y habrás de mirarte feliz en el espejo de sus pupilas... Pero nunca surcará tu cerebro el pensamiento que tienes junto a tí una mujer... Como jamás en la mente de ella, aleteará la idea de que a su cuerpo se abraza un hombre..!

Miserables de aquellos que piensan que antes de hablar de la mujer, debes acordarte de tu madre..!

Aquella y ésta, no tienen ninguna ligadura entre sí...

La madre, es santidad... la mujer delito...

La madre, es espíritu... la mujer es materia...

La madre, es virtud... la mujer es pecado...

Solamente un ser cuyo corazón ha convertido la aorta en un pozo de innocezas que se esconde dentro de un pecho torcido, puede ser capaz de inmiscuir a la madre cuando se hable de la mujer...

Y sin embargo abundan; los encontrarás a cada instante en tu camino. Son los tarados... los epilépticos morales que en sus accesos escupen por sus bocas la espuma negra de sus miserias...

Son los Quasimodos repugnantes, los hijos de Eva, que en las estrechas, turbias y tenebrosas sinuosidades de su cerebro, donde hierve el atavismo de una degeneración ancestral, llegan a dar a la madre forma de mujer y le brindan un sexo, creyendo así

poder sellar los labios que van a descubrirle la miseria de su hembra que es su propia miseria.

La mujer se ha refugiado en aquel razonamiento y lo usa como escudo queriendo y creyendo cubrirse con él.

La madre, al dar la vida se transforma en un dios porque ello sólo fué cualidad de dioses, y los dioses para los creyentes no tienen sexo. ¿Debe tenerlo acaso Jesús para una enclaustrada?

También sin calcular olvida que en iguales circunstancias se encuentra respecto a su padre: ¿Cuál es la mujer, que al no ver satisfecho un deseo, no denigró al hombre?... y hombre fué su padre.

La madre sólo tendrá sexo para los tarados, para los leprosos morales o para las hembras que olvidaron o no conocieron el dolor y el placer de dar vida.

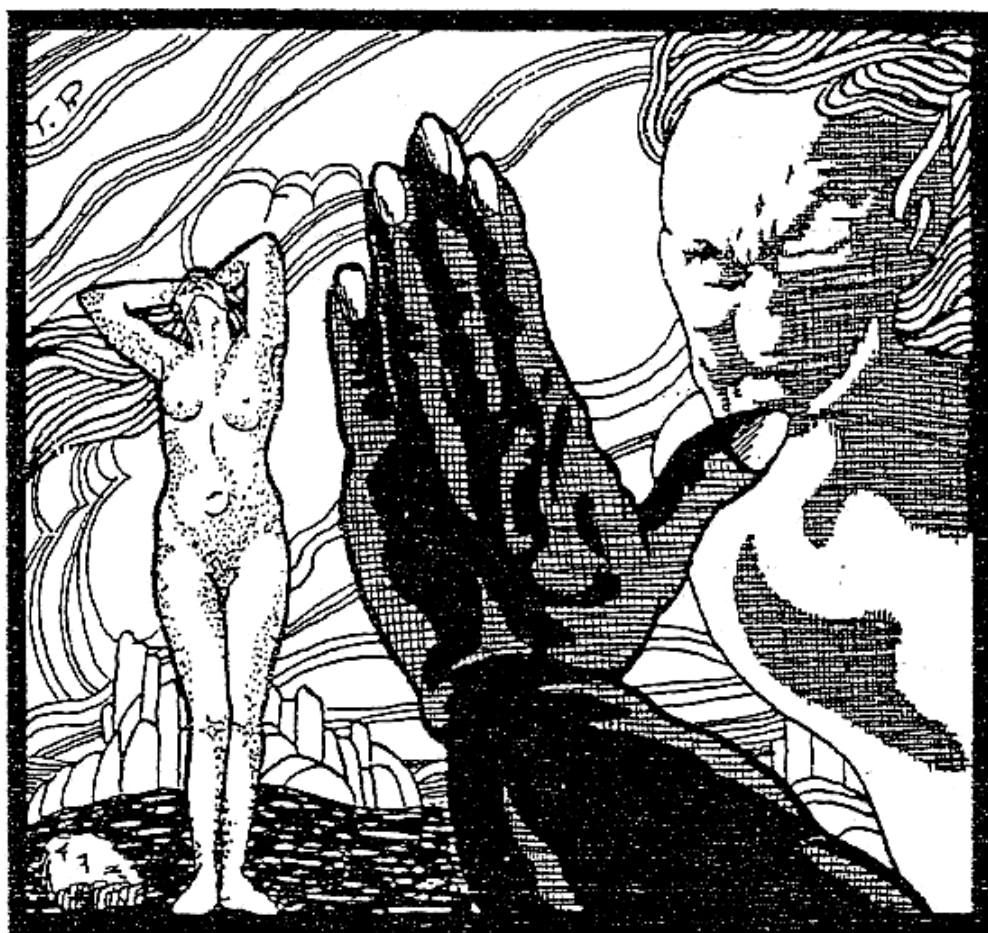
Si nos fuera dado escuchar las últimas palabras de dos infelices, cuyas cabezas han de rodar en el cadalso al golpe brutal de la cuchilla trágica, llegaría hasta nosotros el eco de una suprema y postrer imploración a la que concibió su cuerpo en sus entrañas... y si luego recorriéramos las casas del pueblo, encontraríamos: una madre, cuyos ojos reseco de tanto llorar están vertiendo sangre a manera de lágrimas, brotadas por el hijo que acaban de arrancarle... y otra mujer que arregla su alcoba para ofrecerla al hombre que reemplazará al que acaba de perder...

Si te obligan a que dudes de tu madre, duda de ella también... Pero, no olvides hijo mío, que para hacerlo tendrás que sumarte injustamente a la caravana de los Quasimodos morales, tendrás que en-

BARON BIZA

rolarte en sus filas negras,... entrarás a discutir el dogma y serás excomulgado... darás un sexo a tu madre y habrá muerto en ti el hombre, para dar paso a la béstia...

Días después, una tarde gris que se recogía entre el ropón de una llovizna, los peones, atraídos por los cuervos, lo encontraron sobre un peñasco atravesado el cráneo por una bala de su revólver.



CAPITULO II.

ERA bonita, como un pecado de amor.
No tendría más de veinticuatro años, de cabellos blondos, de grandes y rasgados ojos grises; ojos con destellos de pecado y cocaína; ojos que tenían un algo de Satán y un algo de Dios, engarzados en profundas ojeras, pinceladas de insomnio, sobre la piel rosa-oro.

Boca pequeña, de labios pintados, tibios y húmedos, dejaban entrever al sonreír sus dientes pequeños y perlados... Boca de carmín, tenía ese rictus, embustero, delicioso y un poco canalla de todas las divinas bocas nacidas para mentir y besar; labios de mujer, de boca cansada de besar.

Las manos suaves, afiebradas y húmedas, pálidas y largas, manos de enferma, que ella cuidaba suntuosamente, como las basílicas bizantinas con berilos, y caledonias que fulgían cual si fueran pupilas de gatos endemoniados. El descote atrevido, casi siempre exagerado, dejaba al descubierto el nacimiento de sus senos, ánforas de alabastro tibio, que se adivinaban macizos tras la ténue seda; senos de hembra, senos para besar y morder.

Vestía entre el polvo y los harapos del pueblo, con telas suntuosas: rojo cardenalicio, morados sombríos, negros bordados en oro... y sin embargo, su aspecto era el de una de esas heroínas de novela moderna; un poco romántica, un poco artificial, un poco perversa... que aman el eter, la nafta, el asschis y las aberraciones de la gran Cleopatra.

Pero lo más divino era su cabello. Aquellos risos que le enmarcaban las sienes en un nimbo de cóquetería, de bertinismo artístico, de oro, enmadejado; cabellera encrespada, como olas magníficas y luminosas.

¿Qué escena de locura, placer o drama, qué ráfaga de dolor y tristeza, qué capricho o tragedia obligaron a aquella extranjera a llegar hasta mi pueblo?

Pueblo en desacuerdo con la naturaleza. Pueblo

de enfermos, de mujeres pálidas, de hombres demacrados, que tosían como ladrando a una luna invisible, o a un rival imaginario.

La naturaleza, por contraste, se mostraba exuberante en derredor, ofreciendo a la vida esencia de florecillas silvestres y matices esmeraldinos de vegetaciones jugosas. Todo en ella cantaba vida, juventud, optimismo sano y fecundante.

Escondido en las frondosidades de los álamos y los sauces, el pueblo, daba una apariencia de quietud y humildad; remanso de aldea...

En derredor canciones y risas juveniles, pastorelas de amor, bellamente vírgenes, ingenuamente infantiles...

El río bienhechor daba sangre a las plantas, besaba el alfa, verdeoscuro, de florecillas moradas disputadas por mariposas blancas, amarillas y azules. El sol límpido y tibio, ponía besos de vida en el ramaje de las plantas, en los tallos, en las corolas de las flores y en el fruto que empezaba a madurar...

Los campesinos, esclavos de esa tierra, agotaban en ella su vida, la cuidaban con mimos de novia y ternura de madre, se entregaban en cuerpo y alma, dejando en el profundo surco que abría el arado, junto con las semillas, girones de pequeñas ilusiones, retazos de sus vidas y ensueños de amores dulces.

Hijos del terruño, en él morían desconociendo los colores cambiantes de la vida, las irisaciones, múltiples en matices, de la vorágine mundana. De tarde en tarde, llegaba a aquel rincón un eco, la ténue brisa de algún suceso mundial. Ya era un naufragio, una epidemia o una guerra...

Para aquellos campesinos simples, egoístas y desconfiados, esas noticias no los afligían. Sus otros hermanos desconocidos, habitaban otros mundos, eran otros seres...

La llegada de aquella mujer había levantado en el pueblo una polvareda de calumnias, de rencores y de miedos.

Pobres, envidiosas y tontas mujeres de mi pueblo que vieron en ella la mentada «cocotte» que llega a las villas a arrebatarse ahorros de maridos y quebrar compromisos de novios!

Se alojaba en el hotel, había llegado pálida y tosiendo y fué como una aparición de carne, sedas y perfumes, que trajera con ella ráfagas de músicas exóticas, luces boulevarderas, frivolidades y mentiras mundanas. Era delgada, de una elegante presencia — muy chic — de opereta vienesa.

Flor divina de pecado, princesa incógnita o burguesa refinada, había sacudido al pueblo en un estremecimiento de lujuria y de rencor.

Al principio la miraron con altanería; grosera y ridícula altanería de mujeres sucias y en «chancletas». Mas tarde, al notar en ella indiferencia — que era tranquilidad y no desprecio, — sintieron curiosidad, esa malsana curiosidad de pueblo que tiene pestilencia de pantano y que exige hasta los más íntimos secretos de los que moran en ellos.

Extremaron en vano todos los recursos, todas las sonrisas, todos los pretextos:

A un — ¿Viene Vd. de Buenos Aires?

—Tengo un médico malísimo, — respondía. —



"Días después, una tarde gris que se recogía entre el ropón de una llovizna, los peones, atraídos por los cuervos lo encontraron sobre un peñasco atravesado el cráneo por una bala de su revólver",

Imagínese Vd. que me ha dicho: para sanar pronto, hablar poco...

Llegó el día en que se tejieron los más absurdos comentarios:

Era una duquesa rusa, parienta del Zar y fugada de la prisión de Pedro y Pablo, de Leningrado, a bordo de una barca pesquera que como pago de su fuga habíase ofrecido siete noches seguidas a los siete marineros que la tripulaban...

Otros la creían francesa, gran pecadora, querida de príncipes y reyes, que habíase alistado como enfermera en la última guerra y contraído allí su mal. Francia la había condecorado en esos días de sangre y fuego. Ella abandonó la patria, asqueada, cuando su gobierno hizo la paz, aquella deshonrosa paz, para la dignidad de los valientes, cuyas madres, mujeres e hijas, habían cometido los más espantosos infanticidios, con aquellos mismos que mataron su amante, capitán entonces de un regimiento de artillería.

Pero un día...

—Culpa es, alguien dijo, del comisario que no sabe cumplir con su deber. A lo mejor es una espía alemana...

Fué la versión que abrióse camino, la versión por todos aceptada, la del espionaje.

El gobierno alemán cuyas pérdidas territoriales eran inmensas, fijaba sus miras como futuras presas, en las débiles, ricas y libres naciones sudamericanas.

Fué el acabose.

—¡Queremos saber quien es!—gritaban al comisario en su despacho, las desgredñadas y malolientes arpías del pueblo.

—A lo mejor el comisario es cómplice de ella — agregaba un condenado por la naturaleza a llevar un promontorio eternamente ridículo sobre las espaldas.

El sainete pueblerino tocaba a su fin. Los notables; el boticario, cuyas medicinas estaban reforzadas por el frío veneno de su alma; el panadero, que amasaba su pan con levadura de calumnia; el carnicero que tajeaba con suprema maestría la sucia res de la intriga, esperarían en el bar del hotel los resultados de las averiguaciones policiales.

Uniformado de gala, espadín al cinto y capa al brazo, dirigióse el comisario a los corredores del piso alto donde generalmente a esa hora la extranjera leía.

Intentó ser amable y sólo consiguió evidenciar su torpeza: — «Deber... obligación de policía... violento para él... la ley inexorable...»

Al principio ella no comprendió. No es fácil para un cerebro de mujer culta estereotipar en sus células el pensamiento de un imbécil... Llegó hasta temer... Luego, de pronto, dando rienda suelta a su risa, risa clara e hiriente de mujer ofendida, expresó: —Haberlo dicho antes, señor comisario! Lo que Vd. desea saber es quien soy... Perfectamente. Acompañeme Vd.

Penetraron en la fría y blanca habitación del hotel transformada en templo. Toda habitación de mujer joven es templo de amor y lujuria. Flota en el ambiente un algo de cantáridas que enerva y excita. Olor de hembra en celo...

Artístico desorden. Podría decirse, el orden dentro del desorden. Frascos, libros en francés, inglés, caste-

llano, fotografías con un nombre y una fecha, terracotas de Verona, modernas muñecas de terciopelo y seda parisién. Un abanico de nácar con varillas rotas; quizás recuerdo de algún fugaz idilio comenzado y acabado violentamente en la madrugada de un día de carnaval... Sobre la cama, una cama pequeñita de hierro blanco, kimonos, pijamas, ropa interior de mujer, pedazos de mujer, girones de hembra...

El Comisario se detuvo azorado ante aquel detalle de refinamiento de la civilización o del vicio: Sedas y encajes. Obras primorosas, magníficas de paciencia y de riqueza, obsequio del amante para la amante, envoltura de seda tibia, de piel artificial.

Le atrajo la atención, el estuche abierto de un irrigador de viaje, con una colección de cánulas, gomas y pinzas. Quizá pensó que ese artefacto raro, sería una prueba más para el sumario y la condena. ¡Se decían tantas cosas de los aparatos radio-telegráficos!..

Interrumpió sus cavilaciones la voz de ella:

—Mi pasaporte, comisario, — dijo, cerrando un baúl-ropero cubierto de etiquetas de los más remotos países, en las más distintas lenguas. Al tomarlo entre sus manos frunció el ceño. No había contado con su desconocimiento de idiomas.

Era un cuadernillo de tapas oscuras, con un retrato, impresiones dactiloscópicas, sellos, firmas, estampillas, y más firmas y más sellos, pero en un idioma endiablado que él no comprendía.

No era cuestión de mostrar ante ella su ignorancia.

Además, quien en el pueblo podría descifrarlo? Lo hojeó lentamente, simulando leer: sólo pudo comprender el nombre: Cleo de Saint-Ibet.

Cuando lo devolvió, ella no pudo contener la risa.

—Sí, está bien... en regla... usted disculpará, no?...

— murmuró azorado dejando la habitación.

Iba furioso contra los que le habían obligado a tamaño ridículo. Ya les enseñaría al Juez de Paz y al boticario, por haberlo mandado a él, a la primera autoridad, a satisfacer curiosidades de mujeres.

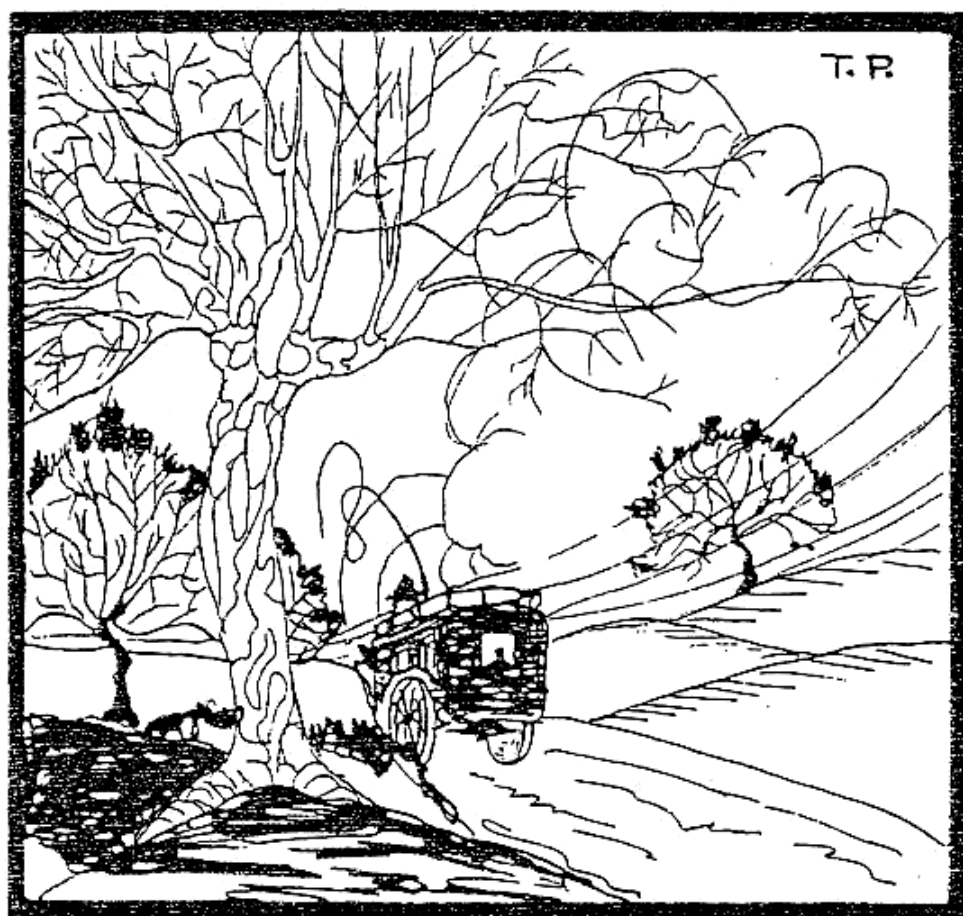
Una cantidad de preguntas acompañó su entrada en el Bar, y ante el asombro de los que le esperaban, se desató en improperios contra todos.

—Qué se habían creído ¡comadreas! El era el comisario, y no tenía porqué dar explicaciones. Si esa señora vivía en el pueblo, era porque podía hacerlo mejor que nadie, porque quería y porque le daba la gana!

Y ya desatado, empezó por afirmar sus palabras con «talerazos» sobre la mesa: De hoy en adelante iban a cesar las murmuraciones, a dejar de molestarlo y distraerlo de sus numerosas obligaciones.

El Juez de Paz, acercándose al boticario murmuró sonriendo, soez, brutal, mostrando sus dientes no de hiena ni de perro; sino dientes de hombre, negros y putrefactos.

—No le haga caso compañero... Calentura... A lo mejor ya galopó sobre esa yegua!



CAPITULO III.

DESDE la muerte de mi padre, acaecida hacía dos años, había conseguido levantar más de la mitad de la hipoteca que pesaba sobre nuestra única finca «El Refugio». Había continuado con la dirección de la misma y luchado feroz, brutalmente, para que Don Nicasio, el comisario, no nos arrebatara nuestro único bien.

Cierto es que las cosechas habían ayudado. ¡Con dos años más...!

Mis ensueños de niño, mis ambiciones de triunfo en grandes urbes, con las que tanto soñé, hasta aquellas mujeres, aquel grito de mis horas de internado, se había esfumado, semi-borrado ante la alegría juvenil de mi hermana y la caricia temblona de las manos de mi madre.

Vida pura, vida santa junto a mi montaña y mi río!

Yo había llegado a formarme el concepto real de la responsabilidad que sobre mí pesaba, respecto a aquellos dos seres indefensos y buenos; luminosos y puros como los amaneceres de mis sierras.

Mi carácter en apariencia hosco, mi retraimiento con los del pueblo, habíame valido el odio de muchos y la antipatía de la mayoría. Pocos eran en verdad, los que llegaban en calidad de amigos hasta «El Refugio».

Mi madre, espíritu simple, vivía sólo para el recuerdo de sus años de esplendor y cariño. Pocos sin duda fueron, pero, debieron ser tan intensos que el dolor producido por las andanzas de mi padre, no empañaron aparentemente, su amor de esposa.

Había vivido su instante y supo resignarse con esa mansedumbre que dá la religión, cuando se ha experimentado el dolor.

En los atardeceres, después de las faenas, sentados en el corredor de la casa, nos hablaba de él. Irma y yo la escuchábamos arrobados. Se agigantaba su figura, su voz ante el recuerdo tenía sonoridades melodiosas. Voz de madre y de mujer que ha que-

rído... Cuando el Angelus nos traía un hálito de tristeza, nos hablaba de Dios.

Yo me cuidaba de emitir mis opiniones tan contrarias a las de ellas y, cuando Irma, mirándome, como para tomar coraje, se animaba a contradecirla, a dudar siquiera...

—La fe salva, hijos míos, — decía aquella santa matrona. Para el hombre es un aliciente en la lucha diaria, una coraza de acero en las que rebotan los fracasos, y para nosotras, Irma, un cerco invisible pero poderosísimo, que nos evita el pecado y nos detiene ante un mal paso y cuando es sincera, hasta en un mal pensamiento!

—Pero tú te animas, madre — preguntó una vez Irma, — a decirme donde termina el bien, y donde empieza el mal? Puedes decir qué es bueno y qué es malo?

—Malo es todo lo que condena nuestra religión.

—Madre, la religión la crearon los hombres, cuando en sus cavernas quisieron explicarse lo que es el rayo, el brote de las flores o el mismo misterio de la vida. Era debilidad, cobardía, ignorancia... Pueden haberse equivocado.

—No; porque en el nombre de ese Dios, enseñaron amor a los hijos, fidelidad al esposo, resignación y piedad...

—Los salvajes, las bestias mismas, sin conocer al Dios que tú invocas, practican los mismos preceptos.

Además, no fueron los mismos hombres que nos esclavizaron exigiéndonos la fidelidad? Fidelidad, que ellos no retribuyeron nunca. Salomón mismo, con

sus setecientas concubinas ¿podía ser el protegido de un Dios justo? Además, la fidelidad física, es en sí una virtud? Virtud también habría sido si a ellos se les hubiera antojado por avaricia, para llenar mejor sus graneros, tenernos sin comer quince días al año.

Irma se revelaba en sus diez y siete años, con una lucidez de cerebro que inquietaba. Los libros y el contacto con mi padre, habían despertado su espíritu sensible, habían hecho de ella una indagadora.

—Padre tenía razón — me dijo Irma un atardecer mirando ávidamente las montañas — La vida es breve, la juventud, más breve aún; minuto perdido, jamás recuperado... Nuestra juventud es corta, como un sueño fugaz, como la espuma de las olas.

Yo, adivinando sus ansias, que eran las mías, la miré como si no la comprendiera.

—Sí — continuó ella, aclarando — atravesar estas montañas y con mucho oro, llegar a esas bellas, lujosas y viejas ciudades de Europa y Oriente. Viajar como papá: Niza, Biarritz, la Selva Negra o las estepas rusas. Vivir como él, entre cerebros superiores, privilegiados, conocer la vida, intensa, ávidamente aun a costa de vivir menos... pero vivir. Sentir la caricia de la vida, poseer todo lo bello que crearon los hombres, inundarse con luces de boulevares de París o Nueva York, sentir la tibieza de las pieles raras y costosas, la suavidad de las sedas...

Y mirándome como para pedirme perdón. — Tú me comprendes, — me dijo, — eres el único que puedes comprenderme. Tienes a semejanza de papá,

su espíritu de poeta y de rebelde...

—Algún día iremos... — dije yo.

—Entonces ya seremos viejos! contestó fatalista.

Había caído la noche, noche clara y tibia de primavera. Yo me acerqué más a ella, pasé mi brazo por su espalda y atrayéndola hacia mí afirmé:

—Ahorraremos, trabajaremos más, trabajaré más...

—Más aún?

—Más, por ti... para ti...

—Hermanito!

—Hermanita!

.

A la casa no llegaba sino de tarde en tarde, un amigo de la infancia, cuya familia enriquecida en la política, había abandonado hacía años su pueblo, radicándose en Córdoba.

Era dos años mayor que yo, habíamos sido compañeros de infancia y de colegio. Más afortunado, pudo terminar sus estudios de abogado, y luego, con la influencia de su padre, había comenzado a ejercer.

Era sencillo, generoso, bueno. Para Irma y para mí había sido siempre otro hermano. Por ello fué una revelación, cuando, entre bromas, me insinuó su posible matrimonio con Irma.

Al comunicárselo yo, ella riendo locamente, dijo:

—Con José Antonio? Nunca! Sería una venta. Lo quiero lo suficiente para no hacerlo desgraciado. Nos conocemos demasiado íntimamente para que pueda existir entre nosotros ese deseo del primer momento, pasión, llama, que, por más corta que sea

su duración, es suficiente para permitir después soportar la insípida vida en común.

Además, aunque sintiera el deseo por un hombre, no me atrae aun el matrimonio. Prefiero esperar... Sería horrible la vida a su lado. Esa capital de provincia, con sus iglesias, su sociedad, con olor a «sacristía», vulgar, hipócrita, los hijos que él exigiría aun a costa de mi sufrimiento y la deformación de mi cuerpo, la monotonía de esos días iguales, en donde toda mi obligación radicaría en alimentarlo bien y cuidar su ropa. Noches de soledad en que pasado su entusiasmo carnal, las perdería en el Club, en el café o en el prostíbulo... No, hermanito, tú no puedes exigirme tamaño sacrificio!

Y sin embargo, era el único partido a que podía aspirar ella y por el cual se hubiesen arañado las mejores «casaderas» de mi pueblo.

Era lo que, en ese inmenso mercado llamado sociedad, se dice «un buen partido». Rechazado así éste, se descartaba por el momento toda posibilidad de matrimonio de Irma.

—Insiste, — le aconsejé cuando como amigo y hombre, llegó hasta mí quejoso.

—Tú sabes que la haré feliz... Interviene tú...

—Sí, respondí, la harás feliz, pero, a tu manera, y ella a ti, no. Te quiere solamente como hermano, pero, insiste... ¡Vaya uno a saber los secretos del corazón de una mujer!

Después de unos días José Antonio partió para Córdoba. De allí nos escribió:

«Acepté el nombramiento de una secretaría en un

ministerio de Buenos Aires. Quien sabe cuando volveré!».

Para Irma, ni una palabra. Recuerdo que ella le escribió, burlona: «Inolvidable hermanito...»

.
.

Otro, que aunque no fuera bien recibido frecuentaba con pretextos la casa, era don Nicasio, comisario, jefe político, cuatrero, usurero, prestamista, y tahir.

Una tarde, cuando dejaba la casa después de la siesta, para dirigirme al pequeño obraje que había instalado en el monte, llegó y puso su caballo a la par del mío.

—Voy a acompañarlo un rato, don Jorge...

—Vea que voy lejos, comisario — respondí de mal humor.

—No importa así hablaremos mejor.

Sabiendo mi retraimiento con los del pueblo, empezó a narrarme todas las «pequeñas grandes cosas» de la vida pueblerina.

—Ha llegado — dijo mirándome maliciosamente — un bocado como para Vd... Debe venir desde lejos, de una ciudad grande que llaman París. Si viera, don Jorge, las cosas lindas y raras que trae! Todo el pueblo anda alzado. Dicen que está enferma, pero yo no lo creo. Es linda como una virgencita. De tarde camina a orillas del río, frente a la estancia...

Una extranjera, una mujer de otros mundos, joven, bella, como las que yo tantas veces había soñado!

Una mujer que traería con ella el aroma, no de nuestras flores salvajes, sino el perfume destilado de flores de invernadero, trajes y costumbres exóticas. Una muñeca de tibia seda, que tendría para nosotros una sonrisa de benevolencia, que llevaría en su cerebro el recuerdo de lo que yo añoré conocer y no podría jamás...

Sería realmente bella, como yo había imaginado esas mujeres? Sensibles, nerviosas, llenas de caprichos encantadores, como aquellas que hacían que generales arrastrasen a la derrota a sus ejércitos, traicionasen sus patrias, y que reyes renunciaran a sus tronos.

Pero mujeres de esa clase no serían para mí, pobre gaucho, cuya indumentaria ahogaba la belleza de mi alma. Para mí, eran las otras, las del pueblo, ignorantes, envidiosas y sucias, fábricas de hijos y de chismes...

El tono de la voz de don Nicasio cortó de pronto mis reflexiones:

—Es necesario que me escuche, don Jorge — su mirada era autoritaria, su expresión insolente. — Yo lo he visto criar a usted; sabe cómo su padre que en paz descansa, me estimaba. Soy aun joven y he hecho buena carrera y no tengo vicios — lo sabía cuatrero y borracho, — y quisiera, comprende...? formar hogar...

—Y Vd. desearía que yo fuera padrino suyo — respondí interrumpiéndole secamente y temiendo adivinar.

—No, algo más: cuñado...

—¿Qué ha dicho...? balbució amenazante.

—Sí. Con Irma — respondió.

Nube roja, olor a sangre...

Chocaron nuestros caballos, mientras tanteaba mi cintura en busca del revólver dejado en casa.

—Fuera, perro, fuera!! — grité con rabia.

Debió traslucirse el crimen en mis pupilas. Pali-deció intensamente, se desprendió de mí y espoleando su caballo tomó en dirección al pueblo. A los treinta metros mientras galopaba sin detenerse, me gritó:

—No olvide que soy autoridad!

No pude contestarle. Lo ví perderse en el monte, ya sin odio, sin rencor casi, apenado, temeroso, por los míos, asqueado al sólo pensamiento que Irma pudiese algún día entregarse a semejante bruto.

Era una suerte. Ya poco nos quedaba por pagarle. Quizás con una buena cosecha... ese mismo año...

—

«De tarde camina a orillas del río, frente a la «estancia», me había dicho».

Por ello hacía ya días, que con mis mejores botas en mi más bello caballo, la buscaba en los atardeceres.

El día anterior la había divisado en la otra orilla, en traje rojo, suelto sus cabellos al viento.

Fué un breve momento. Al notarme se había detenido mirándome. No tuve coraje de cruzar el río. Una timidez explicable, me invadía, y seguí camino, al galope, sin osar volver la cabeza. Pero esa tarde no.

Esa tarde pasaría junto a ella, ella que no sería nunca para mí, ella que venía de tan lejos y que tan lejos se iría... Yo había hablado a Irma de ella, que sonrió comprendiéndome.

—Acércate, invítala, hazte su amigo — me había dicho — yo también quisiera verla...

Por ello, lleno de coraje, cuando la divisé entre un claro de los árboles, en la otra orilla, lancé mi caballo al agua. Para nosotros, obligados a hacerlo diariamente era juego de niños. No quizás para ella que, interesada como la tarde anterior, se detuvo a mirarme.

La marcha es necesariamente lenta dentro del río, por lo ancho. El río Cruz del Eje es fácil de vadear. Apesar de ser ancho, su lecho es arenoso y cubierto de piedras cuyas aristas redondea la acción del agua.

Toda mujer admirada, deseada y desconocida tiene a semejanza de Dios el poder de lo ignorado.

Así, en las cavernas, la humanidad adoró el rayo, hasta que encontró el «porqué» del rayo. Así adoró la Diosa Venus hasta que Venus fué poseída.

Si Dios nos permitiera hablar con él, en nuestra conciencia dejaría de ser Dios.

La curiosidad o el deseo satisfechos, ha evitado más de un crimen.

Fuente sagrada, es toda mujer a la que se acerca por primera vez.

El encanto de la mujer no está en ella, sino en nuestro cerebro; su belleza es según nuestro deseo.

Los ojos más bellos para un chino, no serán seguramente los de la europea; serán los oblicuos y pequeños de una mujer de su raza.

Esos ojos que nosotros cantamos como bellos, para los chinos son «ojos de perro». Un Goethe, vería la misma mujer, completamente distinta, que un Shopenhauer. El marino que arriba al puerto, encontrará «bella la mujer que repudiará» horas después.

El arrogante y exigente «soutener», en el presidio encontrará exquisita a la última, sucia y desgredada fregapisos de su burdel, si lo visita.

El joven estudiante y el viejo «macró», estarán en desacuerdo para juzgar o proceder con la misma hembra, hermosa o fea. Fea o hermosa, la consideraremos según las circunstancias que nos rodeen. Nuestro deseo la hará Diosa o ramera, divina o insignificante. Y ella no será ni lo uno, ni lo otro...

Sólo será una mezcla de madre y prostituta.

Si reflexionamos que todos nuestros renunciamentos y sacrificios, se reducen únicamente a poder penetrar en su vagina, y que ese deseo no es únicamente nuestro, exigiríamos una igualdad y responsabilidad más justa entre los sexos. La mentada debilidad del uno, no es sinó una forma mal intencionada de halagar nuestro estúpido amor propio. Si nuestra hembra no nos hastía, es porque no tenemos ninguna otra en perspectiva.

La mujer, desde que abandonó el harem, se ha convertido en la más cruel explotadora del hombre.

Los hijos, los «hace» ella y, si consideramos que el derecho es según el capital o esfuerzo que cada socio aporta, y de la que únicamente es ella responsable, no podrá por lo tanto la ley esclavizarnos para mantener a ambos.

Es posible que un hombre pueda perder parte del producto de su trabajo porque la hembra con quien cohabitó, casada o no, háyase olvidado, por pereza o frío, de llegar hasta el bidet?

¿Hay alguna ley que obligue a la mujer a embarazarse contra su voluntad?

¿Por qué entonces contra la voluntad del hombre, le obligan a aceptar los hijos de su hembra?

.....
Cuando el mundo avance en el feminismo, los hombres de fortuna estarán exentos de pena. Y las mujeres no harán sino seguir una ley de herencia. Toda mujer sabe que puede venderse, por lo tanto concibe que todos pueden comprarla.

La prostituta se paga al contado, la honesta en especie. Cambio de moneda y de tiempo. Cuando la mujer no quiere venderse es porque las secreciones de sus ovarios impiden el raciocinio de su cerebro. En toda mujer existe innato un especulador arriesgado.

¿No arriesga en un minuto con su novio, al entregarse, toda su vida de señora?

Ellas han pensado y piensan: Será quizás, la única forma de decidirlo. Todo su capital, triste capital, lo juegan contra la única patente de señora, contra una seguridad de su estómago...

En el hombre habla el deseo de perpetuarse. La mujer explota ese deseo para satisfacerse y a la vez para llenar su aparato digestivo. Es su único rol. Llenarlo de alimentos o de espermatozoides.

.....
La máquina ha reemplazado al músculo, destru-

yendo la vieja ley de la diferencia de sexos. La mujer es una vil competidora de salarios. Arrasa con los nobles principios del confort que merece el proletario.

Puede hacerlo porque sabe que su sexo se cotiza entre los hombres. Las huelgas, ese bello principio de defensa, queda destruido cuando interviene la mujer.

La mujer, cuando ha dejado de ser joven, o no es bonita, es generalmente un parásito. Un ser que consume sin producir, un obstáculo en la vida de las otras, ya que la impotencia la convierte en moralista, ya que su fin es sólo impedir que sus hermanas más jóvenes, realicen los actos que a ella le están vedados. Y así podemos ver espectros de mujeres, cuidándoles a otras, partes de su cuerpo que en nada les pertenece, caricaturas humanas yendo contra la naturaleza de sus otras hermanas, o contra principios que ellas, en su juventud, fueron las primeras en practicar.

Un Jurado de mujeres, absolvería el más monstruoso crimen de un Rodolfo Valentino... Juzgarían con el sexo, no con el cerebro.

Mi mentalidad de aquella época no me permitía tales reflexiones.

El paisaje embellecía aun más a aquella mujer, si ello era posible.

Me encontraba desarmado ante sus dientes chiquitines y perlados, sus labios jugosos, sus pechos erguidos...

Fué así como la conocí esa tarde y como al caminar junto a ella, llevando de la brida mi caballo, me impregné de ella...

Esa noche, abrazado a mi almohada me imaginé que dormía junto a ella, que besaba su axila; que había visto al arreglarse sus cabellos; cubierta de suave vello castaño claro...

La axila de aquella mujer, era para mí esa noche, como un «fetiché».

Me imaginaba haber visto algo de su sexo...

Fuimos amigos corto tiempo, sólo días...

Nos encontramos frente a las casas y yo la transportaba a caballo, a la orilla de mi estancia.

Cleo vestía breeches y botas. Caminábamos por los estrechos senderos abiertos para los caballos, escuchando en esos atardeceres de verano la vida que se transformaba.

Me dijo que tenía veinticuatro años.

Muy pequeñita recordaba la casa pobre, desmantelada y fría de los suburbios de Moscú; su padre era cochero, su madre... su madre... No recordaba a su madre...

Era la menor de sus hermanos y tenía a su cargo todos los quehaceres de la casa, y, al decirlo, mirábase sus finas y bien cuidadas manos, como buscando una marca de los menesteres, de esa época.

A los once años su hermano mayor la violó sobre la cama de su padre. Su padre lo supo y un año después la poseyó también...

Tendría catorce años cuando estalló la revolución. La llevaron, conjuntamente con otras de su edad, a Suiza, en una misión de socorros norteamericana. La depositaron en la casa de un alto funcionario público. Alimento a cambio de trabajo. Sirvienta

sin sueldo. Caridad burguesa. La señora quiso hacerla católica y el señor la hizo su amante. Cuando se supo la expulsaron de la casa y un cura la tomó en la suya. Sirvienta y amante otra vez.

A los diez y siete años, un señor rentista que frecuentaba la casa la instaló en París y un amigo de él, un magnate egipcio, la llevó a viajar.

Así conoció el Oriente y el Occidente, Constantinopla y Berlín, Palestina y Oslo, Sevilla y Londres...

Un día, en Barritz, conoció un argentino. Abandonó a su amigo y lo siguió a Buenos Aires. No sufrió una desilusión al saber que era cocainómano. Creyó amarlo y por ello penetró, guiada por él, en las noches blancas, donde todo el cuerpo se transforma en un inmenso sexo que cohabita...

Había aprendido a dosificar e intensificar su deseo nunca satisfecho en esas noches. Las más absurdas copulaciones, el deseo que no se satisface durante horas y horas, la idealización de los más repugnantes actos, el acercamiento más perfecto a la animalidad en donde la hembra como el macho, reviviendo sus instintos pide el uno al otro; ser humillada, esclavizada, martirizada... Noches en que el corazón latiendo apresuradamente y su cerebro cruzado por ideas endemoniadas, imploraba el dolor dentro de su placer, como otro placer mayor. Si en esas noches le hubiesen pedido su vida en holocausto a Moloch, ella habría avanzado sin titubeos hacia su boca de fuego, orgullosa, como las vírgenes elegidas.

¿Qué significaba la vida cuando exenta de prejuicios, se mostraba en toda su realidad? El placer de

los circos romanos era mayor en los populachos, en el gladiador, o en el cristiano que avanzaba convencido que su dolor era un medio para llegar al supremo bienestar?

Bajo la influencia del brillante polvo blanco había llegado a compenetrarse con su propia carne...

Hembra, pobre hembra blanca que había soñado y creído ser poseída por salvajes gorilas y machos cabríos...

Dos años habían bastado para corroer sus pulmones, dejando una mañana en sus labios una pincelada de sangre. Huella de «rouge» en su primer beso con la muerte...!

El había vuelto a Europa, ella hasta mis sierras, segura de poder borrar a tiempo la marca dejada.

Un día — era su canción — llegaría para ella el amor... el amor como ahora lo soñaba al mirar el Uri-torco, rodeado de brumas y luces. El amor que desconoce la mueca pálida y trágica ante el sortilegio de los naipes, y la raqueta del croupier. El amor que no disfrazan los impotentes con un Rolls Royce o un solitario. El amor que conoce el amanecer, no como una orden de descanso, con la boca pastosa de Champaña y los párpados preñados de sueño.

No, ella quería el amor, tal cual yo lo cantaba; concebía el amor tal cual yo lo encarnaba.

Entre el césped, cerca a los pequeños hilos de agua yo le hablaba...

«Iremos en blancos y sagrados elefantes con pompa principesca... delante de ti, Diosa mía, concertaré una lucha entre un tigre y un toro y con el vencedor

lucharé yo para ofrecerte su vida o la mía!»

Y ella reía, mostrando sus dientes chiquitines de hembra mimosa: reía, apretándose a mí...

A la tarde siguiente los breeches se vieron trocados por un delicioso traje de sport...

Entonces comprendí que deseaba ser mía...

Yo había poseído ya algunas hembras; hembras de lupanar, campesinas, y alguna que otra mujer casada. En mis correrías por el burdel sólo había traído conmigo impregnado en mi cuerpo un olor a perfume barato y semen. Me he preguntado muchas veces porqué los prostíbulos aunque sean de distintas razas o diferentes pueblos tienen todos un mismo olor. Olor único, característico, imposible de encontrar en otra parte. Esas excursiones habíanme dejado también una repugnancia hacia la hembra y hacia mí mismo, que hacían que cuando mi naturaleza lo exigía, buscara apaciguarla en otras fuentes. Fué así como perseguí y conseguí algunas de las campesinas que vivían o rodeaban nuestra estanzuela. Mujeres, impúberes algunas, que en el acto procedían en idéntica forma que habían observado en los animales. Resistencia, negación, desprecio hacia el acto, simulado siempre en la hembra, como un excitante para el macho. La posesión debía realizarse por sorpresa o violentamente y acompañada siempre, aunque su cuerpo temblase de deseo, de la concebida frase: «Déjeme;... no quiero;... » pero siempre con la suficiente atención para que no fuese oída por un tercero. Creían ellas en esa forma disculparse de su debilidad ante Dios y ellas mismas

trataban en toda forma de no dejar traslucir su placer, para no demostrar con ello su complicidad.

Ignorantes e hipócritas, no podían satisfacer mi cuerpo y mi espíritu.

Ello me llevó hacia aventuras más complicadas, hacia la conquista menos física y más moral. Fué así como José Antonio, en mis escapadas a la capital de la provincia, me presentó a varias familias. Mi flirt empezaba siempre de la misma manera; en el Club, en el paseo del parque, o los domingos a la salida de misa. Eran miradas, disimuladas sonrisas, apretones de manos delante del marido, e invitaciones a excursiones en la sierra, o comidas en su casa.

Al principio creí lo que mis primeras amantes me dijeron: El marido brutal, inculto, incapaz de comprender la delicadeza de espíritu de una soñadora, casada equivocada, o por la fuerza, muy niña, eran los motivos que la obligaban a buscar un afecto que la vida no les podía negar, un sentimiento al que tenían derecho.

Por más que traté de encontrar la razón que justificara tal acto, en mis relaciones con tal o cual marido tuve que terminar por creerlo un hipócrita tan perfecto, que en su trato con los demás era generoso, noble, culto, y amante hasta el delirio de su mujer o que tal mujer lo calumniaba para justificarse a sí misma, encontrando defectos al marido. Y es tan fácil a la mujer encontrar defectos a un hombre cuando otro le agrada; en el fondo el acto era idéntico, a excepción del excitante, en la hembra principalmente, ante la idea de una sorpresa.



"Somos como una enorme carcajada ante los preceptos sociales y divinos"

Recuerdo... la señora X... dama de beneficencia, uno de los más ilustres apellidos de la república, personalidad de la que se enorgullecía, toda la provincia, joven aun, con esa juventud conventual que da la vida tranquila en donde poco se conoce el alcohol y los besos.

Estaba a punto de abandonar tal conquista por los inconvenientes que se oponían a la realización de mi objeto, por el exceso de trabajo en «El Refugio», y por la casi certidumbre de la imposibilidad de encontrarnos a solas en una ciudad de provincia donde ella era por todos conocida. Su marido no miraba con buenos ojos mi amistad. Era un instintivo. A mi última esquila entregada durante nuestro encuentro un domingo en el paseo del parque, recibí días después en «El Refugio» una satisfacción al pedido. Ella iría al cementerio a visitar la tumba de sus antepasados. Era la única ocasión en que yo podría hablarla a solas. Ella no creía cometer — y así lo explicaba — ningún sacrilegio en esa cita, ya que mi amor, era sólo una ofrenda moral que yo hacía a su belleza, ya que su paso era dictado por un sentimiento puro, noble; la compasión que le inspiraba mi pasión y la seguridad de convencerme que debía olvidar lo que ella llamaba «mi locura».

¿Cómo pude ir yo ese día? Esa cita entre cadáveres no era una acusación brutal contra la sociedad? No era la prueba absoluta de un sadismo que se remontaría quien sabe sino a la época de las catacumbas? La señora había pretendido engañar a los muertos, y en el peor de los casos, ofenderlos ante los vivos.

Hora en que la ciudad dormita. Hora de siesta en que el principal síntoma de vida son las moscas. Un calor sofocante que no alcanza a atenuar la sombra de los cipreses. Yo me he detenido ante un suntuoso mausoleo de granito negro que lleva el nombre de la familia de la Señora X..

En mis manos un manojo de flores algo marchitas; yo no recuerdo si las adquirí para hacerme perdonar por los muertos o para hacerme amar por ella.

Detrás de la puerta de hierro se adivinaba un altar, un crucifijo y unos cirios de bronce o plata. Alguien había pasado esa mañana llenando de flores el altar, bajo el cual había un ataúd negro con grandes manijas de plata. Estaba cubierto casi todo de flores.

¡Que festín deben darse los gusanos! — pienso. — Y encuentro que su vida es semejante a la nuestra. Ellos han nacido y no saben cómo. Desconocen de donde vienen y a donde van. Se alimentan de lo que para ellos es su mundo, librarán batallas ante el último trozo de intestino o médula. Se aman sobre esa podredumbre como se ama sobre la corteza de la tierra... y como los hombres, que no pueden salir de la tierra, ellos no podrán salir de su ataúd.

La humanidad, no es quizá sinó la podredumbre de la tierra. Estamos en un ataúd cubierto por una costra de kilómetros de atmósfera que nunca podremos cruzar. Nuestros ríos, nuestros mares! No serán pus de la tierra? No podemos vivir sin el agua. Los gusanos no pueden tampoco vivir sin las supuraciones de su mundo... La desventaja del hombre sobre el gusano no está en vivir, está en pensar...

Al oír unos pasos me vuelvo. Es ella, en la calle solitaria del cementerio.

¿Por qué los hombres harán cementerios? ¿Qué temor es ese que viene de lo ignoto que hace embalsamar o guardar sus cadáveres? ¿Qué diferencia nuestra civilización a la de hace miles de años? Nos burlamos de las tribus, y repetimos solamente lo que ellos nos enseñaron... No ponemos en la boca de los muertos una moneda de plata para pagar la trágica barca, pero le colocamos entre las manos sobre el pecho un crucifijo. No les agregamos de tiempo en tiempo víveres, pero gastamos su importe diciéndole misa. No les colocamos sus armas de combate, pero junto a ellos incrustamos placas de bronce recordatorias de lo que fueron... de lo que quisieron ser...

Héroes.

Los héroes son una consecuencia de la casualidad... una reunión de circunstancias fortuitas, muchas veces... una necesidad de los pueblos... una necesidad como la de pelear. No se concibe un pueblo sin héroes y cuando no los tienen a su gusto los crean y los moldean. Yo he visto a mi raza formar uno. Escuché los aplausos delirantes dedicados a un general, que ocupaba después de un «desfile grotesco», el poder constituído, podrido, carcomido ya, poder que hubiese caído solo, porque era un fruto agusanado.

He visto llorar a hombres de manos callosas, ante juramentos, delante de la pirámide de la libertad.

Palabras que se plagiaron, juramentos que no se cumplieron, generales que llegaron a tales por el cansancio de los años.

Yo los he visto en pose helénica. Yo he escuchado esos aplausos y he sentido deseos de escupirles.

Escupir a los que aplaudían y al aplaudido.

¡Héroes de carnaval, héroes de cartón!

Bien merecidos para ese pueblo que los idolatraba.

Yo he visto constituirse en pleno siglo XX tribunales de inquisición, deportaciones en masa a parajes dantescos, libertades a cambio de complacencias femeninas «en especie».

Bien merecido para mi pueblo. Pueblo gigante, sin testículos.

El general que lleva sus tropas a la victoria tampoco es héroe; es un asesino patentado, un profesional del crimen, un gallo de riña con la desventaja de estar resguardado en su comando, de los obuses y ataques... Es el cerebro — dicen — alguien debe mandarlos... ¡No, no, nadie debe mandar a los hombres a que se maten entre ellos! Heroísmo de los otros, de los hombres números, de los soldados sin nombre, que ellos acaparan y roban... Héroes si la casualidad o el número hizo que el enemigo quedara sin alimentos...

Santas que en el fondo sólo son fetichistas, sadistas, pornográficas cerebrales... Que en su idolatría, en sus privaciones, en su castigo, tienen como causa un desarreglo sexual, una supersensibilidad que no encuentran en el dolor sino un placer...

Héroes, estatuas, placas;... mentira... todo mentira...

Mentira también el aire de tristeza, el temor, la compasión, que demuestra ella al acercarse a mí.

Con una llave ha abierto la puerta de hierro y una bocanada de aire fresco y húmedo nos invita a entrar.

El mausoleo se compone además del espacio ocupado por el altar, de una escalera que desciende a los nichos de hierro. Abajo es amplio y fresco. Cuento hasta siete ataúdes de diferentes colores y tamaños. Ella está temblorosa, pálida y bella.

—Bajemos — dice — que sería de mí si alguien pasase!...

—Sí, sí bajemos... Y la tomo del talle para que no resbale en la pequeña escalera de hierro.

Un traje ligero, tan ligero que se diría forma parte de su piel; siento bajo él, el elástico que sujeta su pantalón, un pequeño pliegue en su piel de la cadera.

Ella quiere hablar, buscar la explicación de lo que vamos a realizar, excusarse como todas... pero yo la he tomado fuertemente, he apoyado mis labios sobre ella y la he recostado, sin más palabras sobre un ataúd...

Inconscientemente, por su forma, se cabalga sobre él. La posesión es completa, los pies buscan un apoyo para ayudar al pene y lo encuentran en las manijas... Somos en nuestra lucha por el placer, como un símbolo...

El triunfo de la vida sobre la muerte, del instinto sobre Dios...

Somos como una enorme carcajada ante los preceptos sociales y divinos.

Esa, mi última y ya lejana aventura, me había retraído completamente de la mujer. ¿Qué podrán

importarme los muertos? No eran ellos los que me habían alejado de la mujer... Era la misma mujer...

¿Es que la mujer no tiene fuerza para rebelarse, y gritar al mundo su derecho sexual, el más poderoso, el más justo, el más legal de todos los derechos?

A nadie se le ocurriría criticar que coma cuando tiene apetito, que se prive de un deseo y una necesidad de la vida.

¿Por qué calumniar, prohibir, ese otro deseo y necesidad que es el coito?

El coito es la base, el centro de la humanidad, el punto misterio...

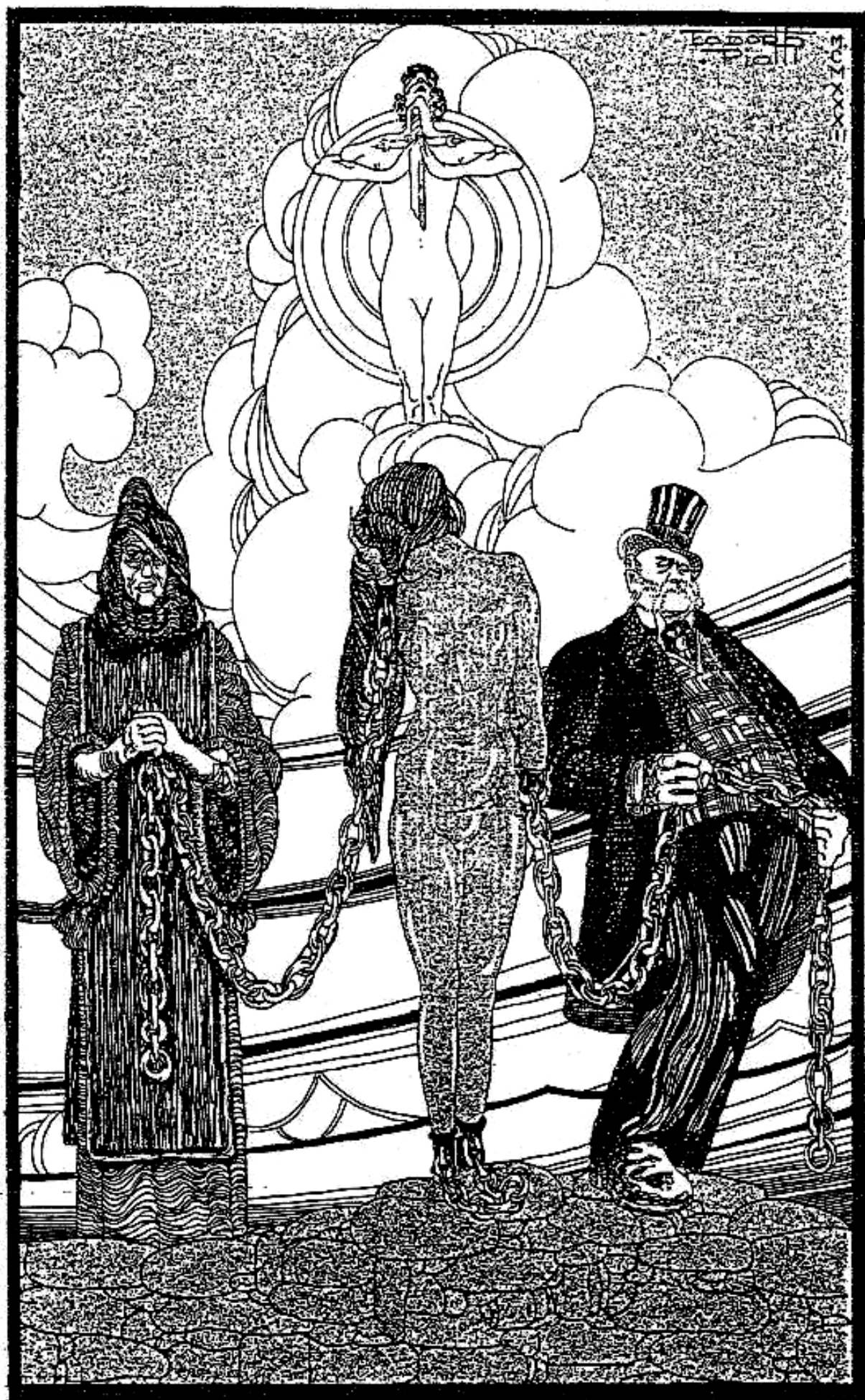
El estómago, con relación a él, no es sino un órgano secundario, una rueda más en la máquina humana, cuya base primordial es la de perpetuarse...

No podemos atacarlo sin atacar el principio de la vida... Combatirlo es grotesco, prohibirlo es criminal...

Sí... sí... se lo ha combatido,... se lo ha condenado... ¿pero quienes dictaron las primeras leyes, sino los poderosos por su egoísmo, los impotentes por su despecho?...

La humanidad escucha la voz de Cristo, Cristo era anormal o era el hijo de un Dios. Los hombres vanamente combaten la esclavitud, las mujeres la guerra, el gobierno busca el bienestar de sus obreros, los defiende o simula defenderlos con nuevas concesiones... Pero se ha olvidado lo primordial y la humanidad sigue siendo un enorme presidio donde todos se masturban.

La mujer ha llegado a preferirlo al coito... Lo que hace temer al hombre el presidio, no es la falta



Para vosotras no habrá liberación: os ha condenado la iglesia y los hombres.

de libertad, es la falta de hembra... lo que hace temer a la hembra es la maternidad, es el sacerdocio de la vida...

¡Ah — me diráis vosotros — dentro del matrimonio el coito no es condenado!

Pero, os responderé yo, en cambio, hay pueblos en que por cada hombre existen siete mujeres...

Al defender el derecho del coito no defiende sino el derecho de la mujer. Yo analizo, no legislo.

Hay que evitar las cloróticas, las histéricas, las tuberculosas, evitarles el hospital, evitarles la idiotez.

Todo el mundo gira en torno del sexo contrario. Es el «leiv-motiv»...

—Pero ¿y tu hija? — me gritaréis.

—Yo no tengo hija.

La humanidad está equivocada y lo peor es que sabe que está equivocada. Vd. Señora, que me lee, confíeselo:

¡Cuántas noches de tortura, en su cama solitaria de soltera! ¡Cuántas ideas endemoniadas, cuantos coitos fantásticos! ¡Cuántas veces ha abierto usted sus piernas vanamente!...

Pero el día siguiente, con sus nervios rotos, sombreadas trágicamente sus ojeras, se sentirá fuerte ante el Cristo... ¡Basta ya!...

No busque usted para rechazar un hombre, la palabra idiota y sin sentido «yo soy una mujer honesta» — Diga mejor: no es usted mi tipo, o, no tengo hoy deseos de cohabitar.

Su honestidad no existirá cuando le planten a su frente un macho que haga vibrar su sexo, cuando

la ocasión se lo permita, o cuando le den la seguridad de que tal acto no ha de saberse.

—He sido tuya como nunca fuí ni seré de otro hombre. — Toma mi cuerpo, haz de él lo que quieras. No temas profanarlo, todo dolor será placer. Piensa en ti, sólo en ti... me dijo la tarde aquella al recostarse en el césped, a orillas del río.

La base del amor, es la simpatía de la epidermis, el contacto de un polo negativo con otro positivo. El crimen más grande que la iglesia ha podido cometer y la humanidad soporta, es la unión de dos seres, para toda la vida — su única vida — desconociendo si una epidermis no rechazará a la otra.

Nosotros los hombres podemos irnos — no lo permite la iglesia, pero lo acepta tácitamente — podemos irnos y acostarnos con cualquier prostituta o mujer honesta, podemos encontrar también un cuerpo que responda al nuestro. Pero vosotras no. Os lo prohíbe vuestra tradición, os lo prohíbe más que nadie vuestro propio sexo...

Y así pasaréis toda vuestra vida — vuestra única vida — aceptando la unión de un cuerpo que os repugna, noche tras noche.

Para vosotras no habrá liberación: os han condenado la iglesia y los hombres...

A cambio de vuestro pobre título de señora, os han robado el derecho de vivir y si queréis revelaros no os queda otro camino, que las sombras de la noche, y la simulación espantosa, que agota y crispa los nervios durante el día.

Cleo se me había entregado con toda la impudicia de una diosa griega, la posesión mutua, el espasmo armónico, la crispación de las manos a un mismo tiempo.

Habíamos quedado agotados, deslumbrados ante la revelación. El mínimo movimiento de un cuerpo hacía vibrar, sacudir enteramente el otro... La sensación llegaba de los músculos al cerebro, volvía a la epidermis, recorría hasta las fibras más lejanas e íntimas de nuestro cuerpo, convertíalo en un único conjunto de nervios.

Habíamos encontrado el amor...

Amor moral, complementado por el amor carnal. La chispa se había producido y ya nadie podría impedir que nos consumiéramos en ella.

Fuego bendito, llamarada que se renovaba continuamente.

En la hora de la siesta, la hora lúbrica, yo depositaba mi poncho de vicuña, sobre el pasto amarillento, a orillas del río, cerca de un arroyuelo, no lejos de puesto Juárez.

La brisa de las ramas de los árboles, y las notas de las pequeñas caídas de agua, junto con el sumbido de los insectos, los coleópteros de mil colores el silbido lejano de una perdiz que buscaba su compañera, junto al ruido de nuestros quejidos y besos, era un himno en soto-voce al amor y del amor.

Las cópulas más extrañas, más variadas en que el cuerpo de la hembra era poseído en todas y todas formas...

No temas profanarlo — me había dicho — y mur-

muraba, cuando yo me detenía azorado ante la crispación de su dolor: — No importa, si no sufro... yo también quiero... Y así rendidos, desnudos, pensando sólo en nosotros, veíamos deslizarse el sol en el firmamento, alargarse la sombra de los árboles. Después corríamos hasta el arroyo y purificados por él, marchábamos hasta su desembocadura en el río.

¡Cuántas veces semivestidos ya, caíamos de nuevo por tierra, y nuestros vientres se buscaban al mismo tiempo que nuestras bocas! Su sexo era una boca de labios rosados, sin vello como las diosas, como las estatuas de Fidias, depilado, como las antiguas cortesanas, que se diría iba a morder todo mi cuerpo, absorberme en él; ¡bendita boca tibia y húmeda!

Sus piernas tenían flexibilidades de brazos al acoplarse a mi cuerpo, eran todo músculo, toda vida, para después abandonarse gimiendo lentamente, tras el placer del esfuerzo, al convertirse toda en corazón, corazón que parecía golpear en su pecho como queriendo, asustado, salir de él.

El no puede mentirte — me decía susurrando, escondiendo su cabecita junto a mi pecho, mimosa en una simulación deliciosa de pudor. Pudor detallado, rebuscado, venenoso...

Yo no necesitaba apoyar mi mano sobre su corazón, me lo decía su mirada, brillante, cálida, su piel, el timbre de su voz, su propio sexo. Toda ella era deseo, pecado, amor.

Darse en una mujer, no es sino muchas veces una estratagema para poseer. Todo mi ser dependía de su ser. Derrota bendita y honrosa.

Тождество
Р.О.И.

КУЛЬТУРА



Como una droga, como pipa tras pipa de opio, fui perdiendo, restándole importancia a la idea, que se me había creado del deber. La estanzuela quedó en manos de nuestros peones. Mi madre trataba de dirigirla, de reemplazarme, en la creencia de un entusiasmo pasajero. — Pronto se iría — decía pensando en Cleo. Nunca una queja, jamás un reproche. Mansedumbre de madre, de esposa engañada... Llegaba hasta Dios. Como había implorado hacía años la vuelta de mi padre, hoy plena de fe, imploraba el regreso de su hijo. ¡Madre mía!

Yo estaba ebrio de erotismo, por aquella mi muñeca de carne.

Habló el pueblo. Como hablan los pueblos, anónimamente: la carta plena de insultos sin fecha ni firma. Las miradas rencorosas de los hombres que su impotencia los convertía en paladines de no sé que mentadas morales, el vacío en torno de ella, la palabra hiriente pero indefinida a su paso; el boycott por el comercio, hasta negársele la venta. Mientras fué presa libre la aceptaron, la defendieron, arrosaron la discusión familiar de sobremesa. Padre e hijos, se unían en la defensa, estimulados por la esperanza, como ahora se unían en el ataque excitados por el despecho. Habló un diario, pasquín de cuatro páginas, fracasados de la pluma y de la vida, chantagistas con permiso literario. Insinuó la necesidad de depurar el pueblo, velar por la tradición honesta, evitar el espectáculo vergonzoso de las uniones libres...

Pero ni un nombre, ni una indicación que me permitiera ir hacia ellos.

Ante nuestra indiferencia avanzaron: «¡Fuera del pueblo!» — decía el último suelto refiriéndose a un cuento en un país imaginario.

Esa misma tarde en la calle principal, crucé mi rebenque sobre el rostro del que había escrito tal cosa.

Su contestación fué un disparo de revólver. Nos trabamos en lucha. Desarmado, vacié las cápsulas que quedaban, y arrojé su arma sobre un esccremento de caballo...

La comida servida esa noche en el hotel, expresamente mala, era imposible de ingerir. Callábamos, era el único hotel que existía en el pueblo, y ya, ni ella ni yo queríamos ni podíamos separarnos.

Al llegar al cine, el propietario nos cerró el paso.

—Usted disculpe, don Jorge, pero no puedo admitirlos. Las familias me han advertido que si ustedes vienen, ellas abandonarán la sala. Sobre mis ideas está mi comercio.

Cerca don Nicasio, provocativo en su sonrisa.

Cleo me contuvo.

Muchos habían salido a ver nuestro rechazo; llevado por ella, a través de la calle polvorienta y mal alumbrada, escuchábamos las risas.

Risas que tenían sonidos de victoria. ¡Fuera... fuera!... decían ellas.

¡Pobre pueblo!

Debía partir.

Al siguiente día, perdido ya el miedo, le pidieron la habitación.

—Le pagaré a usted el doble — díjole Cleo a la dueña del hotel.

Imposible señora, necesitamos hacer reparaciones en ella y no tenemos otra que ofrecerle.

Mi muñeca lloraba, silenciosa, humanamente.

—No quiero irme!... ¡no quiero!... ¿Qué les hemos hecho?...

—Te acompañaré hasta Córdoba, muñeca, — murmuré en mi impotencia.

—¡Mientes!... te mientes a ti mismo... No me quitarás... No puedes dejarme. Yo no podría vivir sin ti...

Al acompañarla, excusaba mi pasión en un sentimiento caballeroso. Alguna solución encontraríamos. Dentro de pocos días estaría de regreso.

Mi madre dormía.

No la despiertes — le dije a Irma, cuando llegué hasta «El Refugio» para arreglar un pequeño equipaje. — Mi viaje es corto, mañana o pasado, a más tardar estaré de regreso.

Mentía.

Yo no quería ver a mi madre. Su presencia, una caricia suya, una mirada de sus ojos tristes, que yo sabía que leían en mi alma, hubiesen hecho que abandonase la idea de acompañar unos días a Cleo. ¡Nuestros últimos días!

Mentía.

—Tú no vendrás más — me dijo Irma junto al coche. — Deja que nuestra madre te diga adiós...

—Tontita! como imaginas que puedo abandonarlas...

Mentía.

Habíamos llegado en un alba verde-oro. Verde el mar y las montañas, oro el sol y las playas. Dijérase que la naturaleza como una encantadora gitana danzarina hubiese extendido ante nuestros ojos el bendito manto de sus bellezas mostrándonos desde el tono sangriento de nubes que el sol desflora, hasta el reflejo pálido de estrellas lejanas...

Cleo, estrechándose junto a mí, me dijo:

—Es demasiado bello para que los humanos podamos comprender... Ahora, solamente ahora, reconozco el valor de mi vista!

—Es cierto — murmuré — cuando se ha impresionado en la retina lo que ahora estamos viendo, no me asustaría ya la eternidad de una ceguera... Los ojos han cumplido su misión...

La ola humana comenzó a agitarse sobre cubierta, mientras el monstruo iba a descansar junto al muelle entre la aguda algazara de las sirenas que lanzaban sus estridencias de bienvenida en tanto que los remolcadores arrastraban el barco como a un pez gigante, ya abatido por la muerte.

Maremagnum de inútiles cumplimientos, propinas que se dan sin interés y que se reciben sin gratitud: tarjetas que circulan empujadas por el entusiasmo del momento llevando en su pecho eucarístico el tatuaje obscuro de un nombre y la marca relevante de algún título y que serán muy pronto rotas con cansancio; promesas de invitaciones que no se cumplirán porque tienen la vida fugaz de una mentira y a las que dan efímera apariencia de verdad el débil ropaje del convencionalismo; estudiadas y

genufléxicas posturas; falsos apretones de mano y... en fin, toda esa comedia de los rostros que sólo sirve para esconder el drama que hay en los pechos...

Y por último visaciones de pasaportes, presentaciones de papeles que hablan por los hombres, porque tienen más autoridad que ellos, porque sin éstos aquellos no son nada...

Y entramos en la colmena blanca de las abejas negras... Hombres de ébano con alma de betún, que luchan por la eliminación del color ancestral, por borrar el pigmento que viene desde la alquimia de infinitas generaciones y que, anhelantes de realizar el milagro triunfal de la ansiada coloración ofrecen camino abierto a la trashumante inmigración artífice de rostros blancos y ojos azules.

Son tenaces y van consiguiendo su propósito. Llegarán tal vez a borrar todo lo que les recuerde su origen de esclavos y de reyes-esclavos, de negreros y portugueses románticos. Derrotarán al «globulo negro», pero no habrán de eliminarlo porque éste se ha abroquelado en el cerebro, dejará de ser materia para ser espíritu, cuerpo astral que habrá de brindar a la humanidad un nuevo speúmen: el del «blanco negro».

Cruzamos la ciudad fastuosa cuyo sueño vigilan pesados «dreaunouthg», que, anclados en la bahía parecen añorar la bala del cañón que los hunda... El rascacielo y el dancing han reemplazado a la cabaña africana cuyo recuerdo se diluye en el candombe de las machichas y contemplamos a lo lejos la silueta

negra del Pan de Azúcar, colgado en el espacio como el tenebroso símbolo de una raza...

Por fin llegamos a la meta ansiada por nuestra fatiga: el reposo en una cama de hotel.

Camas de hoteles... Su presencia nada significa, pero cuánta tragedia encierran! Pertenecen a una casta inferior entre el gremio de las camas. Son comparadas con las otras, como las prostitutas a las mujeres honestas. Todo el que paga, puede hacer uso de ellas, y ellas saben, como las ramera, ofrecer su carne cansada, sus pechos fofos, su vientre sin curva y sin calor.

Así como la mujer de la vida cumple con su deber de amoldarse al que la alquila, así también ellas tienen que deformar sus hendiduras para adaptarse al cuerpo que recibe; y su existencia, en el comienzo y en el fin, es idéntico al de las proxenetas y los caballos: ambos se inician entre el lujo del lupanar privado o del Stud en boga, para luego terminar gimiendo en el ángulo triste de una sala de hospital, de caballo lleno de costurones y estopa en las arenas de la plaza, solo sirve luego para fortalecer las médulas de las hienas y los buitres que esperan tras las rejas de los Zoológicos, quien sabe que soñada liberación: las camas saben también que así como el primer día las destinaron a la mejor habitación del hotel, más tarde, cuando el cansancio las oprima, será su destino el último rincón donde sólo se alberga «el pasajero sin documentos y sin baño», el hombre gris cuya vida no tiene pasado ni futuro y que apenas alcanza a ser un punto inútil

en el tablero del presente, el huésped dudoso, el sin valijas, el hambriento con sueño, el perdido, el que las pagará la primera noche para, si puede, entramparlas la segunda...

La prostituta con o sin patente y la cama del hotel, escuchan silenciosas, inconscientes, hastiadas, gemidos, rebeliones, promesas de redención, juramentos de amor y proyectos de crimen... Ambas oyeron el canto y el sollozo de la vida, el lamento de la miseria y el espasmo del placer, el estupro y la simulación.

Destino triste el de las pobres camitas del hotel! Condenadas a no tener dueño y a oír siempre la misma queja de todas las bocas, la recordación continua que de su otra hermana «la honesta» hace el que a su paso se refugia sobre sus muelles, el suplicio eterno de saberse inferior a «la otra» que forma parte de un hogar y que recibe diariamente la bendición de los eternamente enamorados que en ella duermen, mientras sobre el tálamo común de sus sábanas rotas, ella sabe que sólo caerá el escupitajo asqueante de un borracho, la miseria de un vencido o el pús de lacras incurables...

Cama de hotel, yo creo que tú tienes un alma y por eso pienso que cuando te quiebras en un crujido... te suicidas!

Dispuestos a gozar de la vida con todo el derecho que les asiste a aquellos que llevan un volcán de juventud en el pecho y llamaradas de sol en las pupilas, nos lanzamos enloquecidos en un violento torbellino de fausto y de grandeza.

Embriaguez de teatro... borrachera de dancing... bullicio nacarado sobre el tapete verde... éxtasis de cine... risas de champan... cascadas de besos... toda una naturaleza íntegra con sus tres reinos de Dicha, de Pasión y de Orgía, la volcamos en la copa de nuestro amor y bebimos con la desesperante sed de dos desiertos de arenas caldeadas!

Pero, todo declina en la vida... hasta la vida misma...

Habíamos recorrido nuestra jornada, más veloces que el sol, porque fuimos de la aurora al crepúsculo, sin pensar en el mediodía.

Las luces de nuestra alegría fueron muy pronto barridas por las sombras de la tristeza.

No habíamos tenido la noción del descenso, por eso el choque fué más brutal.

Felices de aquellos que en lugar de desplomarse... ruedan! Tienen, por lo menos, el consuelo de saber que el golpe final no habrá de serles tan fuerte porque ya encallecieron el corazón con los guijarros del camino!

Benditas sean las miserias por etapas... Ellas dan piadosas resignaciones a las almas que van cayendo hacia el último tramo, como el sacerdote que marcha a la par del condenado y le da ánimo para llegar al patíbulo...

Desgraciados de aquellos que, inferiores al Nazareno, no tienen un Cirineo en su avance hacia el calvario!

Empezamos a rezar la oración de nuestras tristezas, sobre el altar que la desolación había levantado en el último rincón de una covacha...

Invierno.

Tres días pasaron. Tres días durante los cuales

pudimos vivir gracias a unos billetes de la casualidad, que, presintiendo nuestro destino, habíame hecho olvidar en un gabán el que quizás también por mandato de esa misma casualidad, no sólo había escapado al embargo del hotel, sino también a nuestra intención de vender todo cuanto quedaba. Gastado el dinero, dentro de la más judía de las distribuciones, vendimos el gabán.

Yo trataba de ocultar a Cleo la proximidad de una miseria total.

—No te aflijas querida — decíale ensayando una sonrisa que quemaba mis labios como una mentira — todavía queda algo; aun podremos ir tirando...

Sí! «Ir tirando»... esa era la frase diaria que ella interpretaba como la explicación de que habríamos de soportar aun más y a la que yo dábale otro significado, el que dolorosamente tenía en realidad: iríamos tirando... hasta el fin, si es que tenía fin nuestro martirio! — iríamos tirando de la cuerda de la indigencia a la que habíamos atado el carro de nuestra existencia.. Iríamos tirando... convertidos en bateleros de un Volga maldito de nuestra propia desgracia!...

Todas las mañanas salía inútilmente en busca de trabajo. Los patrones, como cuervos llenos, me miraban de arriba a abajo y parecían dividirme en dos pedazos con la cuchillada de sus pupilas.

Nada... siempre nada!

Un día le dejé a Cleo el alimento necesario hasta mi regreso y partí con dos francos que había reservado para engañar al hambre mientras vagaba como un sonámbulo por las calles que se extendían inter-

minables a manera de desmesurados ataúdes abiertos.

Prefería guardar el dinero para comprar cualquier cosa al caer la noche. Así por lo menos un poco más tarde podría dormir, porque el sueño una vez entretenido el estómago con un mendrugo, vencería fácilmente la fatiga.

Miserables peregrinaciones en tierra extraña! Soledad espantosa que la impotencia y la desesperanza hacen más cruel aún!

Al buitre de la fábrica, parecían no interesarle como relleno de su vientre, mis brazos y mi cerebro!

Cuando las primeras sombras ensayaban sus zarpazos en los muros grises de la ciudad, divisé las pequeñas luces de un bodegón que ya conocía por lo sucio y donde vendían abultados sandwiches de dos francos.

Como la fiera al anuncio de la presa, revolvió casi mi lengua reseca entre los dientes, tragué saliva amarga, saliva de hambriento y apuré el paso... Por fin iba a comer!

—...Perdón, no la vi!... Le hice daño?, pregunté a alguien con quien acababa de tropezar.

—No, porque, felizmente, me detuve a tiempo... Caramba, con el apuro que lleva!

—Ciertamente respondí, tengo prisa...

—Algún apuro... enfermedad... médico...

—Una enfermedad... un médico..., me repetí para mis adentros sonriendo dolorosamente... Bien sabía yo cual era mi enfermedad y donde estaba el sucio médico que había de atenderla!

—No, nada de eso, — agregué — pero voy apurado, e intenté seguir caminando.

—Oiga... vea Vd... cómpreme este ramito de violetas...

Sentí una voz en mi cerebro que parecía venir desde lo más hondo de mí mismo... y allá, donde sólo alcanzan a ver los ojos de un enamorado, yo ví el cuerpo blanco de una virgen tendido sobre harapos... de una virgen a la que siempre dedicaba la oración de mis amores... de una virgen que era el motivo de mi vida... la razón de mi permanencia en el mundo... el vaso sagrado donde guardaba mi existencia... el cáliz bendito donde mi corazón se embriagaba con el vino dulce de sus besos... de una virgen que me ofrecía el collar de sus brazos... de una virgen que desplazó a Dios de mi conciencia, para reinar en mí... ¡Cleot!

—Sí... Deme pronto las violetas...

—Téngalas, son tuyas, nada más que cinco francos...

—Cinco francos? — dije tomando el ramo — Yo... aquí sólo tengo... dos!

La mujer me miró en los ojos... Algo extraño vió en ellos... y recibiendo el dinero me dejó el ramo...

Benditos ojos los míos que llamaron a mi alma en su auxilio y la hicieron asomar implorante en el fondo de sus pupilas...

Hambre y cansancio desaparecieron. Todo fué borrado por el brochazo de encanto que sobre el lienzo de mi alma había estampado el diminuto ramo de violetas. La tragedia de miseria, el abismo de pobreza en que se hundía todo mi ser, habían desaparecido. El hombre sin coraje y sin ilusiones que hasta hacía

unos instantes avanzaba impulsado por el grito salvaje de un estómago vacío, no existía más... Yo era otro, una especie de alegre y romántico colegial, un soñador en plena primavera de la vida. Como cambia el corazón cuando es el amor el que le acaricia!

Fuí hasta mi casa, mejor dicho, ascendí hasta mi covacha que estaba muy alta como todas las buhardillas, como todas las miserias, como están por encima de los turbiones las hojarascas.

Es necesario bajar mucho para vivir alto.

Cleo temblaba de frío sobre un lecho descarnado y había en su rostro de angel triste, la tierna, emocionante y definitiva resolución de una paloma desafiando la tempestad...

Todo mi ser versaba grata dicha y en mi alma estaban abiertas todas las-fuentes del amor.

—Qué bueno eres... cuánto te quiero! — me dijo Cleo mientras me tendía el premio de sus brazos.

—

La medianoche bostezó sus doce campanadas, celosa del ritmo de nuestros corazones.

El mañana con su comparsa de tristezas estaba tal vez ya golpeando nuestra puerta, pero ello no nos importaba... a esa hora vivíamos en un pleno y dulce estallido de besos y teníamos en esos momentos la breve y perfumada existencia de las violetas cortadas...

El débil pantallazo de un tísico sol de invierno nos volvió a la vida.

—No tenemos nada para hoy Cleo. Quédate en la cama que yo saldré a buscar...

—...Con ese tiempo, Dios mío!... sin abrigo, en ayunas,... que terrible es la pobreza... y sus manos acariciaban mi rostro y la sentí sollozar sobre mis hombros.

—Quédate tranquila — le dije — preciosa dueña mía... Duerma la reina, que el esclavo velará su sueño... No entristezcas tus ojos con el llanto... Las muñecas no lloran, encantadora virgencita mía...!

Y partí con el corazón partido!

Lloviznaba en la calle y el fango de esa lluvia me salpicaba el alma... Avanzaba como un presidiario y me detenía como un mendigo.

Llegó el mediodía llegó el anochecer y aun continuaba en mi búsqueda.

Yo era la única figura exótica entre la farándula que a esa hora se vuelca detrás del mendrugo bien ganado...

Pasaban los hombres a mi lado sin mirarme... yo era la Desgracia. Las parejas felices ni me rozaban... yo era el Contagio...

Sin trabajo, sin alimento, sin esperanzas, arrastré mi cuerpo por la ciudad hasta que el crepúsculo dejó escapar el murciélago de sus sombras.

El regreso a mi casa se imponía, pero no debía hacerlo con las manos vacías... y pensé: estas manos que no puedo utilizarlas para trabajar servirán por lo menos para hacer algo que por mí no lo hubiera hecho nunca porque me habría faltado coraje, pero todo es aceptable por ella.

—Sí — me dije enrojecido — aunque ello involucre un supremo renunciamiento, estas mis manos

que nadie las quiere para el trabajo, servirán, porque Cleo lo necesita, para extenderse y... pedir una limosna...!

Junto a la escala de mármol que daba acceso a un lujoso círculo en cuyos libros figuraba mi nombre como «socio transeunte», ocupé mi situual de mendigo.

Hacía cinco minutos que había ingresado a la turbia y doliente caravana de los que se disputan el sitio en las plazas, en los portales y en los atrios, cuando una elegante figura de hombre abandonó la casa marchando en dirección hacia mí.

Sentí la moral que se desplomaba en mis adentros, mientras él se acercaba. Junté mis manos con los dedos crispados como un agonizante... y lo era, porque mi orgullo estaba muriendo para dar vida en sus entrañas al pordiosero...

—Señor! — le dije — hay hambre y frío en mi casa... deme Vd. algo...

El hombre siguió su camino sin responder. Yo adelanté el paso y apoyando suave y temblorosamente mi mano sobre su brazo repetí mi súplica, llorando como un vencido...

—Fuera de aquí! Asqueroso!... Atreverse a tocarme!

El hombre me miró un momento y reconocí en él a uno de mis antiguos amigos de las épocas que yo frecuentaba el círculo.

Una inmensa alegría subió a mi rostro, pues comprendí que ante mí tenía a alguien que bien podía ayudarme, a una tabla salvadora en mi naufragio, una mano capaz de conducirme por el buen camino...

—Sergio — le dije — Dios le ha puesto en mi

senda... Estoy pobre... muy pobre, más aún, la miseria me convierte en pordiosero... Ampáreme... protéjame, no permita que caiga... se lo ruego, se lo imploro afianzado en la amistad que nos ha unido... no me deje rodar al abismo... sálveme!

—Sí, lo estoy viendo — me respondió — que te hundes, que te ahogas...

Mientras decía estas palabras yo noté en sus ojos un brillo extraño, un destello raro y me pareció comprender que sus pupilas gozaban del espectáculo que mi aspecto andrajoso ofrecía.

Había en su mirada al contemplarme, una especie de sadismo...

—Sí. Lo repito, ayúdeme... tiéndame su mano fuerte... sálveme! agregué en el paroxismo miserable de mi desesperación.

—Me pides ayuda y salvación en nombre de una amistad... De una amistad que ya no existe, porque ella tuvo la vida que tú le brindaste cuando todo respiraba alegría en torno tuyo. Esa amistad ha muerto... murió al morir en ti el hombre satisfecho... Busca la amistad y ayuda en tus compañeros de desgracia, en tus hermanos los fracasados, en esos que duermen debajo de los puentes y que piden limosna en los atrios y en las plazas... No en mí, que ya no marchó por tu camino, que ya no soy tu compañero...

—Es posible, Sergio, que usted hable así... que me niegue un mendrugo cuando su mesa está repleta... que me niegue usted que tanto tiene...

—Y bien — respondiome colérico — dices que yo soy rico... Es cierto, mi fortuna es inmensa, pero

el hecho de que yo posea dinero no me obliga a llenar la boca de los hambrientos, ni a vestir los desnudos... Acaso la razón de tener impone el obligación de dar? Implora ayuda al clero, a los ensotados... a los que piden para dar... y verás como ellos también te la niegan...

Nadie da nada por nada en la vida...

El macho que por darse placer hace un engendro en el vientre de la hembra y le da forma y existencia, lo hace pensando que ése será el báculo donde habrá de afianzarse su vejez...

El día que yo no tenga un centavo... ese día yo caeré... Tú has caído, tú has rodado y no has tenido siquiera la valentía de imponerte a tu caída... entonces tu deber como inútil átomo humano, es el de estrellarte... estréllate y muere...!

—Sergio, no se lo pido únicamente por mí... Si fuese solo en el mundo, yo me eliminaría... la vida no me interesa... pero es que no vivo para mí... usted lo sabe, mi existencia tiene la razón de ser de otra existencia... usted la conoce a ella... No le pido para mí... Se lo imploraré de rodillas si es necesario... deme algo para ayudar a Cleo que agoniza enferma en una buhardilla...! ¡se lo pagaré con trabajo!

—Gracioso razonamiento el tuyo... Como se ve que tienes condición de mendicante y qué bien has aprendido de memoria la leyenda eterna de los mendigos, la vieja canción de esos que en los portales, no piden para ellos... porque su vida no les importa... y sólo piden para el niño que llevan en los brazos... Pero quien es el que come con las monedas que caen

en sus manos?... con el dinero que los imbéciles le entregan en el nombre de ese pobre ser inconsciente, de esa criatura alquilada o la mayor parte de las veces engendrada solamente para servir de motivo lastimero...

El verbo dar, no existe en la gramática de la vida y sólo lo inventaron y lo conjugan los que como tú necesitan...

—Por favor... no se ensañe conmigo... contemple mi situación... piense en esa pobre mujer que me espera hambrienta...!

—Estás pobre — me dice despectivamente — estás convertido en un miserable y tienes una mujer que acepta quedarse a tu lado... sufrir hambre... sabiendo que eres incapaz de explotarla, de lucrarse con su belleza, de utilizar esa especie de fondo de reserva que la naturaleza ha depositado en ella para el caso de bancarrota en la vida... ese ser no merece llamarse hembra...

Y tú prefieres mendigar para que los dos coman y luego con el estómago satisfecho dar rienda suelta a las pasiones oficiando el rito de la carne sobre un altar que ha levantado la limosna... tú no mereces ser macho...! Sí, es como lo estás oyendo... Tú eres un producto indigno de los de tu raza, de tus mayores, de los que vivieron en las cavernas de los que para defender su vida y la de su hembra llamaban en su auxilio a la muerte y mataban... tú eres un espermatozoide inútil en la vagina de la humanidad...

Fuera de mi camino, asqueroso...!

Y su mano rubricó en mi cara la primer bofetada de mi vida de hombre...

Horrible y fulminante reacción... ¡Venas que se hinchan como si fuesen a estallar mientras el corazón apresura sus latidos como si a golpes de diástoles quisiera devolver la ofensa, y rechinan los dientes buscando a quien morder... y el cerebro donde ha repercutido el eco del bofetón, pierde su control y enloquecido ordena que el cuerpo salte y que las manos aprieten...!

...Y mis dedos modelaron en la carne de su garganta una estatua de justicia... Luego, pasada la borrachera de la ira miré sin pena su cuerpo muerto.. El crimen me había armado caballero... Registré sus ropas, me apoderé de su cartera...! El hambre me daba «toison» de bandido!

Entre las sombras y satisfecho de mí mismo, abandoné el lugar de tragedia. Penetré en un bodegón, pedí una copa de ajeno y entre trago y trago comencé mi autodisección espiritual y me convertí en juez de mí mismo.

Yo formo parte integrante de la humanidad. Me asiste el mismo derecho a la vida que a los demás. Antes de ser criminal, llegué hasta ser mendigo y lo fuí porque la sociedad no quiso que yo fuese un hombre de bien. Ese hombre que acabo de estrangular encarnaba para mí aquella sociedad. No solamente me negó el pan que la adversidad me hacía solicitarle con el humillante ademán de un pordiosero, sino que estampó en mi cara el sello de un bofetón. Bofetón cobarde porque fué dado con el convenci-



"Siempre ha de oírse en la tenebrosa noche de las edades el grito salvaje que viene desde el comienzo del primer ser y que a veces parece apagarse como ahogado, para luego en plena pretendida civilización

talleres y asilos, llevando a todas partes vida y bienestar... Todos los colores humanos de la gama social han recibido el refuerzo de mi propio color.

He cumplido con los preceptos de todas las religiones antiguas y modernas: he hecho el bien.

He sido bueno, porque he visto siempre en cada hombre un hermano y le presté mi ayuda. En cambio ahora, cuando la fatalidad flagela mis espaldas, cuando mi cuerpo debilitado por las vigiliass busca tal vez instintivamente un pedazo de sepulcro para reposar, ellos que todo lo tienen, ellos que tienen lo mío, me lo niegan todo y hasta me abofetean...

Y si me hacen la promesa de 1.80 mts. en la fosa común no es caridad sino temor que mi carne rebelde hecha gusanos, les infeste su aire.

¿Qué culpa tengo yo entonces de que ellos hayan hecho renacer en mí al hombre primitivo, al de las cavernas, al que para comer y dar de comer a su hembra, mataba, porque solamente oía la voz de su religión que era la voz de la naturaleza?

Los tiempos pasan en comparsa de siglos, todas las formas se cambian, se renuevan, se mejoran, se estilizan, en un continuo afán de superarse a sí mismas, la humanidad avanza en una incesante revolución de formas... es decir: cree avanzar porque su engranaje marcha, porque sus ruedas giran vertiginosamente, pero está patinando y patinará siempre sobre el mismo fondo negro donde se debate el alma bárbara de sus ancestrales...!

El hombre satisfecho es un hombre bueno. Un niño con juguetes es un niño alegre y sobre el pezón

de una madre todos somos felices. Quitémosle a cada uno lo suyo, y la satisfacción, la alegría y la felicidad desaparecerán para dar paso al ser cuya vida significa luchar a brazo partido, por un pedazo de alimento, pecho a pecho, sangre a sangre con sus propios hermanos y hasta sus propios padres, si es que éstos antes por hambre no lo devoraron a él...

Esa es la dura verdad, la que nadie quiere creer y sin embargo todos la comprenden...

Yo no hago mi defensa. Que la haga quien sepa que ha delinquido. Yo no me defiendo, yo me justifico. Yo no señalo un hecho: yo formulo un juicio. En estos razonamientos yo no hago sino agitar el árbol de la verdad para que caiga el fruto, de por sí, por ley de gravitación.

Yo acepto que giman y se arrastren los que nunca dieron nada, los inútiles, los marchitos, los resecos, los que no tienen ni siquiera la fuerza de cuajar en un injerto, los que su vida no es otra cosa que un mal escrito poema trunco, los que sabiéndose residuos siguen viviendo y como no tienen ni aun la mísera potencia de resistir contra la corriente se abrazan a la reja del albañal que los traga. Que caigan ellos que nunca fueron nada, ellos que ocupan inútil e injustamente el lugar que le corresponde a otro en el espacio; que se derrumben como levadura estéril, que se borren como puntos trágicos, como puntos débiles, como puntos muertos...

Pero que no caiga yo que soy un germen de vida, una nota de fuerza en el pentagrama del músculo, una polea más en el mecanismo humano, un motor

que se ofrece, que quiere y debe llenar su ciclo funcionando... que no caiga yo que soy una antorcha encendida en la noche de los inútiles.

Y sin embargo me empujan para que ruede, me estrangulan, quieren hundirme... y yo me defiendo y me defenderé mientras haya una trepidación en mi aorta, un soplo en mis pulmones, un aleteo de vida en el último y más débil de mis vasos sanguíneos. Mi vida que para mí vale mucho, porque es lo único mío, tiene para ellos menor precio que una limosna... Pues bien: yo no la entrego, yo la disputo... Esta vida que lleva engarzada la existencia de un diamante que con su brillo le da luz, diamante-alma, diamante-mujer, esta vida para sostenerla, para defenderla, bien merece el puntal de un crimen.

Y yo se lo he dado, mejor dicho, fué la lucha la que me obligó a dárselo.

Lucha, lucha eterna, lucha que viene desde más allá de nuestro primer vagido en la cuna, lucha que nos hace llegar al mundo gritando, desafiando, con rabioso alarido, desde las puertas del vientre de nuestra madre...

La vida bárbara comienza donde la misión muda de la matriz termina...

El bíblico e inútil Abel, que ofrece a su Dios, sus cantos y sus rezos mientras su vientre repleto está digiriendo la carne de sus ovejas, ha de encontrar siempre al Cain hambriento... La vida toda es una cadena que tiene por eslabones los Abel y los Cain...

Los primeros viven de lo que despojaron a los segundos, hasta que éstos acosados por el hambre,

casi vencidos ya, reaccionan, se incorporan, hacen un nudo de fuerza en sus músculos y amparándose en el sagrado, en el indiscutible derecho de la vida... matan y despojan a su vez...! El protoplasma de hoy, está incubado en el protoplasma del ayer... El pasado manda!

Barbarie y civilización: principio y fin de la existencia humana... Hambre y satisfacción... El hombre primitivo era bárbaro porque tenía hambre y andaba desnudo...

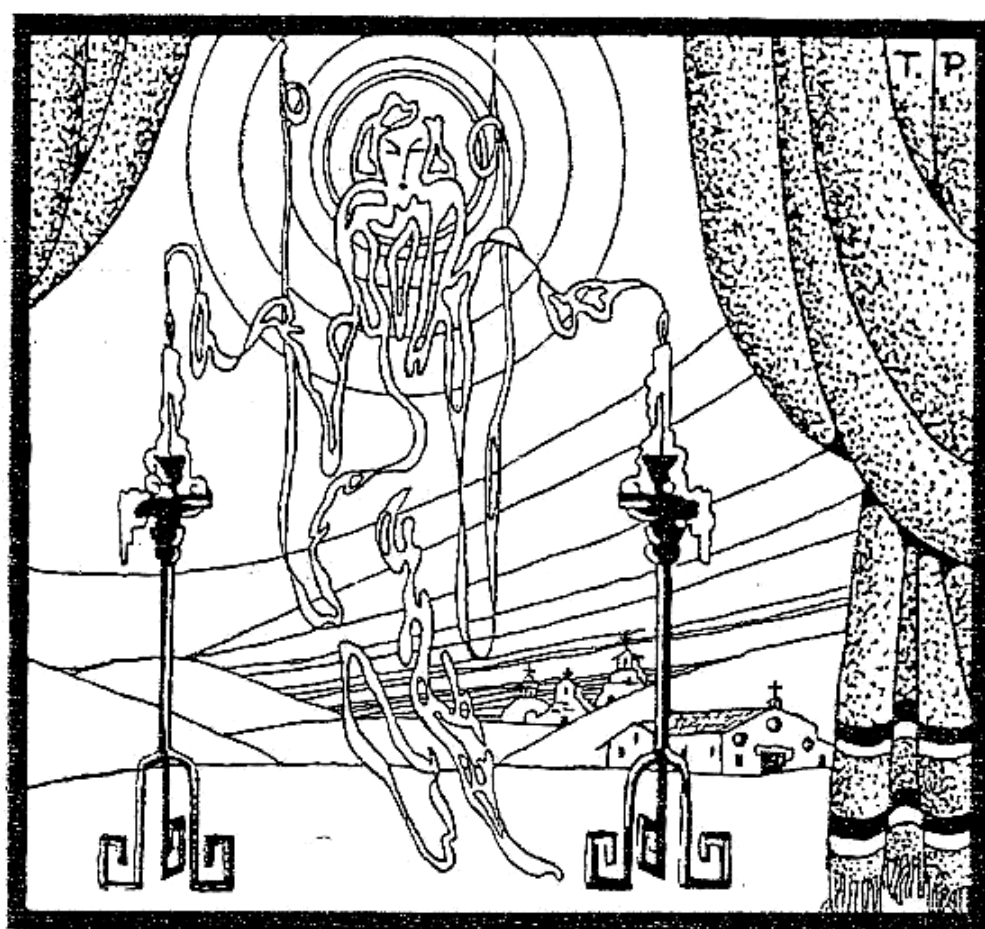
El hombre moderno es civilizado, porque tiene el estómago lleno y se abriga...

...Y cuando ésto le falta vuelve a ser bárbaro!

Siempre ha de oírse en la tenebrosa noche de las edades el grito salvaje que viene desde el comienzo del primer ser y que a veces parece apagarse como ahogado, para luego en plena pretendida civilización, resonar una vez más como un «remember» a los que olvidan...

Es un alarido que oyeron las cavernas, que ha oído la edad media, que oímos nosotros y que oirán los hombres de mañana y siempre, mientras haya dos seres que copulen, un vientre que se preñe y un niño que nazca...!

Juez de mí mismo, yo me absolví... Abandoné mi mesa y salí tranquilo, satisfecho... civilizado...



CAPITULO V.

TRANQUILA la conciencia, con la serenidad del hombre que sabe que no ha delinquido, emprendí el camino hacia mi casa, de donde saliera por la mañana dispuesto a mendigar y a la que regresaba, llevando para mí en esos momentos, una fortuna en los bolsillos.

En el trayecto buscaba la forma como explicaría a Cleo la procedencia del dinero.

Pensé ocultarle lo que había hecho, pero, me dije, sólo se oculta una culpa, un delito, un pecado; yo no soy culpable, ni delincuente, ni pecador y basado en el razonamiento que hacía pocos instantes había-me hecho, amparado en la sentencia absolutoria que el Yo íntimo dictó sobre el proceso en que el hambre y la miseria me habían envuelto, subí la fatigante escalera cuyos últimos peldaños morían junto a mi buhardilla.

Cleo permanecía aún sobre el lecho.

Con los brazos abiertos, la cabeza inclinada, y sus ojos, ya sin lágrimas de tanto llorar, dábanle un aspecto de virgen dormida sobre la cruz de Cristo. Virgen rendida y pálida después de una noche de tentaciones.

—Dueña mía — le dije y me senté suavemente al borde de su cama, acariciando su frentecita pálida, besando la sombra de sus ojeras.

Ella entreabrió sus ojos.

—Vienes cansado, pobre niño mío, acuéstate... me dice, mientras sus manos se entrelazaban con las mías.

—Sí mi reina, tienes razón, debo reposar un poco... ¡He trabajado tanto!...

—Cómo? Has encontrado algo, por fin? me pregunta ella semi-incorporándose en el lecho y cruzando su brazo en torno de mi cuello, mientras asentaba sobre mi garganta las tibias palomas nacaradas de sus senos.

Yo miraba reflejarse mi rostro en el fondo de sus pupilas y tuve la dulce emoción de sentir que vivía dentro de ella...

Cleo, óyeme, reina mía... dueña mía... diosa mía... madre mía... novia mía... óyeme...!

Tú eres la idea que ha cuajado firme en mi cerebro; mi cabeza es como el cofre bendito donde mi alma ha guardado el relicario de tu imagen... mi vida es una esclava postrada junto al haraposo trono de la tuya...

El número de los esclavos no hace los reyes. Uno les basta.

Tú encarnas la fe, el «porqué» de mi vida... Tu sexo y tus labios, representan para mí más que toda religión y más que el paraíso prometido de un Mahoma o Cristo. El contacto de tu piel, vicio bendito, es mil veces más excitante que el hachis u opio. Cuando observo tu cuerpo rosa y tibio, delicado y fino, dormido junto al mío, soñando quizás con besos de otros hombres, y sonrías, mis manos se crispan para estrangularte. Tú debes saberte bella, poderosa y diosa en tu desnudez, y como toda diosa, conquistadora, quizás no te baste un solo creyente...

Yo ignoro si esa traición que acepto en sueños, podría siquiera imaginarla en la realidad. Muchas veces he comprendido el aislamiento en los castillos feudales o harenes; pero no me importa ser amado, me basta con amar...

Amor que daría todo a cambio de no compartirlo jamás con otro hombre.

Yo no he querido pensar hasta ahora porqué y que instinto, que costumbre o prejuicio no nos ha separado en ese renglón de las bestias. Porqué matamos toda vez que nos poseen nuestra hembra. Entre las bestias, se matan sólo los machos, entre

los hombres, el macho y la hembra. No he querido pensar por temor de encontrarme muy cerca de la bestia o del idiota... Mis ojos sólo viven para adorarte y el día en que ellos no te vean, caerán, para no alzarse nunca más mis párpados... Es por ti solamente que mi corazón late y que mi sangre circula... Por ti vivo... por ti lucho... por ti esta tarde...

—Qué has hecho por mí, dímelo. — imploró ella.

—He trabajado mucho... El sacrificio hecho en honor de mi diosa, ha sido fructífero. Ella me ha enviado sus dones... Puedes estar tranquila... Ya sabes que a ti me debo y por ti lo haría todo... No me preguntes... las reinas no saben nunca como se ha conseguido la flor del abismo que se les ofrenda...

Ellas deben ignorar el sacrificio de sus vasallos... Ignorarlo siempre... reina mía...!

Cleo comprendió mi hermetismo, el porqué de mi silencio... la razón de mi sacrificio. En su cerebro de mujer se imaginaba parte de lo que yo había hecho y apretándome entre sus brazos, como si su tierno y amante corazón presintiese que algún brazo uniformado podría arrancarme de ellos, besó con fuerza mi boca...

Y murmuró quedamente a mis oídos:

—París!

—No, no... Buenos Aires.

Mientras el sol ensayaba sus primeras luces, abandonamos la tétrica buhardilla y descendimos por última vez la sucia y fúnebre escalera.

Horas más tarde la luz invadía la ciudad, el caserío

despertaba y despertábamos nosotros de la tenebrosa pesadilla...

Parecía que la aurora que llegaba con el nuevo día, tenía algo de nuestra vida y estaba llegando para nosotros.

Fuimos a una casa de compra-venta y allí quedaron, sobre el mostrador, testigo mudo de sabe Dios cuantas tragedias, el deshilachado vestido de Cleo y el viejo y raído traje mío... Tal vez habrá servido el de ella, para cubrir el cuerpo de una pobre mujer que comienza a rodar por la pendiente de la desgracia y el mío para algún hombre que se hunde en el abismo de la limosna...!

Por fin dejábamos de ser protagonistas de la película horrible que tuvo por escenario una buhardilla...!

Terminado el trayecto que importa la búsqueda de pasajes, visaciones chocantes de pasaportes y demás hilos que encierra la madeja que ha de desenvolverse en un viaje, nos instalamos en el barco.

Mirábamos esa ciudad cuya, para nosotros, fatídica divisa racial es la mole oscura que se recorta en el infinito como trozo de la negra carne de los hombres que la habitan... el pan de azúcar...

Allá quedaba con ellos el invierno de nuestra miseria, nuestras ropas sucias y deshechas...

La nave enfiló su proa al sud, rumbo a la ciudad inmensa por donde evacua la América del Sud sus productos: Buenos Aires!

—Paseábamos por cubierta, olvidando el pasado y con los ojos fijos en el porvenir. Nuevos caminos

abríanse por delante, teníamos nuevas rutas a seguir... Celebramos con un beso quemante, como abrasado en rayos pedidos al sol, el primer momento feliz después de tanta desgracia... La vuelta a la primavera de la vida...

Esa especie de año nuevo en el calendario del destino.

A la hora del almuerzo ocupamos nuestros respectivos lugares.

Volví de nuevo a cruzarse en nuestro camino la mesa bien servida...

Hablábamos de nuestros proyectos, cuando sentí que alguien daba una palmada en mis espaldas. No obstante mi serenidad, hubo un sacudón dentro de mí, y volviendo la cabeza busqué a quien así me llamaba; ví un rostro conocido y tuve una exclamación de alegría:

—Cómo! Tú, José Antonio por aquí? dije levantándome para abrazar al amigo de la infancia que el azar colocaba de nuevo junto a mí.

—Sí, te he reconocido inmediatamente y vine a darte un abrazo. Tanto tiempo sin noticias tuyas. ¿Qué te has hecho, que es de ti? He preguntado a todos respecto a tu vida y nadie supo responderme, ni aun tu pobre madre la última vez que pude verla...

—La última vez que pudiste verla... ¿Acaso mi madre...?

—Sí, amigo mío... Es doloroso que el destino me elija como mensajero de tan triste nueva. Ella murió y murió más de pena que de cansancio de vivir...

Si en lugar de traerte el eco de una desgracia, me

hubiera propuesto enterarte de una nueva venturosa, no te hubiese encontrado nunca: la única brújula para dar con el paradero de los hombres, la tiene ella, la Fatalidad! Ya lo estás viendo... he llegado hasta ti con tan amargo presente en las manos...

—¡Madre mía!... Menos mal que Irma estaría a su lado, oyó su último suspiro, cerró sus ojos. Porque Irma estuvo a su lado, verdad?

—Irma... — me responde, — sí, Irma estuvo allí... en el pueblo...

No insistí más, en el dejo de su voz y la invisible contracción de sus labios, creí vislumbrar algo, yo no sé qué, algo que mi alma presintió, permitiendo que sólo llegara a mi cerebro una onda de temor y evité la pregunta por miedo a la respuesta...

Ya lo sabría más adelante!

—En fin resígnate — me dice — es el signo de todos. La infalible y eterna cicuta que acaba con la vida.

La muerte, no es nunca una pena cuando llega en los años de agotamiento físico o moral. La humanidad la ha denigrado como un castigo, cuando ella no es sino un hecho sin importancia para la generalidad cuando es individual. ¿Qué puede importarle a la colectividad que tú o yo desaparezcamos? Esa eliminación es necesaria, imprescindible para dar paso a los nuevos, a los que llegan. Mi lugar será ocupado de inmediato, es deseado, yo significo un estorbo, como ellos lo significarán a su vez, para los que estén por llegar... Todo ser que posee algo, que le ha tocado una buena presa en el reparto, es necesariamente envidiado por los otros, por los que lo

rodean, por los de su propia carne, del hombre que ha producido lo que debía, la mujer que se ha perpetuado, y ha dado vida y por ello no puede ya dar placer.

Los comunistas no quieren llegar al lado de los elegidos, de los triunfadores, quieren ocupar su puesto por la violencia, lo que los otros consiguieron con trabajo o robo.

Y no es injusto: ¿Cómo remediar actualmente la incapacidad intelectual, la diferencia de capacidad comercial, el desnivel físico, sino por la violencia?

La supremacía moral, encuentra siempre frente a ella la supremacía física. Y la lucha será eterna; músculo contra cerebro.

La muerte individual significa para la colectividad en general un beneficio. Le pertenece un tanto por ciento, aunque para llegar a reunir lo que cree suyo, ha debido renunciar a principios, alejarse del código, luchar como una fiera en la disputa del oro; el estado, después de haberle cobrado un impuesto, es el primero que se abalanza sobre el cadáver en el reparto.

¿Qué le importa, darle una parte, al hijo o a la madre? Este o ésta a su vez morirá y así entre mordisco y zarpazo tiene la seguridad de su completa posesión.

El leguleyo, el abogado, el amigo, la esposa y los hijos todos sin excepción, creen que este hombre ha vivido mucho, que ya no produce y su vejez es un estorbo en los planes de ellos plenos de virilidad. Y es entonces cuando la muerte se desea y necesita. Viejo, sin deseos ni esperanzas, en el análisis verdad de los que criastes, de los que imaginas tus

hijos, eres un obstáculo en su camino avasallador para que te aparten luego, te arrebatan lo que es tuyo, ya que la vida que distes, les da a su vez ese derecho.

Mujer, tu cara ajada, tu cuerpo fofo, aunque lleno de deseos no inspirará ya un amor.

En la caravana de la vida, cuando uno no puede seguirla en su rápido avance y cae, debe hacerse el presente como en las caravanas del desierto, un cántaro con agua y una ración de pan. Es triste, doloroso, pero necesario e imprescindible.

Has tenido tu parte en el triste festín de la vida.

A qué empeñarte en poseer la vida, si en tu impotencia haces grotesca esa unión?

La muerte no es un castigo, es una liberación en estos casos. La muerte no es una pena, aunque los códigos así lo proclaman.

La muerte no es sino un pasaje de la vida ya que la costra de la tierra es un laboratorio, que todo fermenta que todo se renueva y utiliza, nada se pierde. No temas enfrentarte a ella. No debe alegrarte, pero tampoco entristecerte ver que para un ser amado fué la liberación de una sociedad mal concebida.

Callamos un momento, arrodilladas las almas ante la memoria de la muerta.

—Aquí estoy a tu lado, soy tu amigo, más aún, quiero ser tu hermano...

Habló él y me relató su vida. Yo no podía contarle la mía. Vida que encierra un secreto, tiene el mutismo de un cofre cerrado...

—Viajo siempre, — le dije por decirle algo. — Ya

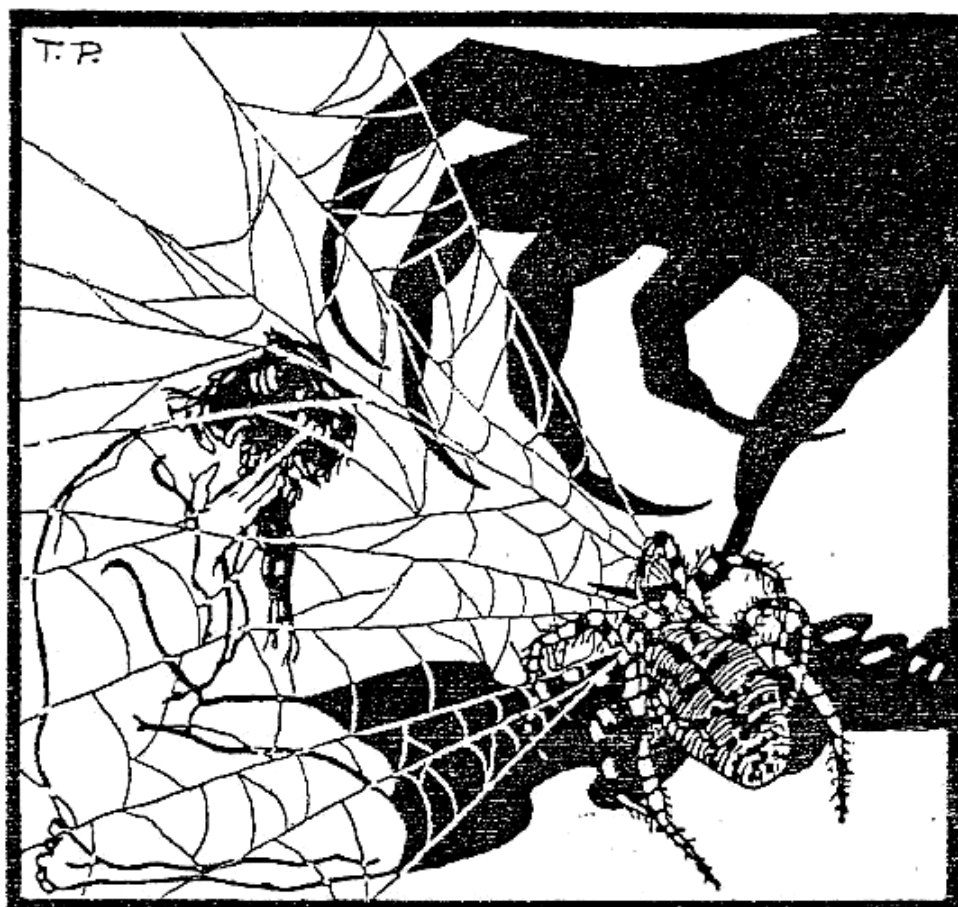
sabes que soy un hambriento de distancias, un sediento de horizontes, parecería que soy un ser que huye de su sombra y que no ha de detenerse nunca... nunca...

Pero ya comienzo a sentir la necesidad de ejercer de nuevo mis actividades. Quisiera devolver a mi caja lo que locamente llevo sacado de ella. Por eso voy rumbo a Buenos Aires, creo que allí encontraré campo fértil...

—Y bien, — me dijo — éste es el momento. Allí en Buenos Aires actúo en política, soy un personaje influyente. Los hombres que gobiernan el país están tan ligados a mi existencia que nada hacen sin escuchar mi opinión. En una palabra: me he abierto camino de una manera sorprendente y desde ya, asegúrote que mi mayor satisfacción será constituir para ti un verdadero y sólido punto de apoyo, que necesito y mi propio interés busca, tan verdadero, tan real, tan sólido y fuerte como el cariño y la amistad que nos une desde la infancia!

—José Antonio! Siempre bueno, siempre amigo, siempre hermano... ¡Gracias...!

Dos días después, amarrado el vapor, pisamos tierra, tierra nuestra y la canción del trabajo saturado de risas sanas, de gentes buenas llegaba a nuestros oídos como una bendición...



CAPITULO VI.

LA ciudad en eterna construcción, la futura rival de la del emisferio Norte, agita nerviosa su manto de gitana, el echarpe de sus riquezas, coloreado con los tonos de todas las razas que pueblan la tierra.

En cada rostro hay un deseo y en cada pecho una ambición.

Viven sus hombres de hoy, bajo la misma presión angustiosa de los que murieron ayer y sus corazones laten con idéntico ritmo. La mayor parte, han nacido en ella, pero sus caras trasuntan siempre la ansiedad del inmigrante, el prurito de lucro que brillaba en la faz de los abuelos años ha, cuando se lanzaron por las calles de Buenos Aires, en miserable caravana de andrajosos, mineros hambrientos de oro y olvido.

Sociedad cosmopolita en la que unos cuantos hombres, dopados por el dinero que acumularon sus mayores en ardua lucha con la miseria, vis a vis con el centavo, han llegado a formarse un árbol genealógico y establecer una aristocracia..... principio de toda aristocracia moderna. Aristocracia especial, aristocracia de aluvión, amasada con la turbia levadura de los deshechos de tercera y cuyas raíces tienen por punto de arranque establos normandos, figones de Sierra Morena u obscuras «bottiglierías sicilianas».....

Futura babilonia comunista, del emisferio Sur, urbe de prostitutas, de falsos aristócratas y policías ladrones. Urbe mal oliente y pretenciosa, urbe burguesa y miserable. ¿Podrán los hambrientos, los desheredados, los explotados purificar tus obras de arte falsificadas, tus estatuas, perfecta encarnación de mal gusto, de héroes nacidos por la necesidad?

¿Cómo considerarnos grandes, cómo hacer plazas para nuestros niños, si no teníamos héroes? Porque para nosotros, país de improvisación, de plazas sin estatuas de héroes, no tienen personalidad.

Rodarán los años por la empinada pendiente de los siglos y la expresión de los rostros será siempre

la misma, porque el primer engendro nacido por obra mecánica de la cohabitación, fué hecho con el estómago vacío y el cerebro puesto en las ganancias del mañana.

La lepra del interés habrá de perpetuarse de padres a hijos, de abuelos a nietos, de generación a generación.

La herencia psicológica del roto trashumante ha de bullir en la marmita de las almas y se reforzará cada vez que una hoja de calendario caiga por ley inexorable del tiempo. Los hombres todos siguen el camino que les traza su pasado, cuyo primer capítulo comienza en las estibas del puerto. Por eso, obedeciendo a los designos inmutables de una ley ancestral, la muchedumbre se vuelca en las arterias del mocetón fornido y cada uno va corriendo en pos de sus ambiciones, de sus deseos.

Es un concierto de lucha, de trabajo, de actividad, pero hay en el fondo del pentagrama una nota peligrosa.

Es la que pone el heredero directo de un inmigrante que vino en las primeras entregas que el mar nos hacía, en las primeras remesas humanas que en nuestras playas volcaron las olas y que llegó escondido, sin billete y sin equipaje.....

Es el que junto al himno que el trabajo entona en la fábrica, deja oír su canción de farsante... Canción de promesa que brinda venturas, palabras bonitas que la esperanza preña.... Es la canción del que para llegar a la cumbre no busca los caminos, no se hunde en el infinito, porque teme que un golpe de luz descubra sus manchas.... que un rayo de sol delate sus lacras.

Es el que huye de los caminos abiertos, de la senda franca que da acceso al pináculo; y que avanza por la montaña escondido entre las peñas, arrastrándose....

El existe aquí, como en todas las naciones, en todos los pueblos, en todas las ciudades y su figura se proyecta desde el más amplio boulevard de una capital inmensa, hasta el rincón anónimo de una callejuela trunca, de un barrio infeliz....

Por él hay pobres naciones hermanas que gimen bajo el yugo del imperialismo yanqui, entregadas por él, por él vendidas como miserables, insignificantes prostitutas y por él, nuestro país, al que alguien escondiendo su despecho, llamó «la canastra de pan», comienza a escuchar el grito desgarrador de sus hijos hambrientos, y por él, doloroso es decirlo, nuestro país ofrece a los ojos del mundo el espectáculo repugnante del mercado donde más fácilmente se coloca la máquina de placer que a diario nos vuelca en el puerto, la trata de blancas..... esta industria francesa más fructífera que los perfumes y los trajes. El es un producto de todos los pueblos, de todas las sociedades, que tiene como ciertos animales extraños la rara propiedad de fecundarse a sí mismos.

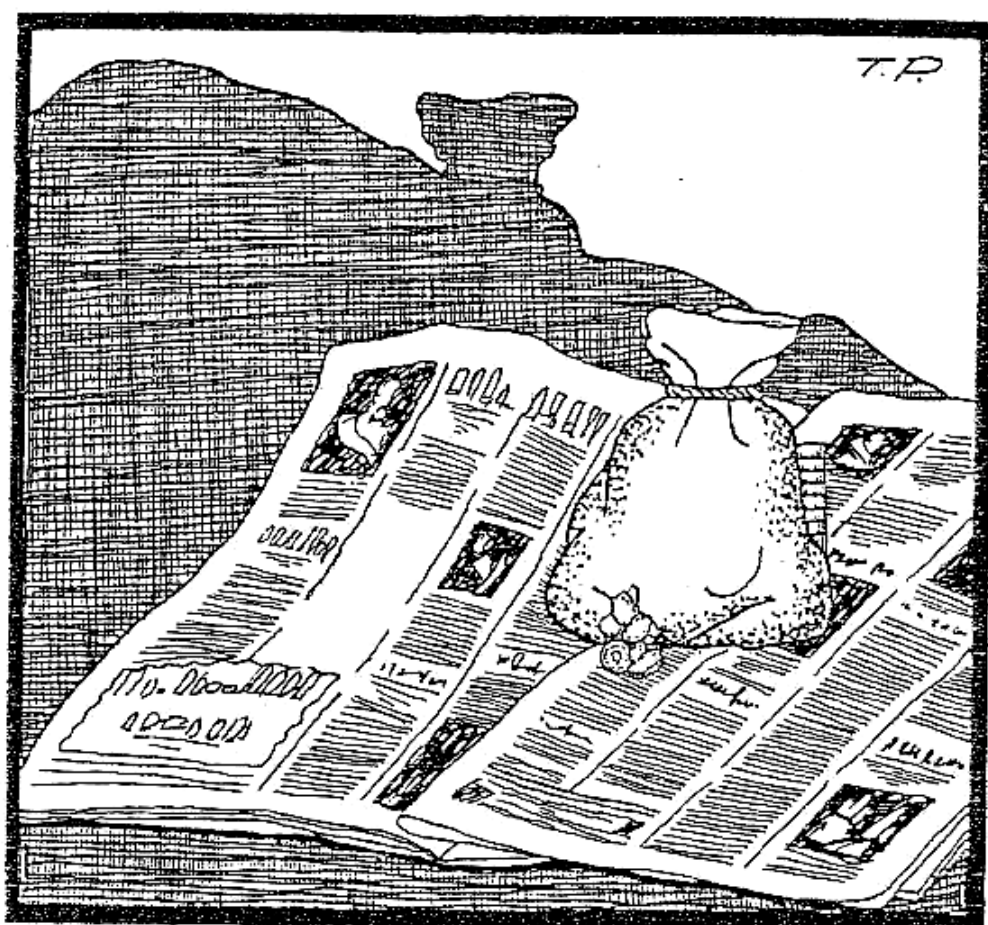
El promete y miente, ¿pero quién lo induce a mentir, sino la misma muchedumbre que lo ha creado ansiosa de vivir engañada?

Como a esos supuestos delincuentes que a fuerza de suplicios se los hace confesar culpables de un crimen que no cometieron y declarar mentiras, para que luego las parteras de la justicia griten al mundo que por fin ha nacido la verdad, así también los pueblos

torturan a ese producto del inmigrante mercenario para que les mienta, para que les muestre caminos abiertos, imposibles de recorrer, pero que serán siempre para ellos caminos abiertos..... Para que extienda ante sus ojos la dorada montaña en cuyo pináculo se encierra un tesoro, montaña inaccesible, pero montaña de riquezas al fin.....

Pueblos sedientos que buscan un hombre que sobre el desierto miserable de sus vidas, aplaque la sed de grandezas con las aguas mentidas del espejismo. Los pueblos únicamente buscan al que ha de conducirlos donde ellos quieren ir, y cuando no lo encuentran se fecundan a sí mismos y lo paren.....

Así ha nacido el hombre sin piernas....el politiquero.



CAPITULO VII.

SEGUIAN las nubes del tiempo, volcando sobre el mundo la llovizna de sus días....

Seguro de mí mismo, con el corazón blindado por el desengaño y anhelando borrar de un solo brochazo, para siempre, el cúmulo gris de tristezas y de penas, de miserias y de injusticias que preñaron el infinito del cielo de mi vida hasta ayer azul, fuí a ver a José Antonio.

—Tendrás, me dijo, por mi intermedio, espléndidas combinaciones de bolsa, puedes, mejor dicho, podemos ganar mucho dinero con las informaciones que yo te suministre.

Sirviéndote, me sirvo a mí mismo; no pienses que cumplo el rito estúpido de hacer el bien por el bien mismo. No, sirviéndote no hago otra cosa que beneficiarme, defendiéndote me defiendo. Para protegerme me convierto en protector, tu harás lo mismo a tu tiempo.....

José Antonio ya no era el provinciano tímido; audaz e inteligente, comprendía que en su ciclo político le era necesario el hombre que él creía ingenuo a su lado; yo haría, por mi parte, buena copia para mí...

Llegué a intervenir en todo, estar al corriente de todo y a no espantarme de cualquier combinación; una buena comisión que engrosase nuestros bolsillos, no tenía importancia que costase al pueblo miles de esfuerzos y sacrificios...

Me enrolé en la fila de los presidiarios sin número de los delincuentes sin uniforme carcelario.

Nada podía enrojecerme y espantarme. El jesuitismo de los hombres había encallecido mi alma, y ella no sentía ya las cuchilladas de la vergüenza.

Saturado del ambiente, hacía tiempo que yo no era el hombre en cuyo pecho germinaba la semilla de los buenos sentimientos, el ser que veía un hermano en otro ser, el corazón indiferente a su propio dolor, pero de rodillas y gimiendo, como un Cristo ensangrentado, ante el dolor ajeno.....

Volvía a batirse en mi cerebro el aletazo ancestral que sacudiera hasta la última de mis fibras la noche aquella en que el despotismo de los demás hizo armarme caballero del crimen, cuando el hambre me diera «toison» de bandido.

Y fué así, como, abrazado al cuerpo trunco del hombre sin piernas empecé a perder las mías; comencé el ascenso por la senda escondida que conduce a la cumbre y que sólo sabe de la garganta negra de los abismos y la cerrazón de las encrucijadas donde atacan por la espalda, la mentira y la traición..... Era necesario ahuyentar las tinieblas del ayer con el brillo de oro del presente....

Una vez poderoso o muerto, ya se encargaría el mundo de cubrirme con honra y gloria....

Honras y glorias que la envidia bate incansable en el crisol de la hipocresía, pero tan prestigiosas y puras como las que aureolan otras cabezas.

Cerca ya del pináculo soñado, sentí que algo impedía mi avance, que había un obstáculo en mi camino y comprendí que eliminándolo, el triunfo sería mío..... y era que al que me había abrazado a sus piernas ahora se abrazaba a las mías.....

Y con la vista fija en el pasado, desde donde mis ancestrales contemplarían orgullosos de mí, una clara prolongación de sus pasiones, un eco innegable y fiel del grito brutal y bárbaro de sus razones que tenían la solidez salvaje de la era de piedra, lancé al abismo de la nada, el cuerpo trunco, gracias al cual realicé el ascenso... y cayó con él, aquél que me tendiera su mano, aquél que me ayudara a subir, el amigo

de la infancia... José Antonio.....! Mi «traición» en política se llamaba «inteligencia». La razón de vivir es la más fuerte de todas las razones...

.....
.....
Han pasado días, meses, años, entre la intriga, la adulación y la mentira. Había llegado a reemplazar a José Antonio, a ser más poderoso que José Antonio....

Y hubo por fin un día, rayos de sol en la ventana de mi alma.... Luz de dicha, dicha humana, burguesa y mediocre, común y normal, que el faro del azar me brindaba y llamaradas de amor conquie los labios encendidos de Cleo, daban calor a mi vida.....

Las horas pasaban, deslizándose con desgano, en la casa de Gobierno, en los dinners del Plaza Hotel, en las noches del Colón.

Cleo triunfaba, el odio que podía despertar sus alhajas, aún en los que se decían mis más íntimos amigos, sus pieles, arminios y martas, su belleza espléndida, perfecta feminidad, no era sino un entretenimiento para mí, un éxito más en mi vida, un final magnífico de la misma.

Llegaron los anónimos, los insultos por teléfono, las amenazas. Mi felicidad mi poderío y su belleza, hería, lastimaba, eran brasas candentes. Todas las histéricas, todas las mujeres de pechos ajados y que esperaron vanamente las manos que los extrujasen, todas las que ostentaban tres apellidos y que sólo quizá le correspondiera el de su madre, habían desencadenado su impotencia tras la murmuración.

Yo sabía como podía hacerlos callar. Yo conocía el alma de mi pueblo. Y así-fué-como los senté a mi mesa, los recibí en mi palco, los llevé en mi coche. Ellos reían, creían reir..... Fué así como me convertí en el único espectador de toda esa comparsa.

Un poco de alcohol, de mal alcohol bastaba para caracterizarlos, para ponerlos a tono, para hacer que me divirtiesen como pobres polichinelas.

Un día quise darles una fiesta que recordara sus antepasados. Quise arrancarles el antifaz encarnados en sus trajes de «soiré» y en la camisa almidonada del frac; y para que tuviera más carácter, para que no desentonara con sus espíritus, hice decorar mis salones simulando un barco, viejo barco velero, medio pirata, medio negrero. Una taberna en donde la débil luz de los candiles, hiciera surgir en sus cerebros el pasado cercano que habían olvidado. Estibas de bolsa para sentarse, barriles para comer, alimentos burdos que sus estómagos no recordaban ya, música del Mediterráneo, de Coruña, de Liverpool.... y les exigí aun más.... les exigí que llegasen rotos, hambrientos, sucios, que sus mujeres se presentasen caracterizadas en pordioseras o prostitutas de puerto. Cleo reía de mi ocurrencia, pero no sospechaba la ironía, el desprecio, y porqué no?, la venganza que me guiaba.

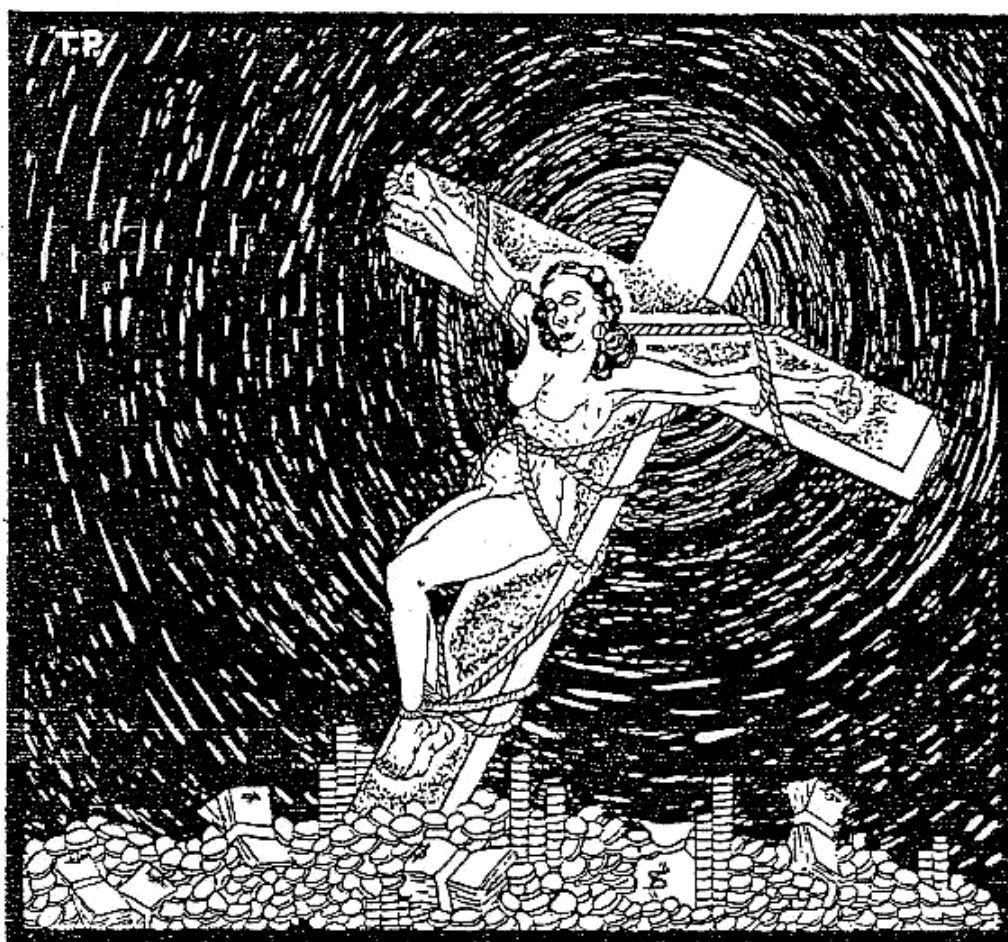
Yo no creía en la vieja teoría de la voz de la sangre.... del llamado del ayer... Y, hubo momentos que pensaba que los invitados a mi fiesta desentonarían, que los actores no podrían jugar, por falta de «entrenamiento», ya bien su rol; la actitud de todo

ese conjunto me convenció prontamente de lo contrario, el alma de sus antepasados hablaba en ellos, nobles almas, dignos antepasados, dignos descendientes, siervos de aquellos señores de horca y cuchillo de las primeras épocas de las agrupaciones humanas, que se irguieron en dueños de tierras y vidas: Señores de Pernada. Así pude verlos en protagonistas perfectos de lo que habían sido las veneradas figuras que ellos habían ennoblecido en los viejos países de Europa, cambiando por unos cuantos pesos, productos de la explotación del obrero, de la usura, por pergaminos y árboles genealógicos.

Había tenido el poder maravilloso de hacer surgir en ellos, el espíritu de sus ancestrales... la escena era perfecta.... había conseguido nacer espiritualmente cincuenta años antes y ver en sus gestos, la «cocotte», mala imitación de «cocotte», el marinero, mala imitación de marinero, el atorrante, el pordiosero.....

Todo el origen de la formación de nuestra pobre y mentida aristocracia.... GRITARON LOS PASQUINES!!... Gritaron como perros hambrientos, en busca del hueso que pudiera tirarles; comprendieron, adivinaron, y cuando se los arrojé en forma de un cheque, callaron, menearon sus colas y sus ladridos se transformaron en alabanzas....

Yo conocía el secreto de poderlos atraer, había descubierto que el estómago lleno, apaga la voz de una dignidad que nunca existió en ellos.

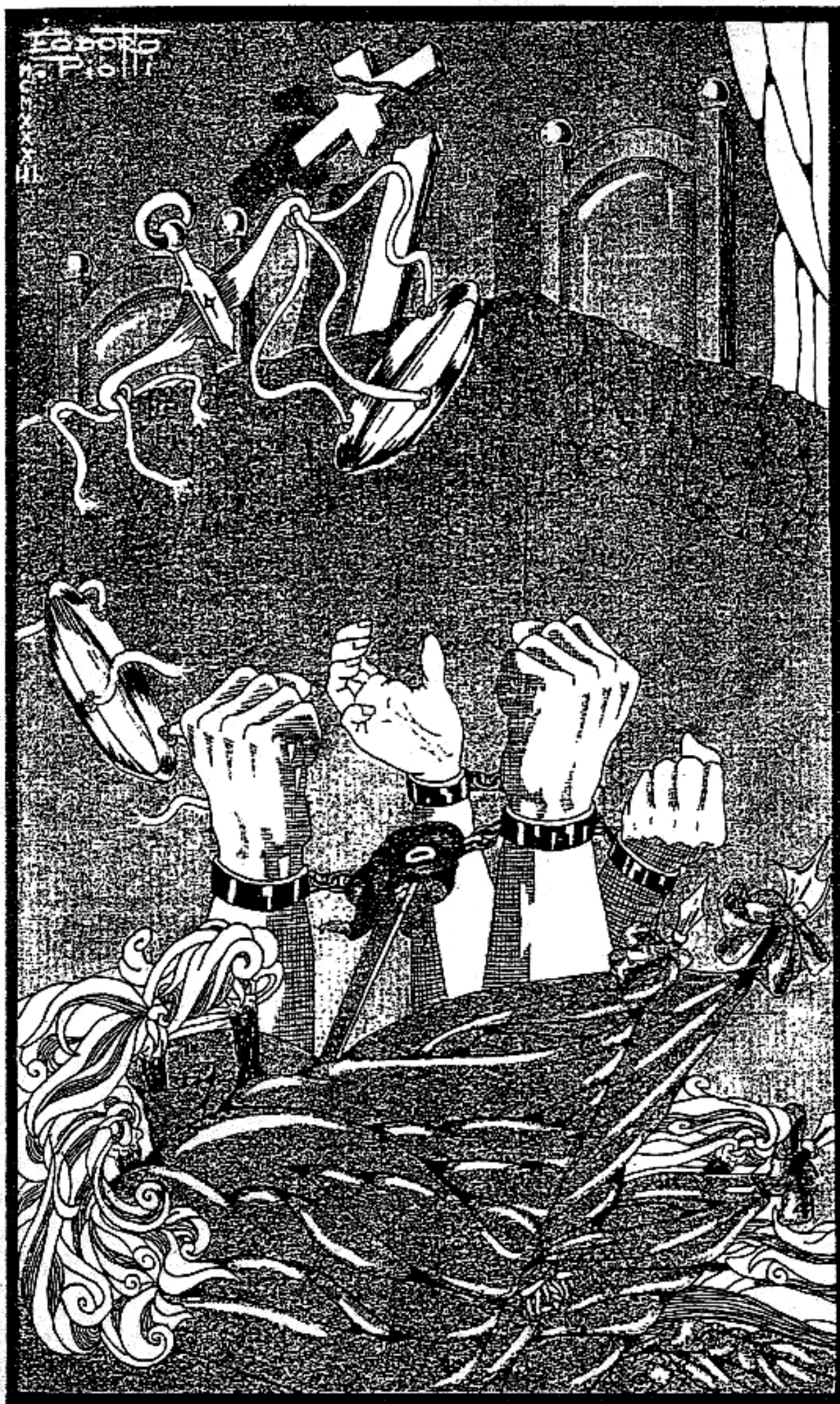


CAPITULO VIII.

YO era individualista, comunista a mi manera, considerado en el fondo el encanallecimiento de los hombres, éstos no merecían el sacrificio que gustoso hubiese hecho por ellos, pero acariciaba esa idea en mi cerebro, con la misma tibieza que acaricia el presidiario el día de su liberación. Como se acaricia la llegada de la hembra imaginándola tal

cual uno sabe que no es; pensaba que la minoría de privilegiados, de la que formaba parte, estaba obligada a ceder parte de sus inmensos beneficios, a aquella mayoría desheredada, explotada, vejada, miserable, andrajosa..... Cuando exponía mis ideas, los burgueses, los mismos que se decían proletarios, aquellos que se creían comunistas por tener el estómago vacío, arrojaron la frase tonta, la sonrisa incrédula del, porque no comenzaba repartiendo yo?.... En mi individualismo no había reparto, porque ello hubiese sido dar la posesión a otros de lo que en ese momento era mío, hubiese sido cambiar las personas y no las formas... ¿A cuántos podía yo, por mucho que tuviera, por mucho que hubiese robado, hacer felices, convirtiéndolos de proletarios en burgueses propietarios?... ¡Unos cuantos...! Como máximo una decena!.... y esa era la solución que me proponían los imbéciles que me rodeaban, ellos creían que el mundo iba a solucionarse cuando cada uno de ellos personalmente tuviera su granero repleto, sin importarle que el mío quedase vacío, no comprendían que entonces, transformadas las personas, cedería el comunista, naciendo en mí el hombre que les pediría también el reparto de lo que yo les hubiese dejado.

Yo quería que mi comunismo descendiese de las clases intelectuales, de los hombres de letras, de las arcas enriquecidas, de los que hubiesen mal heredado, de los ahítos, de los repletos; no comprendía el comunismo que subiese con el fango de la callejuela del suburbio, del analfabeto, del obrero muy respetable de manos callosas, pero ignorante y bruto.



Destruir los códigos: la conciencia que como un cinturón de castidad nos ciñe el cuerpo

Mi individualismo era a base de conciencias, de conciencias nobles, dispuesto yo el primero a sacrificarme, dispuesto a invitar a los que como yo tenían para dar, para ceder sino todo, la parte que no era necesario para nuestra existencia, pero sí imprescindible para la de ellos. Yo me consideraba fuerte, sabía que en cualquier régimen debían surgir los superiores.

Una tarde, tarde gris que se hundía con pena en los senos helados de una noche sin luna, me llegó una carta. Era la invitación de un amigo. Fiestas de «garconieres»..... Banquetes a base de carne cansada..... borracheras de besos mentidos..... desvanecido champagne que nos brinda la copa rota de mujercitas vencidas..... orgías que provocan los delincuentes de frac para tramar sus asaltos y que tienen los mismos rituales que las de los turbios malevos de gorra y pañuelo...

Fuí...

Yo era un asociado a ellos.

Música y alegría en el ambiente, miseria y dolor en las almas. Risas en los labios y gemidos en los pechos..... medianoche en el reloj y medianoche en las conciencias.....

Uno de esos directores de casas cerealistas o frigoríficos, uno de esos asociados que convirtieron mi país en una hacienda negrera, en combinación con nosotros los dirigentes del pueblo, masticando sus hipoes, me habló al oído:

—Es Ud. un hombre de suerte.

—De suerte... no me explico.... respondí esquivando el ensayo de un abrazo.

—Sí de suerte... repitió.... Seremos aquí cuatro machos y cuatro hembras....

Miré su aspecto y sonreí. Era un despojo humano con pretensiones de hombre.

—Y bien, — le dije — si es así, nadie está de más....

—Es cierto, — respondió — nadie sobra, pero eso no quita ni impide que sea Vd. un hombre feliz, afortunado..... Hemos hecho un sorteo y a Vd. le ha tocado la mujer más linda de esta noche..... Vendrá a la una, a la hora de la cena..... Se la sentaremos a su lado en la mesa. Ya verá como tengo yo razón, cuando le digo que es Vd. un hombre afortunado...

Y tambaleando sobre sus piernas combadas se apartó de mí haciendo jugar entre sus dedos la gruesa cadena de oro, que parecía forjada en algún presidio.....

Y pensé: Qué jirón de carne derrotada, envuelta en seda, cubierta de joyas, relumbrón estúpido de épocas prehistóricas, qué retazo de prostíbulo sin patente, me habrá reparado este sorteo repugnante realizado en la tómbola de la «garconiere»...?

A la una de la mañana ocupamos nuestro sitio en torno de la mesa.

Faltaba la mujer que me había tocado en suerte.

Intimamente me sentí contento. Prefería estar solo, en esa extraña soledad espiritual en que nos hundimos algunos momentos de la vida, cuando hastiados del monótono rugir del torrente, buscamos en el fondo de nosotros mismos ese rincón indefinido donde se refugia el alma, mientras dejamos que el cuerpo siga desarrollando su comedia materialista. Esos instantes especiales, ese cuarto de hora tan ne-

cesario al espíritu, que hace, por un original desdoblamiento, que estemos presentes y ausentes a la vez.

Vagaba mi alma por el planeta muerto del pasado y ante ella cruzaban como una visión los hechos, las cosas y los hombres.... Todo lo recorrí en un instante. Desde mis horas infantiles, con mis caprichos, hasta los últimos días de fiebre y delito en que acorralado tuve que abrirme camino para defender el átomo de espacio que Cleo y yo ocupábamos en la espantosa inmensidad del mar sin playas del infinito.

Mas no tardé mucho en volver en mí mismo. El hombrecillo que me llamara hombre feliz, golpeándome en la espalda, me dijo:

—La reina de la fiesta, cuyas sonrisas serán para Vd. esta noche... Aquí la tenéis, os la presento.....

La miré, y un oleaje de sangre sacudió mi corazón. Rodaron en las cavernas de mi pecho turbiones de sollozos encontrados, impotentes para romper la compuerta que el carácter había cerrado en mi garganta.

—Irma! Hermanita mía!.. gimió encogido mi corazón.

Y mis labios de hombre de mundo, de caballero, modularon sonriendo:

—Señora, es Vd. muy bella....! Y estampé un beso en sus manos.

Beso que fué para los demás, vulgar choque de piel de prostituta y aventurero y que tenía la asqueante paternidad del ambiente...

Beso que unía nuestras almas transidas de pena, bajo el mismo palio de un idéntico, sagrado y bendito recuerdo: el de Aquella, que desde el infinito seguía nuestra ruta por el mundo y cuyas plegarias en el

consorcio de las almas puras, eran para nosotros....
Madre Santa...!

Horas más tarde, a solas en mi casa, mientras Cleo dormía, Irma reposaba en mis hombros su cabecita fatigada.

—Perdona a esta pobre pecadora — me dijo — mientras se agitaba sobre un volcán de llanto. ¡Si imaginaras siquiera como sufrí desde que nos abandonastes!

—¡Pecadora.... sí.... pero pecadora inocente, hermanita mía...! — dije tratando de defenderme al defenderla.

Alzó sus ojos hasta mí, mirándome sin comprenderme y había en sus pupilas la misma extrañeza que brillara en las mías la tarde aquella en que sobre un banco del jardín me hablara mi padre por última vez....

—Eres pecadora inocente — agregué estrechándola contra el pecho, — y lo eres porque no pecaste por tu culpa, sino porque los demás así lo quisieron y al contrario de aquellos que llevan en su pecado la penitencia, tú llevas en los tuyos el perdón....

No te pregunto tu historia, porque sé que es la historia mía y mi conciencia al juzgarme está juzgando la tuya también y las absuelvo a las dos... Duerme tranquila que no hay ninguna mancha negra en la blanca piel de armiño que envuelve tus buenos años..... nuestros buenos años de «El Refugio».

—He sufrido mucho hermano, tanto, tanto, que la humanidad parece una aglomeración de bestias

malditas que se debaten en un infierno, purgando delitos incalificables de no sé cuantas centurias. Obligada a vivir entre fieras si quería subsistir, he tenido que convertirme en fiera. (¡Quizás también a ellos a su vez, como a mí, los obligaron a morder!).... Me han despertado el hambre del lujo y me han convencido que el pudor en nosotras las mujeres no es sino una consecuencia de la educación... Me engañaron... me mintieron.... el pudor no puede calcularse, no existe..., ya que yo puedo desnudarme sin pudor... Ese sentimiento que demostramos según la moda pero que gira más que nada alrededor del sexo, tiene para ellos, algunas veces, ya sea la cara, el seno, el dorso...

Me mintieron, cuando dijeron que el amor era un idealismo... Me mintieron cuando dijeron que la honradez era una virtud... Que sólo los buenos triunfan, que todo delito encuentra su castigo.... Mentira.... porque tú hubieses sido castigado... Yo no te acuso. He conocido tan de cerca a los hombres, los he sentido tan esclavos de sus pasiones, tan obsesionados por el placer y la ambición, que mi perdón fué hacia ti, hace ya tiempo. Perdón que no es quizás sino desprecio; nos sacrificastes pero no fué para ti inútil, pareces feliz, tienes todo el aspecto de un triunfador y eso bien vale nuestro sacrificio, pero para ello tiene que haber muerto en ti el remordimiento y los principios que te inculcaron. Quizás ellos fueron falsos, o principios de super-seres, de semi-dioses.....

También en mí ha muerto mi niñez, ella fué absurda. Me educaron para un hogar, servilismo de

nuestros ancestrales; me enseñaron, fidelidad, honradez, respeto, recato, y todo ello sólo me sirvió para que fuera a revolcar con dolor mi cuerpo bajo el primero que poseyera un tejido para cubrirme y un plato donde saciarme.

Cuando tú te fuiste, don Nicasio.....

—¡Calla! ¡No quiero saber....!, interrumpí yo...

—Ah, no! Debes escucharme — continuó, excitándose Irma. — Debes saber todo para juzgarme y juzgarte.... Esta confesión es necesaria, imprescindible aunque no quieras!.... don Nicasio, nos exigió poco después el pago; dónde íbamos a recurrir, a quién?, lo amparaba la ley, era la ley...

—José Antonio — dije yo...

Sus ojos me miraron tristemente.

—No podía pedir amparo, de quien tanto me había burlado. El orgullo que me inculcaron me sirvió hasta para eso. Se nos amenazó con echarnos. Mamá estaba enferma. Si hubieses visto esa furia humillándome, tratando de derribar el pedestal que mi vida en el pueblo me había creado; tú, que en el fondo eres bueno, le hubieras saltado al cuello estrangulándolo tal vez. Delante de ti no hubiera osado, pero sola, indefensa, se transformó en un perro hambriento de emociones y lágrimas, digo mal, en una hiena con figura de hombre.... Me exigió que fuera a Córdoba, con el pretexto de arreglar nuestra hipoteca... Era una orden... Podía cancelarla con mi cuerpo... Nunca sentí tanto mi virginidad... Fuí; otra también habría ido... Mamá necesitaba asistencia, había que traerla

a Buenos Aires. Tú estabas lejos, tan lejos, ignorábamos donde.

En Córdoba me alojé en un hotelucho, buscado por él, junto a una iglesia. Una habitación al lado de la suya y una puerta que las comunicaba.

Yo sabía, que él vendría al oscurecer, para no verse a sí mismo, quizá en plena tiniebla, pensando que la sombra le sería propicia. Temía posiblemente que la luz, iluminando mi desamparo lo hiciera vacilar.

Esa noche mis risas tenían sonoridad de alaridos y llanto.... Nunca, creo, se podrá reir más tristemente.

Se revolcó toda la noche sobre mi cuerpo dolorido y ensangrentado. Si eso era amor, yo desearía no amar nunca más.... Ese primer contacto con el amor sexual, mató mi sensibilidad, mi atracción hacia tu sexo. Detesté al hombre tanto como él puede desearme...

Días después cuando regresé al pueblo, llevando en mi bolso el recibo de la hipoteca cancelada, triste certificado de lo que valió mi sangre virgen, recibo infamante, para los que no sintieron el látigo de la fatalidad, pero honroso para mí.... mamá había muerto. Había muerto quizás para no verme, el dios de ella quizás la había llevado, para que no decayese su fe. Mi sacrificio había sido estéril.

En esos momentos sentí unas ganas locas de arrancarme el corazón y arrojarlo lejos de mí. ¿Qué pasión es esa hermano que no comprendo y pudo haberte llevado tan lejos de nosotros? Yo no te acuso. Los hombres me han arrebatado ese derecho, el día que

por salvar la que nos dió vida, me vendí a ellos, — quisieron mi cuerpo y lo obtuvieron... — Buen festín se han dado en él.... Esos hombres tienen hacia mí la remembranza de las hienas, sólo así comprendo que puedan calmar su hambre de especie, sobre un cuerpo que siente que los repudia, sobre un sexo que no vibra, sobre una boca que se esquiva.... El amor de los hombres ha sido para mí, un banquete de hienas sobre un cadáver. No me exigieron en su excitación que les sonriera.... Es todo lo que debo agradecerles... Además no habría podido. Los años han hecho olvidar esa risa que tú conocistes. Lo que hoy los hombres toman por ella, es una mueca en donde los dientes se aprestan a morder y es un alarido, que tiene mezcla de notas de queja y asco.

Después vine a Buenos Aires. ¿Qué había de hacer en el pueblo? Los abogados y la ley se echaron sobre «El Refugio», tú estabas lejos, no se podía vender, había que pagar... ¿Qué crees, que debía hacer, qué hubieses hecho tú?.... ¡Trabajar!.... ¿En qué?, ¿de- qué?... Me criaron para ser señora, profesión que cuando no se consigue un puesto queda sólo el otro; ladrona del bienestar de las que encontraron, las más afortunadas. Un hombre inteligente, de esos que satisfacían mi cerebro, me envió una carta ofreciéndome su apoyo.... Puedes imaginarte en que consistía esa ayuda... No la contesté... Pobre petulante, creía que para vivir no necesitaba siendo joven y bella abrir mis piernas, que me bastaba mi cerebro.... Busqué un puesto de vendedora. El gerente me lo prometió después de cenar juntos,

siempre que pasara con él la noche. Busqué un puesto de secretaria, conocía redacción, tenía buena letra, deseaba cumplir. Días después mi patrón se me declaró. Yo lo rechacé. Llegué ya necesitada a una sociedad de beneficencia, pedí trabajo. Me ofrecieron, después de muchos trámites, un puesto con tan escasa remuneración que forzosamente estaba obligada a convertirme en tuberculosa o prostituta. Opté por lo último. Volví al gerente y por una noche, me obsequió el doble de lo que podía ganar en un mes. Ya no era la empleada, necesitada, tímida....

Ante los ojos de ellos, mis acciones habían subido desproporcionadamente transformada en «cocotte», yo ante ellos era potencia. La empleada tímida y recatada es una conquista fácil y barata, conquista para el lecho, conquista que no luce.

La mantenida, es la conquista que hay que alhajar, vestir, lucir, aguantar. Para muchos es un símbolo de riqueza, como los automóviles y los caballos;... de bienestar, y a la vez una facilidad para otras conquistas. La calidad del poseedor de una mujer, hará que ésta os guste más o menos. La mantenida o la mujer propia, de tal embajador, millonario o escritor en boga, centuplicará vuestro deseo, aunque fuera la misma con quien habéis tropezado antes en una callejuela oscura de un puerto.... Fregona, prostituta o mujer honesta, sus valores fluctúan, aunque se tratase de la misma.... Es el traje, el ambiente, lo que de ella os han dicho, lo que controla actualmente vuestros deseos.... La fregona, la prostituta o la mujer honesta, en el coito, es idéntica. La

diferencia proviene no de ella, sino de su poseedor.

Sois unos imbéciles, pero imbéciles malos, canallas, y ruines, queréis hacernos a vuestro gusto, nos habéis dado virtudes que carecemos, nos habéis impuesto orientaciones absurdas, moral que vosotros sois los primeros en no practicar; sois los primeros en desear que nos convirtamos en vuestra máquina de placer, y una vez que lo habéis conseguido, nos mostráis a vuestras esposas o hijas, con el horror que señalaban a los leprosos en el medioevo.

Si no hubiese heredado de papá su carácter, quizá me habrían vencido, me he vengado empleando el cinismo de vuestros espíritus y me vengaré mientras en mi cuerpo quede algo que pueda excitarlos...

Ahora que sabes el mal que me han hecho y el mal que haré, decide.....

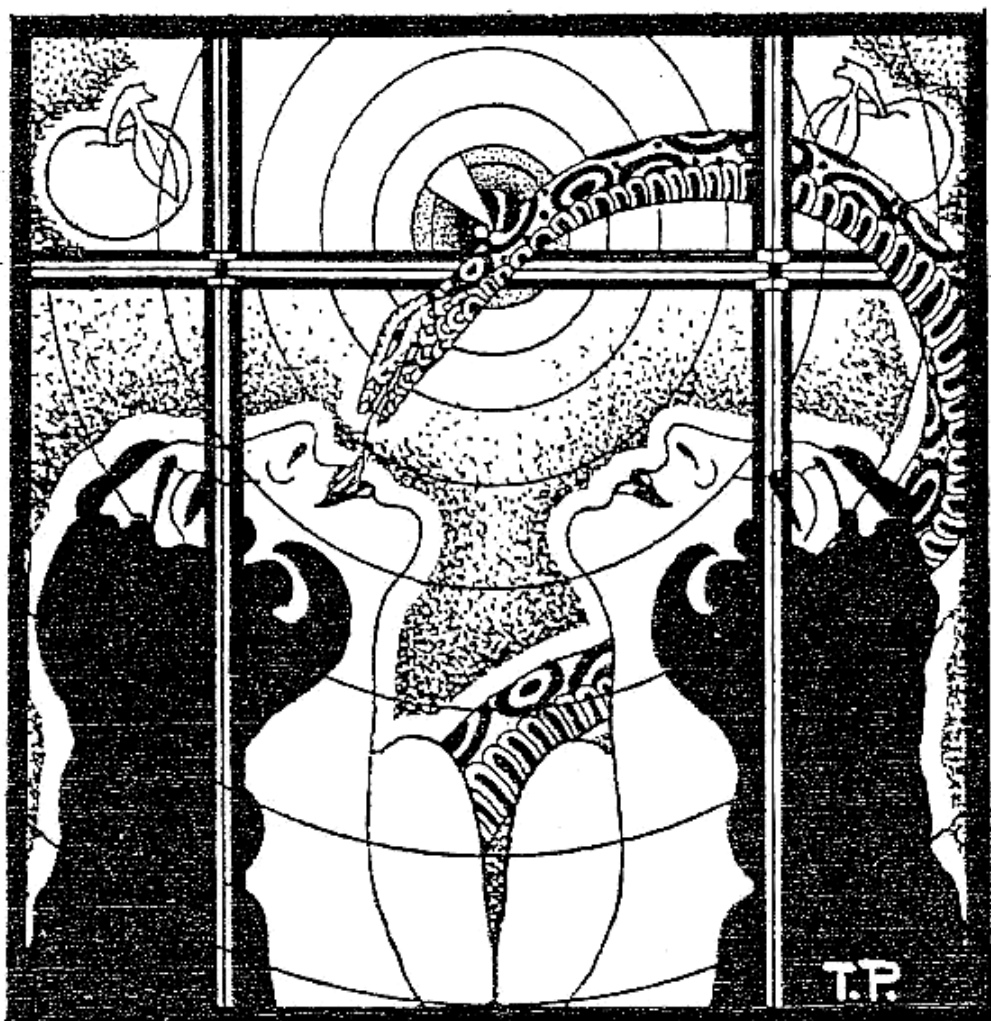
—Te quedarás a mi lado Irma, necesito tu presencia, esta continua acusación para volver a encontrarme a mí mismo. También a tí ha de llegar tu amanecer, tienes derecho a él!....

Cleo, será para ti una hermana. Ha sufrido tanto!.. Como tú, también tiene una historia dolorosa; el dolor las hará hermanas.....

Llamé a Cleo, se miraron largamente, sin palabras, se abrazaron como si se encontrasen después de una larga ausencia.

Esas dos mujeres jóvenes y bellas, tenían en su gesto todo un símbolo, era como un juramento contra mi sexo que tanto daño les había hecho..

Era el triunfo de la hembra sobre el macho.



CAPITULO IX.

CLEO era una super-sensitiva, delicada muñeca rubia, que a mi lado era o creía ser feliz. Olvidado su pasado, habíase convertido en una burguesa, tranquila, un poco triste, que en su vida solitaria, sin amigas ni otra distracción que mis palabras o los pocos paseos que me permitían mis ocupaciones, debía lógicamente sentirse atraída inmediatamente por Irma.

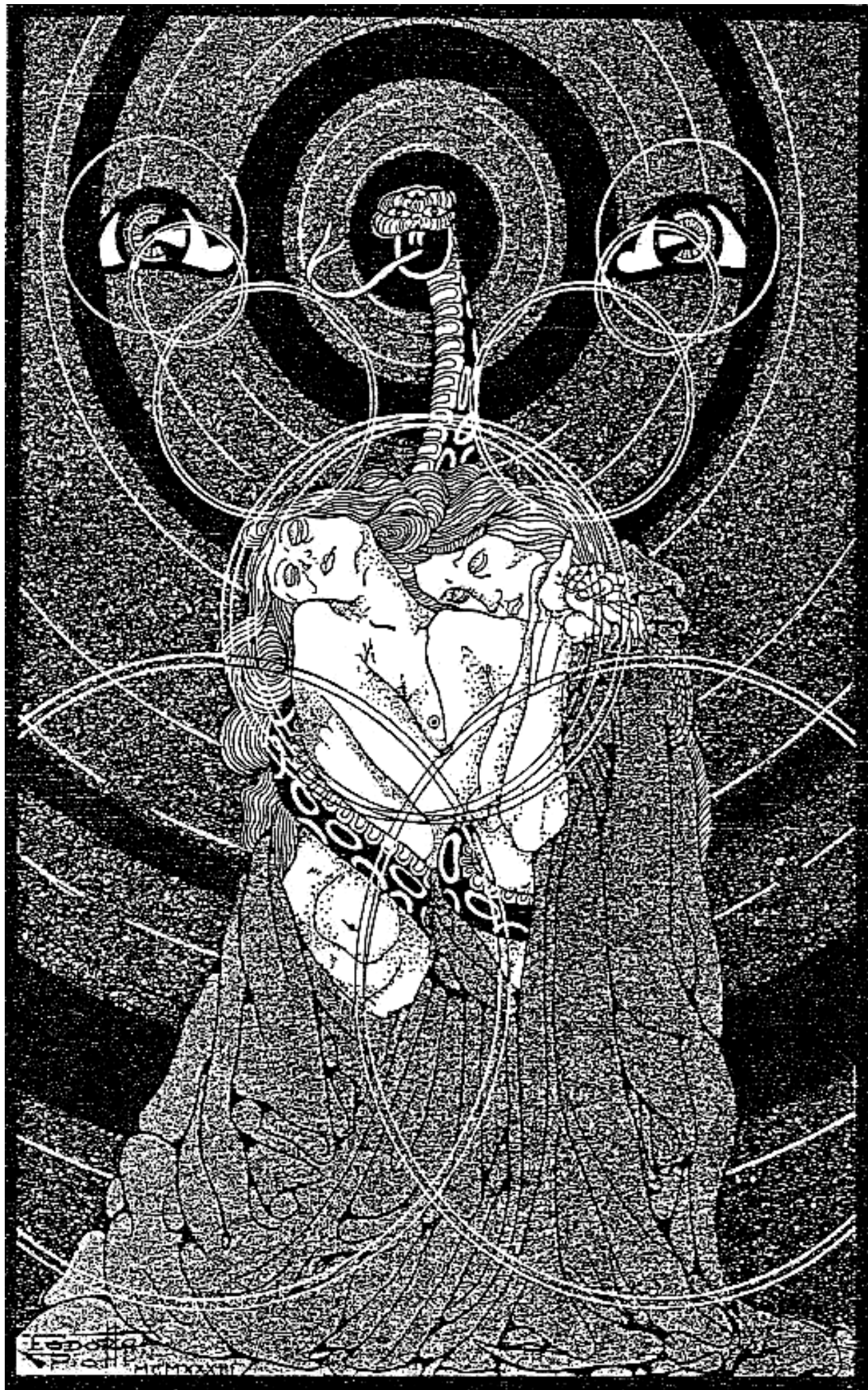
A ésta la vida, habíale reforzado si era posible su carácter, transformándola en mujer de acción. Sus gestos autoritarios o bruscos para todos los que la rodeaban, se convirtieron en suaves atenciones, que tenían algo de protección para Cleo.

Intimaron rápidamente, sensibilidades contrarias, se atraieron sin que ellas lo supieran definir en un principio, hacia una amistad profunda en que cada una trataba de ser más agradable a la otra.

El oro de los cabellos de Cleo, contrastaba en forma agradable con el negro de los de Irma, de facciones enérgicas, piel morena, alta y de ademanes demasiados masculinos, con el talle pequeño, los ojos azules y dorados de mi Cleo, toda feminidad demasiado frágil y amanerada.

—Permíteme, querida..... decía Irma retirándose dos pasos para contemplar mejor a Cleo, después que ésta había terminado su toilette... ¡Qué hermosa eres!... agregaba....

Llegaba a nuestra alcoba junto con el desayuno y diarios de la mañana. Mientras tomaba mi baño, Irma me reemplazaba en el lecho y así al partir quedaban ambas riéndose y discutiendo de como emplearían ese día. Una vez cuando leía mi diario y ellas se vestían para una cabalgata en Palermo, Irma mirándola díjole: Yo comprendo que Jorge te ame... si yo fuese hombre también hubiese querido tenerte



Esas dos mujeres jóvenes y bellas tienen en su gesto todo un símbolo, era como un juramento contra mi sexo...

a ti por amante. Se miraron como si trataran de comprenderse.

Cleo observó que yo me había detenido en mi lectura y girando hacia ella mostrando impúdicamente su cuerpo magníficamente proporcionado, cuerpo de adolescente se diría, que hacía más sensual aun una camisa y pantalón de encajes que apenas cubrían sus caderas y senos, murmuró: ¡Que tonta eres!.

Un perfecto sentimiento de amistad habíase desarrollado en ellas, era una fuerza que empujaba a una hacia la otra. Yo podía llamarme feliz, feliz en el más amplio sentido de la palabra, como amante, como hermano. Mi posición, un casi futuro ministerio, me proporcionaba una satisfacción física y moral, una seguridad perfecta sobre la vida, era el premio, era el pago con que la misma vida había cancelado todos mis esfuerzos y sacrificios. La vida era bella. Yo había vivido equivocadamente. La vida era una querida que había que tomarla por la fuerza, así como la había conquistado yo, a golpe de puñal, a golpe de canalla. Mis esfuerzos no fueron sino una consecuencia lógica de lo que exigió la vida para entregarse a mí. Así como aquel que llega saltando la amistad, malagradeciendo una hospitalidad para conseguir la hembra que ha despertado su sensualismo, así había llegado a adquirir esa tranquilidad. Toda mi única preocupación era la vanidad de llegar a ocupar uno de los altos puestos políticos de mi país; era rico, era joven, era amado. Noche, tras noche, sobre la amplia cama de nuestro suntuoso dormitorio, con todos los refinamientos de un orien-

tal, que había hecho decorar para darle marco adecuado a ese cuerpo que aun conservaba perfectas sus líneas, oficiábamos el rito sagrado del amor. Sagrado dos veces por satisfacer mi sensualismo y ser estéril, por darnos la sensación del espasmo interminable y evitarnos el dolor de perpetuarnos, de que el cuerpo de mi hembra no se deformara, para evitarle el dolor, por negarse a dar vida a un ser que no podríamos asegurar rotundamente su felicidad. Yo estaba menos que nunca cansado de Cleo. Su cuerpo tenía vibraciones en el comienzo del otoño de su vida, que no habría podido superar ninguna virgen, ninguna hetaira.

Cleo e Irma en un principio salían juntas, yo las veía partir en el potente auto dirigido por Irma con seguridad masculina, desde nuestra casa de la Avenida Alvear; las veía llegar desde el mirador de la misma, cansado el motor y ellas de correr. Un día eran modistas, otro paseos a la campiña, otros en el que orgulloso las acompañaba, era el estreno de una obra, la conferencia en boga, la reunión aristocrática que las recibía, acalladas las murmuraciones sobre mi pasado y el de ellas, por el puesto influyente que ocupaba. Nos rodearon los imbéciles tratando de conquistar los favores de ellas y los aristócratas arruinados por una invitación oficial a un super en nuestra casa. Yo era feliz, estúpidamente feliz. Había llegado a no ambicionar más. Alguna vez había pensado en un ventajoso casamiento de Irma, pero cuantas veces lo había insinuado, Cleo había saltado oponiéndose a ese proyecto.

—¿Qué necesidad tiene Irma de ello? ¿No es feliz a nuestro lado?.

Irma callaba.

—Responde — insistía Cleo dirigiéndose a ella.

Esta se levantaba y acercándose la besaba.

—¿Y me lo preguntas? — murmuraba besándola.

Yo era feliz, perfecta e idiotamente feliz. Había conseguido despertar en ambas una amistad, un cariño se diría fuera de lo normal, de lo común; en sus gestos había ternura de madre y atención de amante.

Empezaron a salir menos. Las encontraba al atardecer a mi regreso, tendidas en cama leyendo, discutiendo siempre buenamente, negándose en muchas ocasiones a acompañarme cuando insistía en la necesidad de que se distrajeran un poco. Alegaban que las obras de teatro eran malas, que los paseos a Palermo les molestaban por las miradas insolentes de mis amigos. En lo único que demostraban un interés exagerado era el deseo de adquirir magníficos «desabillés», ropa interior...

Proyectaban para el invierno próximo un viaje las dos juntas a una estancia que acababa de adquirir, pero de antemano me habían pedido que yo no fuese a ella, condición que había aceptado lógicamente por mis ocupaciones en la Capital.

Yo era feliz... estúpidamente feliz...

Esa tarde en mi despacho recordé una fecha, una fecha que los años anteriores no olvidaba y que las

obligaciones públicas y políticas habíanme hecho ese año pasar desapercibida, fecha aquella en que Cleo allá en el «Refugio», por primera vez se entregó a mí. Por ello abandoné mis oficinas aquella tarde de verano porteño, sofocante y húmedo. Me dirigí a mi joyero y con una magnífica perla, perla que como los años anteriores iría a engrosar el collar que adornaba el cuello de Cleo en las grandes ocasiones, me dirigí a casa.

Nunca había llegado a la hora de la siesta. Un almuerzo fugaz, servido en mis oficinas, me evitaba el largo trayecto en esa hora calurosa del medio día hasta la casa lejana de la Avenida Alvear; por ello imaginé que la sorpresa sería mayor y que me haría perdonar la frialdad que desde hacía tiempo venía notando en Cleo, frialdad que yo achacaba, sin animarme a intentar una comprobación médica, en algún malestar físico o como consecuencia de esa vida de enclaustrada que pasaba junto a Irma.

Subí las escaleras sin encontrarme con la servidumbre. Pasé de mi escritorio al boduair, donde reinaba el refinamiento de aquella esplendorosa y trágica corte del Rey Sol, separado del dormitorio por amplia puerta corrediza de espejo... Sentí voces dentro del mismo, reconocí la de Cleo, me detuve tratando de escuchar.

Vileza humana, atavismo que hace detenerse ante el ruido de la hojarasca seca adivinando el peligro. Cleo hablaba, gemía... Gemidos que paralizaron mi corazón, palabras entrecortadas, timbre de voz que me recordaba los momentos más felices de mi vida

Íntima con ella, gemidos que yo conocía por haberlos escuchado muchas veces con su cuerpo bajo el mío. Inconscientemente tanteé mi revólver. Yo era valiente, lo había demostrado toda mi vida, pero esa vez un temblor en la mano que empuñaba el revólver me confirmaba el miedo que me había producido esa puerta al dejar ver mi rostro pálido; pegué el oído a la misma escuchando mientras me miraba en el espejo que tenía junto a mi rostro, como se coloreaba, se fruncía el ceño y como una bestia empezaba a mostrar mis dientes, dilatábanse mis narices en un deseo de sangre.

¿Era posible? ¡Perra!

Corrí de golpe las puertas. Al fondo en el lecho, Cleo desnuda, la cabeza echada hacia atrás, con sus pechos erguidos y excitados como cuando yo la poseía, abiertas sus piernas y entre ellas otro cuerpo desnudo morocho, agil.....

La noche se ha hecho en pleno medio día...

Estoy ciego, ciego espiritualmente. Busco en derredor mío, a tientas; el muro o detalle que me guíe al camino perdido.

Un barco que regresa. En lontananza, una luz que nos guiña, blanca una vez, roja otra. Nos preparamos a desembarcar, nuestro mejor traje. Ante la perspectiva del abrazo paterno o de la caricia de la hembra, hemos olvidado todas las borrascas pasadas, todos los odios personales... ¡Estamos tan cerca!

Tenemos nuestra paga en el bolsillo, suenan las monedas de plata, adivinamos en la obscuridad profunda de la noche los rostros que escudriñan por nosotros el horizonte.... Detrás de un guiño, la luz tarda en volver, tarda.... ¿Nuestro barco va a estrellarse contra los acantilados? Corremos el timón y ¿para que?

Toda ruta es igual. Nuestra alma no ha sido perfeccionada como los aparatos de complicado mecanismo de los hombres.

Lo mismo da. Norte? Sud?

La noche se ha hecho en pleno medio día.

—¡Dios mío! — por primera vez desde que era muy pequeñito he pronunciado esas palabras inconscientemente.

¿Y por qué yo de espíritu analizador llamo a él? No... aún soy fuerte. Mentira. Soy sólo una piltrafa humana, en un desierto blanco, sin horizontes, infinitamente solo. Un pobre ser humano, un pobre hombre al que le muestran de pronto que el dios que adoraba, la imagen ante la que siempre se posternó, a la que ofrendó lo más bueno que le enseñaron, que en su nombre mató, robó, no es sino un muñeco relleno de crin, de intestinos mugrientos, de escupitajos...

He sentido ganas de gritar, de morder, ante los rostros estupefactos de Cleo e Irma. He vuelto a cerrar la puerta y he llegado hasta mi escritorio. Junto al retrato de Cleo he dejado mi revólver.

Matar? Sí, sí, pero ya he matado por algo que no lo merecía, equivocadamente ¿no será falso también este sentimiento animal?...

Los animales en celo matan. Yo no soy una bestia. Ellos lo hacen por un motivo, una razón de defenderse o nutrirse. Yo sólo debo defenderme de mí mismo. Perra.... Perra...!.

¡El derecho de matar!, sí pero por una razón, por un motivo de subsistencia, el derecho de matar, cuando ese gesto ha de tener un resultado.... y mi acto...

¡Perra!

No, nada conseguiría con ello.

¡Perra! — pero y por qué? — Cálmate! — me he dicho a mí mismo — analizemos, recordemos....

En mi escritorio la libreta de direcciones, la tomo.

¿No están ahí veinte, cincuenta direcciones de mujeres con quienes he cohabitado en los años que vivo con Cleo?

Pido whisky. Mi mucamo lo sirve temblando. Algo debe haber visto en mi rostro..

—Está mal el Señor?

—Qué te importa imbécil?

El mundo está mal hecho. Algo anda mal, una pequeñísima rueda quizás que no marcha al unísono de las otras. Tenemos un exceso de producción y 30.000 millones de seres pasan hambre en China, en Rusia, en Alemania, en Oriente y Occidente.

Arrojamos nuestro producto al mar, dejamos que se pudran. Es algo que no comprendo. Algo debe andar mal, una rueda pequeñísima quizás.

¡Pero esa rueda soy yo, yo y toda esa caravana

insignificante, minúscula que me rodea de políticos, especuladores, militares, sacerdotes, todos nosotros los descendientes espirituales de aquellos asaltantes de caminos, de aquellos que por ser más fuertes cobraban en la edad media el derecho de peaje!

Esta vez, como siempre, son ellos los más fuertes, ellos los que roturan la tierra, ellos, los que mueven las máquinas, los que fabrican las balas que han de ir en busca de sus pechos.

Pasan hambre y frío, aunque sus esfuerzos les den con creces con que llenarse y con que cubrirse, y aún fabrican los látigos con que han de castigarlos... No desconocen su fuerza, no desconocen sus derechos y aún respetan los nuestros. ¿De qué pasta de Jesucristo están hechos?... Saben que la razón está de parte de ellos. La han implorado, la han mendigado y nosotros como toda respuesta le hemos hecho la concesión del sábado inglés y la sala cuna en las fábricas. ¿De qué madera de mártires están hechos nuestros obreros, nuestros campesinos?, y aún dejan que les prostituyamos sus hijas, tomemos sus hijos, y los enviemos a defender el petróleo o el estaño disfrazados de soldados de la libertad.

A uno de ellos le han entregado un retazo de género atado a un palo.

—Defiéndela—le han dicho. Y ese pobre hombre no ha encontrado mejor final que dejarse acribillar a balazos envuelto en ella. Un héroe más para nuestros libros de escuela.

¿Y esa gente no nos echan a puntapiés, no nos ponen un adoquín atado al cuello y desde el edificio

más alto, desde el más bello y orgulloso rascacielo, nos arrojan de cabeza a todos con nuestros credos religiosos y políticos, con nuestras especulaciones de bolsa, con nuestros uniformes de charreteras doradas, nuestros consejos y nuestras maternidades que sólo sirven a sus hijas que fueron violadas por nuestros hijos?...

¡Proletarios del mundo uníos!, ha dicho Lenin. Y los proletarios de Rusia se han unido ante esa palabra mágica del anti-cristo. Ha sido un bello sueño, y como bello, corto, en que todos los esclavos del mundo, todos esos millones de esclavos que araían anualmente la tierra tuvieron la esperanza del derecho a sus esfuerzos y todo ha quedado en una mentira. — Exterminad los propietarios, repartid sus tierras — han dicho sus secuaces y una vez que lo han conseguido, lo primero que han hecho ha sido erguirse en propietarios. ¿Los que recolectaban el grano, los que con su sudor hicieron germinar las semillas?.. no, ellos no, unos cuantos miserables dopados de ambiciones, de ambiciones personales, los Stalin, los Chicherin.

La historia se repite desde hace miles de años, Egipto, Judea, Francia, Moscú. ¿Qué le importa al campesino que su dueño sea la sociedad «X», el príncipe tal o el actual gobierno ruso, si él debe pagar hoy, más que ayer, sus impuestos de una u otra forma a la ciudad? El enemigo del hombre es la ciudad, sus rascacielos, sus rotativas.... Son esclavos, más esclavos aún que antes, de nada ha valido este nuevo sacrificio. Los hombres están malditos,

emponzoñados, cobardes. Y para afrenta de su libertad le han puesto en su divisa la hoz y el martillo, el emblema que los ha exterminado.

La tiranía actual de Rusia es mil veces peor que todas las tiranías que existieron. Yo no defiendo la tiranía burguesa. La tiranía de mi clase ha sido mucho más benévola, pero es tiranía al fin y hay que destruirla también.

¡Tierra libre!, sin mojones, sin títulos, sin impuestos, sin fronteras, tierras para el que quiera trabajarlas y quiera nutrirse. Los comunistas han desvirtuado una idea sagrada, han envilecido la libertad individual, han agravado los viejos prejuicios burgueses, han empleado los mismos medios; el terror zarista contra el terror rojo, Siberia contra Siberia, los calabozos de G. P. U. contra la Bastilla, los Papas contra Cristo. Igual que el clero, secuaces que deformaron su idea, han transformado la prédica de Lenin. Ha pasado el momento de la liberación. ¿Cuántos años tendremos que esperar para que surga un nuevo rebelde?

El comunismo actual es una continuación de la burguesía, pacta con los imperios, comercia con ellos, se alía a ellos, en la esperanza de contagiarlos de cederles sus ideas, sin darse cuenta que ese pueblo ve con envidia pasearse por las calles de Leningrado a los representantes comerciales y diplomáticos de sus enemigos, los capitalistas.

El comunismo ha muerto como idea, cuando sus jefes se rindieron a la burguesía dándole concesiones o solicitándole ayuda. Pasó su hora.

Recuerdo que una tarde de neurastenia, hastiado de la miseria del mundo, generosamente me propuse aliarme a ellos. Había surgido en la burguesía y me creí en el derecho de poder surgir en el comunismo por méritos propios y me exigieron todos los esfuerzos que humanamente pueden exigirse y como premio una vez que triunfasen, fusilarme en la plaza que ellos denominarían roja, (alto honor comunista). Usted no podrá nunca librarse de su sangre burguesa, — me dijeron — aunque tuviera méritos suficientes para dirigir y para llegar a dirigirnos, no lo aceptaríamos. Yo había surgido como ellos, del crimen, de la nada, por rebeldía y suerte y no había podido desprenderme de una burguesía adquirida en unos cuantos años de colegio. ¿Podrán ellos desprenderse de la esclavitud de miles de años?

Hay que destruir este comunismo de libertos, hay que destruir la burguesía, sólo debe subsistir el individualismo. Destruir los códigos, la conciencia que como un cinturón de castidad nos ciñe el cerebro.

Mi escritorio se ha sumido en sombras, junto a mí reluce el niquelado de mi revólver.

¡Dad de comer al hambriento! — dijo Jesús porque él era un hambriento, ¡de beber al sediento! predicaba después de vagar por el desierto de Judea perseguido por las tropas de Poncio Pilatos; el que tenga dos túnicas que dé una, — él nunca tuvo más de una.

Diez y nueve siglos de oscurantismo, diez y nueve siglos de machacar la conciencia de los que nacen, de los

que han nacido o van a nacer, diez y nueve eslabones que han detenido a la humanidad en su marcha. El comunismo ha hecho algo, ha querido destruirlo y eso lo salva.

Cuando en las épocas prehistóricas los hombres quisieron encontrar en sus cavernas la explicación del rayo, el poder de las fieras y el mismo misterio de su vida no encontraron nada más fácil que crear divinidades, primero en los astros, el fuego, el cocodrilo o la serpiente, después fueron más valientes lo crearon a semejanza del mismo. Ahora se animan a destruirlo, ahora lo enfrentan, se mofan de él, como nos mofamos ante los escarabajos sagrados del Egipto, en los museos de Londres y París. Los hombres necesitamos librarnos de todos esos monstruos de esas tinieblas que cubrieron el cerebro primitivo del hombre prehistórico. Hay que destruir mucho, quizás todo para poder reconstruir, hay que dar el salto violento. No descenderemos más, no podemos descender más. La piedad de las religiones no ha sido sino una farsa como lo es la libertad de todos los comunistas, como ha sido siempre la libertad de todas las burguesías. Los obreros, los proletarios, los únicos seres que por mayoría tienen el derecho de dictar sus leyes, ha adquirido pequeñas concesiones, insignificantes concesiones, la jornada de ocho horas, después de haber caído en las calles de Londres cientos de ellos. Recién el Parlamento cuando escuchó el temblor de su edificio por causa de la marcha de los obreros, cedió, como han cedido siempre los burgueses, no por espíritu de justicia: por miedo.

¿Pero han conseguido los obreros que los tribunales no hayan dictado sino sentencias para favorecer a los nobles o burgueses? Es lógico, los jueces al defenderlos no hacen sino defenderse ellos mismos, defender su causa, ese es el monstruo de las siete cabezas que hay que cortar. Los congresos no han hecho sino leyes para opresión de los pueblos y lo seguirán haciendo mientras los desheredados no penetren en el laberinto unidos los unos de las manos de los otros para exterminar al momitaurio.

La tierra dentro de su corteza de podredumbre es generosa para nosotros sus gusanos, no precisamos leyes, como jamás lo han precisado las tribus, ni religiones, ni sociedades de beneficencia que repartan lo que no les pertenece porque es producto de nuestra madre tierra. Un hombre satisfecho es un hombre bueno.

Nadie mata por matar, sólo los hombres necesitan vivir en conjunto. La criminalidad de los hombres no es sino un producto del frío o del hambre, o de los prejuicios que le han inculcado sobre su hembra.

Los pueblos se vanaglorian de su héroes, el héroe, dicen ellos, nos pertenece, es nuestro, de nosotros ha surgido y millones de seres se disputan la gloria de haber nacido en su tierra. El criminal no, ése, para ellos no es una consecuencia de su pueblo, a él no tienen obligación de cuidarlo, les basta con encerrarlo en una celda y juzgarlo como un ser consciente, nombrarle un juez, un fiscal y un defensor burgués.

Todo está supeditado a ellos, nuestra educación, nuestras comidas, nuestros amores, nuestros deseos,

todo lo han hecho ellos y todo va contra nuestros instintos y contra nuestros deseos, aprendemos desde niños a reprimir nuestros ímpetus infantiles, expulsamos a la mujer que obedeciendo a sus deseos naturales cohabita con un hombre, encadenamos la mano del hombre que por hambre nos ha hurtado de nuestro granero repleto un pedazo de pan o de oro y de su rebelión surgen entonces las leyes, los verdugos, para engrillarlos o asesinarlos. Hacen que estudiemos cosmografía y después nos obligan a que creamos en Dios. ¿En qué planeta o nebulosa podríamos localizar a esa corte celeste? ¿Cómo podríamos calcular a la velocidad que vuelan los querubíes, esas pobrecitas cabezas decapitadas con alas? Al mundo lo hemos hecho mal nosotros. ¿Salomón con sus setecientas concubinas podía ser el favorito de Jehová?

En el fondo no soy nada más que un pobre hombre, no seré nunca más que un pobre hombre, ni la bestialidad ni la piedad podrán redimirme, han echado sobre mi espíritu una costra de males, de ideas, de leyes, de costumbres, de prejuicios.

¿No tengo frente a mí el arma conque debo matar a esa hembra que acaba de engañarme? Engañarme... Si la matase, siguiendo los preceptos burgueses, acercándome a la animalidad del macho, destruiría ese cuerpo que no hizo sino darme en su tiempo el placer físico, los jueces me condenarían por haber seguido las normas, que ellos en la vida diaria fuera de los tribunales, me inculcaron, ¿y si así no lo hiciese?, me negarían el saludo, no me ofrecerían más su mesa, quedaría convertido en un objeto de desprecio

para los hombres y de burla para las mujeres. Cleo e Irma no han hecho sino obedecer a un instinto, a un sentimiento que nosotros injustamente quizás consideramos anormal. Se han entregado una a otra. ¿Tengo yo derecho de inmiscuirme en un placer que la naturaleza dió y el instinto les hizo llegar a él?

Yo debo matarla. Mi revólver como una tentación, como un dios maléfico me está incitando a ello. Yo debo matarla. Matar siempre. Dar el zarpazo de fiera y fugar entre la selva. He luchado mucho, estoy horriblemente cansado. Irma no puede ser culpable; valientemente me lo dijo el día que la saqué de aquella fiesta de garçoniers. ¿Qué culpa tiene Cleo que mi naturaleza la haya hastiado? Yo debo ser más magnánimo que el Dios que me quisieron inculcar en mi niñez. Yo no puedo castigar el impulso natural que ellas han tenido. Yo no debo. Y sin embargo mi revólver iluminado por la tenue luz de esa lámpara eléctrica, parece que se riera de mi cobardía. El ruido de la calle llega hasta mí como de costumbre, la ciudad sigue indiferente su vida. En cada casa, pienso, debe existir una tragedia parecida a la mía.

Los privilegiados han estafado y seguirán estafando siempre a las mayorías. La han estafado cuando le dieron dioses y leyes, la han estafado cuando le dieron libertad a sus esclavos. El esclavo significaba un capital invertido, una suma que debíase cuidar, a la par de un caballo, o una oveja. Un ser que producía en proporción a lo que se había pagado, que debía cuidarse el máximo para que produjera el máximo.

Un exceso de trabajo, una mala alimentación traía enfermedades, en cuyo caso, el cuidado y la paralización de su trabajo, era un perjuicio hacia el capital; la muerte de un esclavo era la pérdida de una suma de dinero.

La nobleza y la burguesía, cuando hicieron de ellos libertos, los pocos que vislumbraron a la verdad negáronse a ello, combatieron al lado de los señores, comprendieron que en esa forma, poseedores y señores ellos de todo, no tendrían ya el interés de cuidarle.

El obrero actual, no es sino un miserable y pobre esclavo disfrazado de hombre libre. El Señor lo alquila, paga por él, lo justo para que mantenga sus fuerzas y cubra sus carnes. La miseria de sus habitaciones, los barrios en que viven, la palidez de sus hijos, es prueba de ello. El capitalista no ha hecho sino beneficiarse. Muerto uno, cien lo reemplazan, muertos los cien, mil. El beneficio finca en que no se invierte capital.

Los hombres se deben ayuda mutua. Nuestra fortaleza física o inteligencia no debe ser un patrimonio del individuo. Pertenece a la agrupación es un producto de la agrupación. Los privilegiados deben compensar con su esfuerzo o inteligencia a los que la naturaleza les privó de dichos dones. Los débiles e incapaces, son un producto y tienen el derecho como parte de la comunidad a la ayuda. No se debe ni puede enfrentarse a ambos.

—Pero, está prohibido el castigo, pensarán algunos.

Antes, el ansia de vivir, el dolor momentáneo físico, el azote, o la mazmorra, no era castigo, no era

castigo si lo comparamos con el del obrero despedido que ambula de puerta en puerta extendiendo su mano en gesto de pordiosero mientras el hambre va dando a la misma la palidez de la muerte.

Hemos estafado a los hombres únicamente por los cuales vivimos. Contra su rebelión le podemos cruzar el músculo con el azote del hambre. ¿No os habéis rebelado el día de vuestra «libertad»?... ¿Vuestras callosas manos no han estrangulado los que firmaron tal ironía?.. ¿No merecéis entonces ser libres!..

Alcohol color orin.....

Champagne, cerveza, whisky, todas las tonalidades de los orines..... Alcohol que se reparte por nuestro cuerpo, que traicioneramente nos excita para idiotizarnos después.

Alcohol que utilizaron en la conquista de América, más eficaces que las alabardas.....

Obsequio diabólico y bendito.

Pólvora y alcohol, revólver y whisky.

Frente a mí un globo terráqueo iluminado, muestra algunos diminutos puntos, son ciudades, ciudades inmensas de millones de habitantes, hormigueros humanos. De uno de esos puntos yo formo, una, dos o tres millonésima parte... ¡Y yo me he preocupado de lo que podrían decir de mí los que forman esos puntitos! Me he preocupado de surgir entre ellos, de acapararles sus productos y ellos en venganza me han dado un

BARON BIZA

cerebro, han querido inculcarme como castigo el temor del más allá, se han vengado despertando en mí el miedo a la muerte, y en la vida, la muerte no es sino un pequeño salto al vacío, un insignificante esfuerzo, la presión de un gatillo, de un gatillo celoso que generalmente debe disparar antes de tiempo.

Amores homosexuales, crímenes, placas, leyes, religiones, conciencia, banderas, sociedades de beneficencia.....

Wisky bendito!...

No puedo yo cambiar el mundo, soy demasiado débil, no puedo estrujarlo, romperlo.....

¡El mundo existe porque yo existo!... Yo podría destruir no solamente el mundo que habito, sino todo el universo: destruyéndome, para mí se ha sumido en el caos toda esa agrupación de espermatozoides desarrollados.

Al destruir el mundo, para reconstruirlo, beneficiarlo, perfeccionarlo, tendría yo que subsistir... pero no tendría ya hembras, ni alcoholes, ni imbéciles que me atacaran.....

✕ ✕

EL DERECHO DE MATAR



**el derecho
de matar.**

... Dirias lo
estoy tal y tal
Dime... Dime
cuanto me acordas
de la humanidad
por los labios de una mujer con
pálidos y de una hermosa cabellera
carmesí y ruborosa. Habla de mi
cabellera que frase melancólica que me
me recordaba desde hace siglos
hasta hoy. Je
se era grande
a todo momento
la alba, por
la mirada en
canto a ella de
cans y la tristeza
en estos días de
tristeza y melancolía
de la mujer
y el recuerdo de
los tiempos y
matanzas a la
propia vida.

BARON





Raúl junto a su gran amor, Myriam Stefford.

Obras de **Barón Biza** restauradas digitalmente:

1924 – Risas, Lágrimas y Sedas (cuentos)

1933 – Por qué me hice Revolucionario (política)

1933 – El Derecho de Matar 1º Edición (novela)

1935 – El Derecho de Matar 2º Edición (novela)

1941 – Punto Final (novela)

1941 – Lepra! (fragmentos)

1952 – Un Proceso Original (ensayo – autoría atribuida)

1959 – La Gran Mentira (fragmentos)

1963 – Todo Estaba Sucio (novela)

El presente volumen no tiene fin de lucro alguno. Está destinado exclusivamente a la recuperación histórica de la obra literaria de Raúl Barón Biza, ante la inacción de las editoriales argentinas.

Su restauración digital no implica compartir la totalidad de las opiniones del autor sino simplemente un interés en que sus trabajos estén al alcance de cualquiera.

Si esta colección te parece digna de ser difundida, compartila con tus amigos vía e-mail, o de la forma que creas más conveniente.

Si tenés otro libro de Raúl que no hayamos restaurado todavía y quisieras compartirlo con el mundo, por favor escribí a:

aleminolfi@yahoo.com.ar

waisberggabriel@hotmail.com

Los restauradores.

Agradecemos muy especialmente a: José Playo, Walterio y todo el staff de la Revista Peinate; Emilio Fernández Cicco; Hernán Isnardi; Natalia Rossi; Efraín Bischoff; Ofelia Gutiérrez Barón; al blog Inmaculada Decepción; Luis Rosanova; Ana María Bazán; Dra. Marcela Aspell; a la Junta Provincial de Historia de Córdoba; a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y a todos los que pudiéramos haber pasado por alto en esta ocasión, y que de una forma u otra han colaborado con nosotros.

